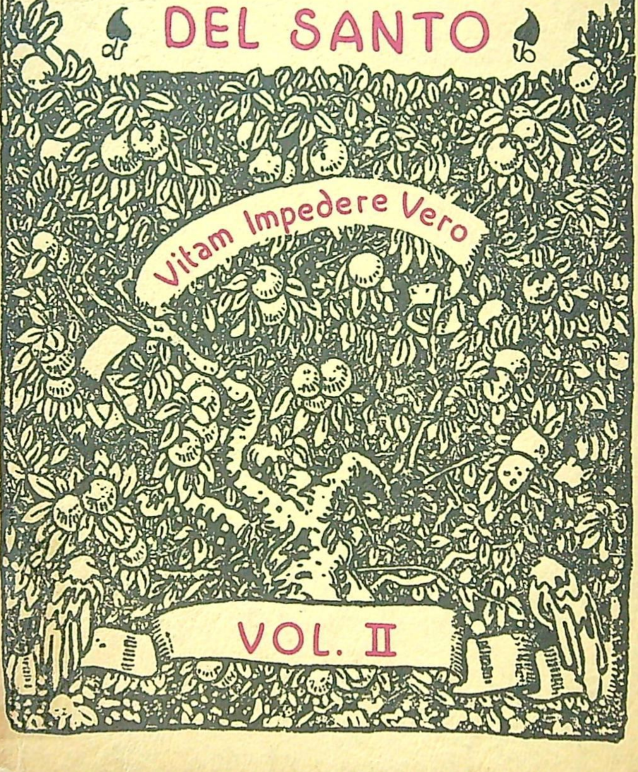


DANIEL OVEJERO

LA FONTANA DEL SANTO



VOL. II

OBRAS LITERARIAS DE DANIEL OVEJERO

EL TERRUÑO (Vida Jujeña)
LA FONTANA DEL SANTO - Relatos
HUAIRA PUCA (El Viento Rojo) - Novela Histórica
EL RUEGO DE LAZARO Y OTROS CUENTOS

DANIEL OVEJERO

LA FONTANA DEL SANTO

II

Edición de la
FUNDACION MICHEL TORINO
Salta

Impreso en la Argentina — Printed in Argentine

Nota Preliminar

por

ROBERTO

GARCIA PINTO

"La Fontana del Santo" fue el segundo y último libro que el autor publicó en vida, en 1945. Uno de sus hermanos, al acusarle recibo de la obra, comentó: . . . "los otros relatos iguales o parecidos a los de "El Terruño", buenos pero ya conocidos".

La carta provocó una enérgica protesta: "Ninguno de los relatos de "La Fontana del Santo" son iguales ni parecidos a los de "El Terruño". Debo haberme expresado muy mal para que se les encuentre siquiera semejanza. Este último es fresco, alegre, optimista. "La Fontana del Santo" es cruel y amarga". Reclama mayor atención y apela a la inteligencia del destinatario para que trate de comprender, ya que la lectura "no consiste en dar vuelta distraídamente las páginas cuando uno se ha afanado tanto y ha escrito con la sangre del corazón".

Aunque en verdad hay evidentes similitudes entre algunos cuentos de ambos libros, e incluso continuidad — como ocurre en el titulado "Todo por la Uchepa", aguda sátira de las costumbres políticas que prosigue a "La revolución del reloj" — sin duda predomina otro espíritu, puesto que la segunda obra deja de lado los recuerdos felices de la infancia y se vuelca totalmente a la dura realidad de la vida humana, con visión cruda y tremendista.

Esta segunda serie de cuentos tuvieron una larga y cuidadosa elaboración literaria. El autor se siente seguro de sus medios y encuentra plena satisfacción cuando un crítico español le dice que

"Choclo Pelao" podría figurar dignamente entre las obras de Máximo Gorky, a quien considera un narrador de alta categoría.

La consabida remisión del libro a su amigo Juan Carlos Dávalos originó dos largas epístolas "fraternales y censorias", que he comentado en otro lugar. El recipiendario critica algunos detalles formales e incita al autor a "levantar la puntería" y dirigirla a temas supuestamente más elevados que los cuentos folklóricos y las parrandas de coyas. Aconseja "hurgar el sentido metafísico de la vida" y evadirse del realismo costumbrista en que ambos se habían empeñado. Lo curioso es que Dávalos, que era acaso entre nosotros uno de los más destacados cultores de esa escuela, la declara definitivamente concluída y agotada. La inmediata reacción de Ovejero, categórica y bien fundada, reafirmó sus puntos de vista, al rechazar la idea de proscribir los argumentos vernáculos para seguir lo que él reputa modas foráneas e influencias del cosmopolitismo dominante, que tienden a desvirtuar las formas auténticas de la literatura nacional. Considera gravísimo dejar de lado el "espíritu de la tierra y de sus gentes para hurgar en metafísicas". Le asiste la convicción de que su libro está bien logrado y que, gracias a una dura y persistente labor, ha conseguido expresar con verdad y eficacia nuevos aspectos de las formas de vida y del ambiente de la vida provinciana, según se había propuesto. Sin embargo, con el paso de los años, tal vez consecuencia del debate con Dávalos, y más probablemente, por nuevos desenvolvimientos de sus ideas hacia otros campos de la literatura, se orientaría a temas de carácter psicológico y a intentar incluso el cuento filosófico. Estos trabajos, totalmente inéditos, serán recopilados en el cuarto volumen de la serie de obras literarias de Daniel Ovejero que hoy editamos.

R. G. P.

A LA MEMORIA DE
M. D.
CUYA FERVOROSA DEVOCION POR EL ARTE
FUE ESTIMULO Y GUIA EN EL ARDUO CAMINO

LA FONTANA DEL SANTO

A Rosa Arciniega

Hacía tres días que la pequeña caravana erraba extraviada en la Puna. El desierto la rodeaba por todos los rumbos. Hacia levante, veíase, azulada por la distancia, la cresterfa de una sierra; hacia occidente, una alta cordillera cobriza; ambas desnudas, secas, hostiles. A no ser por el rumor del viento entre las dunas, un silencio aterrador hubiese reinado en los arenales que, hacia el sur y hacia el norte, se confundían con la tenue vibración del horizonte; y a no ser porque sus ráfagas arremolinaban, de cuando en cuando, fugitivas columnas de menuda arenisca, se hubiera creído estar en un mundo inmóvil, muerto. Era mediodía, y el sol, a plomo, reverberaba en la pedriza que, a trechos, emergía en vetas parduscas sobre el suelo blando y claro del páramo.

Don Blas de Pineda, que marchaba a la cabeza de la columna, caballero en un jamelgo escuálido, dio la voz de alto. Ocho o diez indios que llevaban sendas llamas del diestro, se detuvieron y comenzaron a descargar. Dos de ellos, Nicasio, un viejo, y Lidoro, un muchacho, con unos palos y ponchos que traían, armaron una especie de tienda, y el jefe, tras lanzar un

suspiro de cansancio, descabalgó y se guareció en la sombra.

— ¿Y el padre Francisco? — preguntó después de unos instantes.

— Atrás ha quedao, con la Micáila — contestó el viejo.

— ¡Siempre lo mismo! ¡Malditas hembras! ¡Ve a mirar si aparecen por algún lado!

El indio se alejó lentamente.

Don Blas tendió una manta en la arena y se arrojó sobre ella, pero el calor del suelo encandecido hizo que se pusiera de pie de un salto. Plegó la frazada en cuatro y, sobre el improvisado cojín, se sentó, rodeando las piernas con los brazos y puesta la barba en las manos.

Una media hora después, llegaban precedidos de Nicasio, el fraile y Micaela. Era ésta una india peruana, bien parecida, joven, aunque prematuramente envejecida, y con un gesto doloroso en el rostro. Sus grandes ojos negros, ligeramente oblicuos, giraban medrosamente de un lado a otro. En las espaldas, colgado en un poncho anudado sobre el pecho, llevaba a un niño de meses que miraba a su alrededor con expresión curiosa y asombrada. Micaela se acuclilló en la arena, y con gran destreza y suavidad, aflojó los nudos de la manta y, echando los brazos atrás por un costado, levantó a la criatura y la recostó en sus faldas. Desabrochóse el jubón y le dio el pecho. El párvulo rollizo, sonriente, chupaba vorazmente sus senos. La tez del chicuelo, de un cobre más pálido que el de la madre, y sus ojos claros, denunciaban al padre blanco.

El fraile vestía el hábito de los franciscanos. Era pequeñín, endeble, moreno, con típicos rasgos andaluces. Sólo traía una de esas grandes alforjas tejidas por los indios sobre uno de sus hombros y, en la dies-

tra, una caja oscura que parecía un pequeño ataúd. Sonrió dulcemente a la madre y se asomó a la tienda. Don Blas, tendido ahora sobre su manta roja, parecía yacer en un charco de sangre. El religioso bajó los párpados disgustado por la visión, y se retiró en puntillas. Tendióse en la arena al lado de Micaela, y los indios, uno después de otro, fueron aproximándose y sentándose sobre los talones a su alrededor. Francisco, como siempre, les hablaba en voz baja, en el dulce idioma quichua, del Dios blanco y de las maravillas del paraíso. Ellos lo escuchaban absortos, sin exteriorizar la más leve emoción. A veces parecían interesarse en el aspecto anecdótico de la Pasión, en su hondo dramatismo externo. Era evidente, sin embargo, que no penetraban su esencia, ni menos entendían las explicaciones teológicas, en las que el fraile, ingenuamente, se explayaba. Pero adoraban a Fray Francisco. Nacidos en la servidumbre de la mita, o criados en la abyección de la encomienda, eran mirados por sus conquistadores más como animales o cosas que como seres humanos. Algunos llevaban en el cuerpo huellas del látigo, u horribles cicatrices de quemaduras producidas en el fondo de las minas. El viejo Nicasio tenía los dedos de la mano derecha agarrotados, carcomidos por los ácidos empleados para separar el metal escondido en la entraña de gangas y terreros; y todos, un aire de cansancio, como si vivieran encorvados bajo el agobio de un dolor reconcentrado, mudo, que ondulaba en lo más hondo de sus pupilas, con un temblor de miedo. ¡Pero cuán distinto era el "tatita Pancho"! El los llamaba hermanos, los ayudaba en los pasos difíciles del camino y los protegía de los furores del amo, ese terrible don Blas de Pineda que, a pocos pasos de ahí, dormitaba en la tienda.

Era don Blas personaje de historia. Hijo de una

tabernera establecida en un pueblito costero de Levante, creció en el mundo desenfadado y libre de la picaresca. A los ocho años, fugó de su casa y recorrió España oficiando de lazarillo de un falso ciego, truhán y ladrón. Cogido su amo con las manos en la masa en un hurto, logró huir y refugiarse en una tribu de gitanos. A los diecinueve, sentó plaza de soldado y se batió, como bravo, en Flandes y otras tierras de herejes. A los veinticinco, a raíz de unas cuchilladas, que una noche de borrachera dio a un compinche en un garito de Cádiz, se vio precisado a buscar refugio en América. Desembarcó en Puerto Cabello como polizón, hambriento y poco menos que en cueros.

Comenzó entonces una borrascosa peregrinación por la costa del Pacífico. Don Blas desempeñó todos los oficios: fue minero, desenterrador de huacas, buscador de tesoros, cómico de la legua. Su fortuna pasó por los altibajos más violentos. Cuando se encontraba con blanca, presumía de hidalgo, lucía vestidos de seda y brocado, arrastraba espada con vaina repujada de oro y, diciéndose segundón de casa noble, se codeaba con la "aristocracia" que los aventureros más opulentos y audaces empezaban a formar en América. Pero timbas y mancebías devoraban cuantos recursos podían procurarle su industria o su astucia. Entonces, acosado por sus acreedores, corrido y astroso, desaparecía un buen día del sitio en que moraba, para reaparecer a muchas leguas de distancia como contratista de una mina, buhonero o tahur.

Ahora venía de Potosí, seguido de unos pocos indios que traía más o menos a la fuerza, en busca de lavaderos de oro que, según se decía, abundaban en la zona norte de El Tucumán. En el camino, habíasele incorporado un fraile misionero que se dirigía al sur, con el propósito de evangelizar a las tribus salvajes que rodeaban a Esteco la rica.

Como era imposible hacer lumbre en ese arenal donde no se veía una brizna, el almuerzo se redujo a unas hogazas de maíz, duras como pedernal. Don Blas advirtió con inquietud que la provisión de agua había mermado en forma alarmante. Hacia todos los rumbos no se divisaban más que serranías y desiertos: ni una mata, ni una mancha verde, hacían presumir la presencia de tierras húmedas, de un ciénago o un manantial. Desde hacía dos días no habían encontrado un alma, ni visto rastros de una habitación humana, ni siquiera un pájaro, en la desolación interminable del yermo.

— Malas las vamos a pasar, Padre — dijo don Blas —, si no salimos pronto de estos secadales. Ya no nos queda más que una ración de agua.

— Dios proveerá — contestó el fraile, y miró alrededor con sus ojos inocentes y dulces.

— Yo no estoy tan seguro de ello. Preferiría encontrar aína una buena fuente. Más vale pájaro en mano...

— No digáis herejías, don Blas. Dios es la fuente de todo, y la única fuente de vida. Y no olvidéis que más vale buena esperanza que ruin posesión. Creed, esperad, y nada os faltará.

Don Blas se encogió ligeramente de hombros, y sonrió al fraile con el gesto benevolente y protector con que se acogen los caprichos o razones de los niños y de los simples.

— ¡Allá se verá! — contestó.

Dos horas después la caravana retomó el camino. La marcha era muy penosa, porque los pies se hundían en la suelta y pesada arena de las dunas. El caballo que montaba don Blas, comenzó pronto a dar muestras de agotamiento, y el jinete se vio obligado a apearse y a conducirlo tirándolo de las bridas. Empezaba a declinar el sol cuando dieron los viajeros con suelo firme, pero el avance era igualmente dificultoso

por entre guijarros ásperos, que torturaban las plantas a través del calzado. Durante todo el día habían tratado de recostarse hacia el oeste, a fin de acercarse a las montañas, con la esperanza de encontrar agua en alguna de las numerosas torrenteras o cañadas que cortaban sus faldas. Ya estaban muy próximos a ellas y podían distinguir claramente sus quiebras y hondones, pero a la dorada luz del crepúsculo, los cauces resecos se encendían, como largas estrías de fuego, en el fondo pardo de los cerros.

Al llegar la noche acamparon al abrigo de una quebrada. El viento había callado, y del cielo de un azul metálico, donde, una a una, iban encendiéndose las constelaciones, parecía descender el silencio supremo que amortajará a la tierra, cuando al término de los siglos, se convierta en un frío peñasco, que girará y girará inútilmente en la pavorosa noche cósmica. De pronto, a unos pasos del real, oyóse una nota débil, prolongada, que semejaba un lamento. Al tenue resplandor de las estrellas, recortábase la silueta del Padre Francisco tocando el violín. La melodía se animaba, pasaba de la congoja a la serenidad, al arrobamiento.

— ¡Este bendito no puede vivir sin rascar el violín! ¡Cómo para música estamos! — gruñó don Blas, y haciendo ademán de taparse los oídos, se encerró en la tienda.

Los indios, entretanto, escuchaban como hechizados, con los ojos muy abiertos. El fraile se les acercó lentamente.

— A rezar, hijos míos, y luego a reposar, que el día de mañana amenaza ser duro.

No bien aclaró, continuaron la marcha. El suelo se erizaba de rocas y peñascos retorcidos, torturados, como si se hubiesen petrificado repentinamente en el espasmo de un cataclismo, o semejaban el torso

de gigantescos animales a medio enterrar en la arena. A poco andar, ya no quedaba agua más que en uno de los chifles. Don Blas se apoderó de él y lo colgó en el arzón de su montura. La noche transcurrió tristemente y los indios, asombrados, observaron que, por primera vez, desde que lo habían topado en el camino que baja de Potosí, el fraile parecía haber olvidado a su violín. En una pequeña altura, lo vieron ahinojado, con el rostro vuelto al cielo y los brazos en cruz.

Las torturas de la sed comenzaron a hacerse sentir duramente al día siguiente. Micaela fue quien primero las experimentó. La fiebre se encendió en sus ojos y la leche se secó en sus pechos. Avanzaba, tambaleándose, a la zaga de la caravana, agobiada por el peso de la criatura que llevaba a sus espaldas. Esta plañía débilmente o se adormilaba, dejando caer su cabecita, como una flor desmayada, por el borde de la manta. Fue necesario improvisar, con los palos y ponchos que servían para armar la tienda, una especie de angarillas, en las que fue conducida a pulso por los indios. Don Blas se rezagó en varias cuadras con el achaque de dar resuello a su cabalgadura y, a solas, se bebió el agua que restaba.

Al comenzar a atardecer se detuvieron en el cauce de un arroyo, formado como todos los de la región, por cantos rodados y arena. Decidió el amo hacer practicar excavaciones con la esperanza de que el agua no se encontrase a mucha profundidad. Los indios, avezados al trabajo de las minas, se munieron de las palas y picos que traían en la carga, y comenzaron a cavar febrilmente. Más de dos horas duró la agotadora tarea, sin que en el fondo de las cacimbas encontraran más que cascajo y piedras resecas.

Emprendieron de nuevo la marcha, anhelosos, jadeantes, en busca del camino del Alto Perú, en el que necesariamente debían desembocar dirigiéndose

siempre hacia el sur, y en donde encontrarían seres humanos, tambos, agua y alimentos. Pero el avance se tornaba cada vez más lento y triste. La fatiga entumecía los músculos y la fiebre abrasaba las gargantas y acallaba las lenguas. El viento, que soplaba de frente, agrietaba los rostros e irritaba los ojos. Don Blas traía un humor de diablos y azotó brutalmente a Nicasio que, extenuado, se había dejado caer en un arenal. El rocín apenas si se tenía en pie, y parecía que iba a sucumbir, muerto de fatiga, no bien se detuviese. Los indios, silenciosos, mascaban sus acullicos con pachorra de rumiantes, tratando de mitigar con los efectos adormecedores de la cocaína el insufrible ardor de las gorjas. Hasta las llamas, nacidas en el altiplano y connaturalizadas con la vida del desierto, empezaban a dar señales de inquietud: amusgaban las orejas, escrutaban con sus grandes ojos casi humanos el horizonte, y se resistían a caminar o trataban de huir. Sólo el Padre Francisco se mantenía sereno, superior al sufrimiento y la fatiga, y marchaba a la cabeza del grupo con la caja de su violín colgada de una de sus manos.

Al anochecer, el viento cambió bruscamente de rumbo y se tornó glacial. Desesperados, vencidos, arrastrándose a gatas, llegaron hasta el pie de unos barrancos que formaban una especie de anfiteatro, tratando de resguardarse de la ventisca que les cortaba las carnes. Allí pasaron las horas sin luz, enteleridos, dando diente con diente, sin otra merienda que unos mendrugos de borona, que también comenzaba a escasear. El violín del fraile permaneció mudo, y su dueño esperó el alba con los ojos fijos en las estrellas y los brazos cruzados sobre el pecho. Los perros, que en número de cinco, formaban parte de la caravana, aullaron lúgubremente a la salida del sol.

Decidieron hacer un esfuerzo supremo y conti-

nuar. No se habían alejado mucho de los barrancos donde hicieran noche, cuando Lidoro que se había adelantado, gritó:

— ¡Agua! ¡Una laguna!

Esforzáronse todos en escalar el altozano en cuya cima se encontraba el muchacho. Cuando llegaron, vieron tendida a sus pies una llanura de arena blanquecina, y en el horizonte algo como el cabrilleo de un lago bajo el sol. Una cadena de colinas amarillentas, en cuyas laderas emergían algunos galayos de color pizarra y la silueta de un bosque de cardones, se copiaban, invertidos, en el agua. La alegría brilló en todos los rostros y la esperanza aleteó en todos los corazones.

El ansia de llegar, el saber que el agua salvadora refrescaría las gargantas inflamadas y las frentes ardorosas, redoblaban las fuerzas. El suelo era relativamente firme y se marchaba sin dificultad. El lago perdíase por momentos de vista, para reaparecer,al poco tiempo, azulado, inmóvil, bruñido como un espejo, a ratos; trémulo bajo la vibración de la mañana, en otros, con las colinas y los altos cardones reflejados en el fondo. De cuando en cuando cruzaba una nube, y su sombra le comunicaba un tinte plúmbeo de metal fundido. Pero transcurrían las horas y el agua parecía huir delante de ellos. De pronto dejaron de verla. Cuando llegaron al pie de las colinas, se encontraron con las mismas arenas blancuzcas de la llanura y un bosquecillo de inmóviles cardones entre grandes monolitos de cuarzo. El espejismo del desierto, les había jugado una partida cruel.

La desesperación, como una mano brutal, los arrojó a tierra. Allí permanecieron abatidos, inertes. Algunos se tendieron sobre el vientre, con el rostro escondido entre los brazos plegados en círculo; otros, de espaldas en actitud de crucificados. El viejo Nica-

sio, sentado en una piedra, miraba con ojos turbios y fijeza alucinada los cerros, en cuyas cimas se retardaba el crepúsculo. Y por sobre la desolación de los hombres, voz del dolor y la angustia de todos ellos, se oía el llanto de la criatura, cada vez más débil, como si fuera alejándose en la callada inmensidad de la Puna.

— ¡Ancañoca! — gritó de repente una voz ronca. Era la de Lidoro. Los nativos se pusieron bruscamente de pie y corrieron hacia un pozo donde los perros escarbaban enardecidos. Por entre las guijas y un poco de tierra color chocolate, aparecían unos tubérculos rojizos, hinchados, que recordaban la pasacana.

Los hombres apartaron a los canes a puntapiés y se arrojaron con voracidad de buitres, sobre las ancañocas. Como éstas fueran escasas, tras algunas disputas y empellones, se fueron a la greña. Los indios se atacaron con furor: se cogían de los cabellos, rodaban por el suelo dándose de bofetones, se clavaban los dientes, trataban de estrangularse. Don Blas, que se hallaba algo distante del lugar de la reyerta, se dirigió a él de carrera, y su látigo amorató las espaldas de los revoltosos.

— ¿Qué mosca les ha picado, perros? — preguntó, furioso, el español.

— Ancañoca — repuso el viejo Nicasio. Tenía el rostro magullado, manchado de sangre, y por las mejillas curtidas y agrietadas, le corrían hilo a hilo las lágrimas.

— ¿Ancañoca? ¿Qué es eso?

— Son unas papas jugosas que saben encontrar los perros.

— ¡Pues a traerlas inmediatamente! ¡Andando! — rugió don Blas.

Ya no existían. En la refriega habían sido hechas

pedazos. Apenas si quedaban de ellas, hundidas en la arena, algunas cortezas pisoteadas. Sólo Micaela tenía una intacta que el Padre Francisco le había proporcionado. Don Blas, que le sorprendió en el instante en que trataba de ocultarla en el seno, gritó:

— ¡Trae eso acá, maldita!

— Es pa la guagua que se está muriendo — contestó la mujer.

— ¡Que me la dés he dicho!

— ¡Es pa la guagua... pa su hijo! — clamó la india.

— ¿Mi hijo? ¿Sabes tú, acaso, quién es su padre, arrastrada? ¡Que me entregues eso he dicho! — y avanzó hacia ella con el látigo en alto.

— ¡Reportaos, don Blas! — exclamó el fraile interponiéndose.

— ¡Apartaos, Padre! No os metáis en donde no os llaman que, ¡voto a Cristo!, puedo perder la cabeza y...

Estaban frente a frente. Se cruzaron sus ojos. Turbios, el blanco entrecruzado por una red de venillas sanguinolentas, los del aventurero; limpios, inocentes como los de un niño, los del fraile. El Padre Francisco mantuvo firme su mirada; don Blas bajó la suya. Entonces el misionero le cogió el brazo en que tenía la tralla, y se lo abatió suavemente. La fiera, vencida, aflojó los dedos, y el látigo cayó entre las piedras, en donde quedó como una víbora muerta.

Se hizo un silencio profundo. Los indios se tendieron en la arena a esperar la muerte. Francisco Solano, comenzó entonces a tocar su violín. Sus notas subían, en la quietud del anochecer, como una súplica vehemente, apasionada. De pronto calló. El fraile, paso a paso, se acercó a una roca cercana; se puso de rodillas ante ella, y le dio un golpecito con el arco. En el sitio en que fue tocada, la piedra se obscureció co-

mo sí se humedeciera, y después lenta, lentamente, manó una gota brillante que reflejó las estrellas; luego un chorrillo claro y fresco...

Y desde entonces, cuentan los arrieros y pastores de la Puna, que el viajero sediento y desesperado, suele oír, a la hora del crepúsculo, el eco lejano de un violín, que lo orienta y lo guía hasta las aguas salvadoras de la Fontana del Santo.

DOMINGO DE CARNAVAL

Ya se' stán arrimando las fiestas — dijo a su mujer Emeterio Zerpa, el puestero de El Ceibal.

— ¿Cuáles?

— ¡Las de carnaval, po! Y este año mós de salir.

— ¡Cuánto ha que no dejamos el puesto!

— Desque no mós casao.

— ¿Y de ánde te has acordao del carnaval?

— Vení y vais a ver.

La mujer salió del rancho, llevando en brazos una criatura de pechos.

— ¡Mirá!

Por detrás de un bosquecillo de algarrobos bajos, se levantaba un árbol, que en lugar de hojas, tenía flores. Semejaba un inmenso ramo de color amarillo brillante.

— ¡Ya'stá florecío! Y cuando eso sucede, seña es que hay que comenzar a prepararse.

El árbol a que el puestero se refería, se llama "carnaval", y según los criollos del norte, anuncia con su alegre floración gualda, la proximidad de las fiestas de antruejo.

La Etelvina, así se llamaba la mujer, contemplaba al árbol sin entusiasmo. Los ojos apagados, la

palidez de la piel, lo enjuto del rostro y lo esmirriado del cuerpo, denotaban mala salud. En el puesto, cuando a la entrada del verano arreciaban los calores, un vaho ponzoñoso se levantaba de las ciénagas y producía la malaria. Y no siempre era posible procurarse medicinas.

— ¡Pa qué vamos a salir, hombre! — dijo al fin — . Bien nomás tamos en la casa. Y no hay plata pa fiestas.

— Le vo'a pedir un adelanto al patrón.

— ¿Y la guagua?

— La llevamos.

— Ni una pollera tengo que sirva.

— Entós tendré que salir solo.

Ante la idea de que su marido se fuese de tuna, dejándola abandonada en el rancho sabe Dios por cuántos días, la mujer cedió. Su resistencia, en el fondo, era más fingida que real. Ella también anhelaba mudar de aire, aunque fuese por un día, y mezclarse a sus semejantes. Al Ceibal llegaba muy poca gente. El puesto se encontraba alejado de los caminos, en pleno bosque, y salvo en época de yerra, ocasión en que llegaban hasta allí el patrón y sus invitados, el puestero y su mujer vivían en completa soledad. Hacía más de un año que no iban ni a la casa de la estancia.

— Vo'a ensillar — dijo el hombre. Y se alejó en busca de su caballo.

Cuando regresó, concertó con su mujer la forma en que debía emplearse el dinero que iba a solicitarle al patrón.

— Yo necesito un corte'i zaraza pa hacerme un vestido. Color verde has de comprar.

— Y yo un terno blanco, un par de botas, y piolín pa arreglar la caja.

Emeterio se marchó y regresó ya cerrada la noche.

— ¿Cómo te ha ido? — le preguntó la mujer.

— Bien nomás.

— ¿Has traído las compras?

— Vel'aquí'stán — y levantó las alforjas llenas de envoltorios a la altura de las narices.

Algo cambió desde entonces en la monótona vida del puesto. Los preparativos para las fiestas proporcionaban tema de charla. Emeterio se mostraba alegre y complaciente, y la ilusión de que iban a divertirse aligeraba las horas. Mientras la mujer cosía su vestido, él tocaba la caja y, para ensayarse, cantaba "bagualas" con voz atiplada y doliente:

Esta cajita que toco
tiene boca y sabe hablar;
Sólo le faltan los ojos,
para ayudarme a llorar.

— Entusiasmao estáis — comentaba Etelvina.

— ¡Y no! ¡Escuchá!

Al hacer tus ojos negros,
dos milagros hizo Dios:
de dos gotas de tiniebla,
dos gotas de luz sacó.

La mujer, halagada, sonreía.

El domingo de carnaval, apenas comenzó a clarear, Emeterio fue a traer los caballos, que había hecho quedar encerrados en un potrero próximo al rancho.

Cuando volvió, su mujer lo esperaba en el corredor con el mate cebado y acicalada ya con sus atavíos

de fiesta: una bata alforzada que se abotonaba sobre el pecho, y una amplia pollera tableada, ambas prendas de un color verde loro gayado y crujientes de almidón. Cubríase con un manto negro, y se tocaba con un sombrero de paja adornado con rojas flores de trapo.

Emeterio, después de tomar unos mates, cambió las bombachas que usaba en el trabajo, por unas flamantes de brin que ciñó con un cinturón de lonja; se caló la chaquetilla, calzó las botas nuevas, acomodóse el cuchillo y salió.

— Mejor es que vamos derecho por Perico — dijo a su mujer —. ¡Pa qué vamos a dar la güelta por San Antonio! Ahi no ha'i haber nada. Tomando cuesta abajo, por contra el río, mós de cáir temprano nomás al camino de Avalos.

Así lo decidieron, y echaron a andar por una senda que atravesaba el bosque hacia el naciente. Emeterio marchaba delante, al tranco de su caballo; Etelvina, diez o doce pasos atrás, llevando en brazos a la hija. Ambos callaban. El sol se filtraba por entre la alta ramazón de las tipas, y de trecho en trecho, encendía manchones de luz en el pedregoso sendero. En el cielo, de un azul desteñido, cruzaban grandes nubes blancas, que, empujadas por el viento, se levantaban de oriente e iban a amontonarse en pesados cúmulos aborregados en la falda de las cordilleras del rumbo opuesto. La sombra que, al pasar, proyectaban sobre la tierra, envolvía de cuando en cuando a la selva en una penumbra de crepúsculo. El puestero, que por costumbre observaba el tiempo, comentó:

— Expuesto que quiera llover esta tarde. Ocasiones que el nublao viene de abajo, seguro es el aguacero. Menos mal que s'está corriendo pa'l cerro, y de llover, hay llover en las costas.

— No sea que crezca el río y nos ataje a la vuelta — contestó la mujer.

— Eso ha'i ser, en todo caso, tarde'i la noche; y como mós de volver recién mañana o pasao...

Encontraron al pueblo de Perico algo más animado que de ordinario. Sobre las calles que rodean la plaza, habíanse tendido alambres de los que pendían flámulas y gallardetes de alegres colores. Vibraba en el aire una excitación de fiesta. Escuchábase el sordo golpear de las cajas, cascabeleos, explosiones de cohetes y petardos, gritos y risas. De los campos, llegaban grupos de jinetes que se detenían frente a las pulperías, formando hileras a lo largo de las aceras. De cuando en cuando cruzaban coches y carretones adornados con serpentinas y flores.

Un mocetón disfrazado de diablo, seguido de una turba de chiquillos, recorría las calles haciendo piruetas y dando saltos grotescos. Cuando se encontraba con una campesina, atiplaba ridículamente la voz y le soltaba pullas e insolencias que celebraban los hombres con risotadas y soeces comentarios. Un ebrio, que llevaba tras de las orejas ramitas de albahaca, arrojaba a cuantos se le acercaban puñados de almidón y papel picado.

Emeterio pronto se topó con un amigo, un tal Darío Sardina, que trabajaba en Avalos, en la finca de Peña.

— ¿Qué tal, pó? ¿Guapito nomás, don Darío?

— Regular nomás... ¿Cómo va doña Etelvina?

— Así...

— ¡Linda pa caldo! ¡Flaca y sabrosa como güesito i cola ha'i ser! — chilló el diablo, dirigiéndose a la puestera.

Los dos hombres se rieron.

— ¡Estos puebleros! — exclamó Sardina.

— ¡En todo caso no'i ser pa ustó! ¿Se cree que soy carne pa cualquier perro? — contestó Etelvina, amoscada por la alusión a su flacura.

Se aproximaron a una vendedora ambulante que, junto al alambrado que cierra la plaza, a la sombra de un tarco florecido, freía empanadas en una enorme sartén hollinada. Sobre una mesita lustrosa de grasa, alineábanse grandes jarras de chicha rubia, aloja de algarroba y de maíz, y se apilaban bollos y tortas doradas.

Se apearon, y Emeterio convidó a Sardina con una jarra de chicha.

— ¡Obligo!

— ¡Salú!

Saborearon después sendas empanadas.

— ¡Fiero'stá aquí! — exclamó Darío —. ¡Ya no son los carnavales de antes! ¡A estas horas, ya sabía'star la gente llenita!

— Aura diz que se van mas pa abajo — respondió el puestero.

— En el Chamical ha'i estar lindo.

— Seguro.

— ¿Qué no se anima a que vamos? Total no hay más de una legua.

— Y... vamos.

Cabalgaron,y paso a paso se dirigieron al Chamical. Un sol de siesta reverberaba en el arenoso camino, y los caballos marchaban pisoteando sus sombras. Pesaba sobre los campos el misterioso silencio de mediodía. Soplos de aire sofocante y húmedo llegaban de los cerros, como el hálito de la tormenta que se formaba en sus laderas, en donde espesos nubarrones seguían acumulándose, y empezaban a tomar un tinte plomizo iluminado por resplandores vinosos. Las blancas semillas del guaranguay flotaban en la brisa como una fina nevada.

Varias horas echaron el puestero y sus acompañantes en recorrer la escasa legua que separa a Perico de El Chamical. Se detuvieron a beber en los alma-

cenes que encontraron en el tránsito. En algunos ranchos, el repiqueteo de las cajas y el rumor de las "bagualas", anunciaban parranda. En todos se hicieron presentes los peregrinos y empinaron los codos, de modo que estaban bastante chispos cuando llegaron al término de su viaje.

En el Chamical, como a treinta metros de la carretera, se alineaban hasta una docena de carpas construídas con lona amarillenta, fijada sobre postes y vigas sin debastar. Endebles tabiques de quincha las cerraban por los costados y la parte trasera. Al frente, para evitar que las cabalgaduras penetrasen al interior, habíase colocado un sólido "guardapatio", formado por gruesos troncos asentados sobre fuertes horcones. A lo largo de esa barrera, divertíanse los concurrentes en el juego bárbaro de la "pechada", que consiste en abrirse paso con el caballo por entre una muchedumbre montada que se opone a su avance. Apeñuscábanse allí los jinetes, azotando y espoleando a las jacas, excitándolas con alaridos salvajes, y cruzándose desafíos y apuestas, entre brutales encontronazos, empellones y rodadas. En el interior, sonaban interminablemente guitarras y cajas.

El puestero, su mujer y su amigo arrendaron sus caballos en un cebil cercano y entraron en una de las carpas. Una orquesta formada por un acordeón, una guitarra y un arpa tañida por un ciego, alegraba la reunión con las notas picarescas de un gato. En el centro de una rueda de mosqueteros, un hombre zapateaba al compás de la música. Era un indio huesudo, bajito, de rostro alargado y lampiño. Cuando los instrumentos enmudecían, gritaba:

— ¡Pago otra cerveza pa los músicos! — Y di-

rigiéndose al ciego, añadía:

— ¡Otro gato, don Luciano!

Y tornaba a su zapateo entrecerrando los ojos, ensimismado, grave y solemne, como si estuviera cumpliendo un rito sagrado.

A unos pasos de allí, tendido en un banco adosado a la quincha, roncaba un borracho. Tenía la cara cubierta de almidón y embadurnada a trechos de pintura roja, que parecía sangre. Un muchacho se entretenía en pasar suavemente las barbas con una pluma por el rostro del dormido, que gruñía y manoteaba, como espantándose una mosca. En una de tantas se volvió y dio con sus huesos en el suelo; se incorporó restregándose los ojos hinchados de sueño, y salió en persecución del pilluelo que, sorprendido, no tuvo tiempo para disimular la travesura.

El bailarín solitario comenzaba a zapatear otro gato.

Emeterio y su amigo pidieron un litro de vino, mientras Etelvina tomaba asiento en el banco desocupado por el borracho.

— ¡Pa cuándo que se canse! — dijo uno aludiendo al zapateador.

— ¡Más de una hora lleva dandolés gusto a las chuncas! — añadió otro.

— Así sabe hacer siempre. Cuantito se puntea, le dentra por zapatiar hasta que se cái de cansao — informó un tercero.

Una mujer alta y muy flaca, que acababa de llegar de una carpa vecina, cantó acompañándose con la caja:

Antes cuando era chiquita
todos me querían besar;
aura que soy grandecita,
no me quieren ni mirar.

— ¡Ahijuna que han carniao flaco y han colgao alto! — exclamó alguien en tono de zumba.

— ¡Cómo pa besarla! — comentó otro —. ¡Parece osamenta! ¡No 'stoy pa pincharme! Y añadió:

A mí me han dao de receta,
la flor del garabatal;
nunca quieras a una flaca,
que las flacas pagan mal.

La mujer, que estaba casi completamente ebria, se desató en improperios:

— ¡Más flaca será tu magre, sarnoso! ¡Y quieráis o no quieráis, vos sois el que me ha'i pagar! ¡Cómo pa quererte de balde! ¿Qué nunca te has mirao la cara? ¡Si te descuidáis, rogando me has de andar como a santo en día i fiesta! — Y para terminar la retahila, cantó:

Yo no digo que soy linda,
ni soy flor de garabato:
pero tengo una cosita,
y has de volver cada rato.

Los concurrentes, divertidos, palmotearon. Y comenzó el jaleo:

— ¡Oiganlé a la moza!

— ¡Mala como mayuato!

— ¡Con más punta que un rastrillo!

— ¡Y más espinas que un churqui!

Calmóse la algazara por la conmoción que produjo la arremetida que un jinete llevó al guardapatio, al que llegó abriéndose paso a rebencazos y lanzando alaridos. El recién llegado era un tal Francisco Jurado, alias "Pañuelo Celeste", apodo que provenía de que los usaba invariablemente de ese color anudados

en el cuello. Descabalgó, arrojó las riendas a un muchacho, y entró en la carpa taconeando, para que tintinearan las rodajas de sus pesadas espuelas de plata. Era un mocetón fornido, casi blanco, de quijadas simiescas y ojos claros y agresivos.

— ¡Pago una vuelta i cerveza! — gritó.

La dueña de la carpa, una vieja arrugada y reseca, se apresuró a complacerlo. Jurado era al bravucón del pago. Había servido en la marina y visto mundo, por lo que se creía con derecho a tratar con desdén a los de su clase. Pasaba por ser hombre de medios y galán afortunado, y era fama que, por un quítame allá esas pajas, desenvainaba el puñal y arremetía enceguecido. En el silencio con que todos lo acogieron, se transparentaba el temor.

— ¡Vasos! — ordenó, y comenzó a brindar a los conocidos.

— ¡Salú, don Emeterio! ¡Salú, don Darío! — Luego se dirigió a Etelvina, con una copa en la mano:

— ¡Obligo, doña!

— Es mi mujer — dijo Emeterio.

— ¡Tanto gusto!

La puestera bebió, sosteniendo con el brazo que le quedaba libre a la criatura. Pañuelo Celeste se sentó a su lado, muy junto, e indiferente a la presencia del marido, comenzó a murmurarle piropos con la boca pegada al oído. La mujer sonreía complacida, pero fingía escandalizarse. Cuando el requiebro era demasiado atrevido, bajaba púdicamente los ojos,y exclamaba:

— ¡Pucha si será! ¡Vean pú lo que dice!

Emeterio y Darío, completamente ebrios ya, abrazábanse en un rincón de la carpa y se juraban amistad eterna, echándose el aliento apestoso de coca y vino en los rostros. Con la machacona y lacrimosa efusividad de los borrachos, insistían:

— ¡Yo soy tu cumpa, Darío!
— ¡Ande quiera t'hi seguir, Emeterio!
— ¡Lo mesmo digo, hermano!
— ¡Pa lo que se ofrezca, ñañito!

Se cogieron de una mano y se fueron a una carpa vecina.

— Bailemos — propuso Jurado a Etelvina.
— No me animo.
— ¿Y pórque?
— ¡Bah, si no sé!
— Yo l'hi enseñar.
— ¿Y la guagua?

Doña Felipa, la dueña de la casa, que deseaba congraciarse con Jurado, y que tenía sus puntas y ribetes de celestina, le ofreció entre sonrisas y zalemas, acostar a la criatura en un catre, que tenía en una ramadita, pegada a la parte trasera de la carpa.

— ¡Tesé tranquila nomás! Yo se la'hi de ver de rato en rato — decía la bruja.

La pareja se puso de pie. Como el zapateador ocupaba el sitio reservado para el baile, Jurado se dirigió a él y, empujándolo brutalmente, le gritó:

— ¡Basta!

El hombre pareció despertar de un profundo sueño, y miró azorado a su agresor.

— ¡Que basta he dicho! — rugió el guapo y dio un nuevo empellón a su víctima, que cayó de espaldas en una esquina, en donde se durmió.

— ¡Una chilena, don Luciano!

El ciego levantaba la cabeza y abría los ojos sin pupilas, como si por encima de la algazara de las carpas, escuchase los vagos rumores de la tarde para reproducirlos en su instrumento. Preludió suavemente. Sus dedos largos, pálidos, finos, parecían dotados de vista, y arrancaban del cordaje dulcísimos arpegios, acompañados de uno de esos punteos graves, len-

tos, que tan bien expresan el alma resignada y triste de nuestro pueblo.

— ¡Adentro! — gritó, y con voz plañidera, cantó:

De tus hermosos ojos,
no tengo quejas;
ellos quieren mirarme,
tú no los dejas.
Tú no los dejas, sí,
dale que dale,
mientras más chicharrones,
más grasa sale.

Empezaba a anochecer. Doña Felipa encendió el velón de un farolillo, que colgó del travesaño central con un alambre. Círculos de luz mortecina oscilaban, como barriendo las sombras, cada vez más densas en el interior de la carpa. A medida que el tiempo transcurría, los concurrentes se raleaban, y la noche parecía apagar en su vasto silencio las canciones y la música. En la ramada de doña Felipa, ya sólo quedaban el ciego y sus acompañantes, la mujer flaca que cabeceaba en un rincón, el zapateador que continuaba durmiendo, y Jurado que apretaba el asedio de Etelvina.

— Vamos pa ajuerita — le insinuaba.

— ¡Y pa qué, po!

— Le vo'a contar una cosita.

— No soy curiosa.

— ¡Vamos, no sea tan mala! — y le ceñía el brazo en la cintura, tratando de incorporarla.

La mujer sentía flaquear su resistencia. El aliento ardoroso del hombre, que recibía en el cuello, parecía correrle por el cuerpo como un estremecimiento delicioso, en el que se anegaba su voluntad. Se a-

bandonó desfallecida. Jurado la levantó casi en vilo, y la condujo suavemente hacia afuera.

Como cosa añascada por el diablo, Darío Sardina se asomó a la carpa en el preciso instante en que la pareja desaparecía en la sombra. Quedóse unos instantes inmóvil. En sus ojos turbios de alcohol, llameó de pronto una luz perversa, y contrajo sus labios una sonrisa maligna.

— ¡Emeterio! — gritó.

El puestero se presentó vacilante.

— ¿Qué querís, ñaño?

— Te andan jugando sucio, hermano.

— ¿A mí?

— A vos.

— ¿Y quién?

— ¡Averiguá, po! ¿No la has visto a la Etelvina?

Emeterio experimentó de súbito una de esas inmotivadas e irrefrenables cóleras de borracho. La alusión de su mujer, que adivinaba mal intencionada, y el alcohol, despertaron en él a la fiera dormida. Temblando de ira gritó:

— ¿Qué hay con la Etelvina? ¡No'stoy pa chanzas! ¡Hablá pronto, o te vo'a hacer suceder ya nomás!

— ¿Vos? ¡Si no sos hombre pa mí! ¡Callåte, o aurita te vo' a quebrar una guampa!

— ¡Guampas tendría tu tata!

Se dieron de bofetadas y pronto centellearon los cuchillos. La embriaguez les impedía hacer uso atinado de sus armas. La riña se redujo a un encontronazo. Emeterio sintió hundirse la hoja de su facón en la blandura de la carne, chocar sus nudillos en el cuerpo del adversario y mojársele la mano en un líquido tibio y pegajoso. Sardina se dobló hacia adelante, se llevó las manos al vientre, se arrodilló y cayó de bruces. A

uno de sus costados, por debajo, comenzó a extenderse lentamente una mancha negruzca en la tierra amarillenta. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos.

— ¡Jesús me favorezca! ¡Han muerto a un hombre! — gritó despavorida doña Felipa.

El ciego dejó caer el arpa y comenzó a escurrirse, a tientas, a lo largo de la quincha. Los otros dos músicos contemplaban silenciosos y azorados al caído. El puestero miraba, con ojos desencajados por el espanto, ya a la hoja de su cuchillo, ya a su mano tinta en sangre. A los gritos que dio la vieja, acudieron varios hombres de las carpas vecinas.

— ¡Virgen santísima! ¡Han asesinado a un hombre! ¡Y en mi casa! ¡Dios de misericordia!

Se formó un círculo en torno al caído. Nadie, a excepción de la vieja que continuaba chillando, pronunciaba una sílaba. Todos miraban como fascinados al cadáver, con esa curiosidad malsana que la vista de la sangre y el crimen despiertan en el corazón del hombre.

Del lado del guardapatio, se oyó un grito:

— ¡La polecía!

Se produjo un desbande. Todos creían comprometerse si eran encontrados cerca del muerto. Sólo Emeterio continuó inmóvil, mirándose, como atontado, las manos ensangrentadas. Llegaron los vigilantes y lo prendieron. El puestero no hizo ninguna resistencia.

— ¡El ha síօ! ¡El ha sío! — repetía la flaca, que acababa de despabilarse.

Cuando relataron a Etelvina lo ocurrido, ésta sintió un incontenible deseo de huir, un ansia irrefrenable de encontrarse sola en el puesto, lejos de todos.

No comprendía claramente lo que había sucedido; le latían dolorosamente las sienes, y la niebla del alcohol le enturbiaba el cerebro. Sólo sabía que Emeterio había caído en manos de la policía. Un oscuro temor la impulsaba a refugiarse en el rancho: el instinto del animal que, cuando ventea el peligro, escapa hacia la madriguera. Jurado había desaparecido, y doña Felipa la instaba a que se retirara cuanto antes de la carpa.

— ¡Alce su guagua y vayasé! ¿Qué no ve qu'stá comprometiendo la casa? — chillaba la vieja.

— ¡Ya me vo'a ir! ¡Ya me vo'a ir! — replicaba la mujer desesperada.

Salió en busca de su caballo. Uno de los músicos la ayudó a montar, y doña Felipa le alcanzó la criatura. Un vecino del Ceibal, que acababa de llegar, le aconsejó:

— Mejor es que no se vaya, doña Etelvina. Ha llovío en los cerros y esta tarde ha bajao la creciente. Y aura ha'i estar en toda su juerza. ¡No es güeno jugarse con el río y menos de noche!

Pero Etelvina no lo escuchaba.

— ¡Ya me vo'a ir! ¡Ya me vo'a ir! — murmuraba.

Taloneó el caballo, y el animal, tomó, paso a paso, rumbo a la querencia. El cielo, hacia el poniente, estaba negro. Impenetrables nubarrones lo cubrían hasta cerca del cenit. En la falda de los cerros aún temblaba el lívido resplandor de los relámpagos. Una brisa fresca, impregnada de olor a tierra mojada, llegaba de las montañas. Todavía a esa hora ambulaban por el camino de Perico jinetes que iban o volvían de las carpas. Algunos, cantaban al son de la caja; otros, lanzaban gritos desaforados. Un beodo solitario, que creía encontrarse frente a un enemigo, increpaba a los árboles soltándoles inmundas procacidades. Cuando se cruzó con la puestera, olvidó su furor, pretendió de-

tenerla, y con voz estropajosa, le hizo proposiciones eróticas. Ella continuaba musitando como un autómata:

— ¡Ya me vo'a ir! ¡Ya me vo'a ir!

Dio de latigazos a su caballo para zafarse del ebrio, y la criatura se despertó. Comenzó a llorar. En sus gemidos, débiles y trémulos como los de un gatito, parecían concentrarse todo el desamparo y la desventura de la tierra.

Para evitar el pueblo de El Carmen, la puestera echó por un atajo que iba a salir a un tipal próximo al río. A poco andar, empezó a llegarle el rumor de la creciente: un bramido sordo, como el del viento en la selva, y el eco de golpes y retumbos, semejantes a un cañoneo lejano, producido por el chocar de las piedras arrastradas por la avenida. A cada paso que daba, el fragor crecía, llenaba la soledad de un estremecimiento pavoroso; pero la mujer proseguía su marcha, como empujada por una fuerza incontrastable. Cuando llegó a la orilla, le dio en el rostro el acre olor a barro que despedía el oleaje, que se adivinaba, turbio y alborotado, en las tinieblas. El caballo llegaba hasta el borde de la corriente, bufaba, se encabritaba, y echaba a andar cuesta abajo. La puestera, furiosa, lo obligaba a enfrentarse con el cauce, azotándolo. Tanto porfió que se salió con su empeño. No bien el animal penetró en el agua, se hundió hasta los lomos, y desapareció en la riada como si fuese una pluma.

Flotó un instante un sombrero de paja adornado de rojas flores de trapo; una mano se alzó del torrente, una mano crispada que parecía querer aferrarse del cielo; después, sólo se oyó el bramar iracundo del río en la entraña negra de la noche.

LA SEÑALADA

A don Salvador Fornieles

Don Bartolo Puca, patriarca de Pozuelos, se siente feliz. Está contento consigo mismo y con cuanto le rodea. En cuclillas, a pocos pasos del rancho donde hace setenta y cinco años ha nacido, y en donde piensa morir, contempla la Puna.

Es tierra de alma zahareña, austera, inhóspita. Altas cordilleras desnudas encierran valles áridos y desolados. El fondo del paisaje, formado de pedriza y roca, tiene un color gris pizarra, moteado, de trecho en trecho, por el cobre de los pajonales o el verdinegro de los tolares. Lagunas inmóviles irradian un frío resplandor metálico entre arenales amarillentos, o ponen una nota azulada en la blanca llanura de los salares. Rara vez cruza una nube por el cielo de un cobalto que parece bruñido. En invierno, el vendaval barre casi de continuo los inmensos páramos helados; la nieve platea las cimas, se amontona en las hondonadas, cubre la arista de las peñas y la aspereza de las escarpas. Cuando llega el verano, furiosas tempestades de rayos azotan la tierra: se desencadena una tremenda borrasca de fuego, tanto más pavorosa cuanto que no cae una gota de agua sobre el suelo reseco,

mientras el torbellino de relámpagos y centellas corre por las llanuras, y el fragor del trueno rueda por abras y médanos...

Y sin embargo la Vida — ese anhelo misterioso y tenaz de realizarse, de retoñar, de morir para renacer — late en la dura entraña del desierto. Por entre el pedregullo, el granito y la arena hunden el "ichu" y la "yareta" penosamente sus raíces; se esconde el zorro en las cavernas de las quebradas; cava en la nieve eterna su cubil la chinchilla; manadas de llamas, vicuñas y guanacos pacen en las laderas; ovejas, cabras y asnos, arreados por sus pastores, emprenden fatigosas peregrinaciones en busca de la hierba tierna de los oasis... Cuando llega la primavera, se ablanda el corazón del yermo, y el desierto sonríe. El cardón espinoso se corona de delicados pétalos de nácar; la "pasacana" ostenta entre sus garfios la roja protuberancia del fruto; el "airampu" salpica de gotas de oro el fondo pardo del roquedal, y se levanta el balar de los recentales, mientras el cóndor real se cierne sobre los últimos picachos de la cordillera. Comienza el deshielo, y torrenteras y ríos, secos en invierno, afluyen a los valles, decantando a su paso finas arenas auríferas, o poniendo al descubierto, en el flanco desgarrado de los cerros, el filón de cobre, plata o estaño.

Don Bartolo ha visto, ha amado todo eso desde que sus ojos se abrieron a la luz. Ni siquiera imagina otro mundo. Carece de individualidad: su yo se ha diluído en la tierra; es ella misma. Ya lo dijeron sus antepasados, los "amautas" del Tahuantisuyo: *rumi allpa kamashka:* "el hombre es tierra que anda". El rancho en que mora parece, a lo lejos, un morro de greda soleada; el poncho que lo abriga, remeda el ocre o el rojo de las barrancas; su tez, el matiz cobrizo de los peñascales a la caída del sol. Y porque es la tie-

rra, hecha carne y espíritu, conoce todos sus secretos. Como una antena de exquisita sensibilidad, capta las más tenues vibraciones del aire y del suelo; presiente, por el vuelo de los cóndores o la inquietud de los rebaños, la tormenta de rayos que se prepara o la nevasca que se avecina; no se extravía jamás en las sendas inextricables del altiplano; distingue las yerbas salutíferas de las ponzoñosas; sabe dónde brota el manantial que apaga la sed en la travesía, y por dónde corre el arroyuelo que deposita la codiciada pepita de metal. Sólo él es capaz de auscultar el corazón huraño de la Puna, y de aplacar a sus viejos dioses con plegarias e invocaciones que le llegaron, a través de sus antepasados, de la misteriosa prehistoria de América.

El es la Puna.

El viejo Puca sonríe. Promedia el otoño, tiempo propicio para proceder a la señalada de los ganados. Las ceremonias que la acompañan han de comenzar, precisamente, dentro de pocas horas, una vez que lleguen los huéspedes invitados a la fiesta. En espera de ellos don Bartolo, desde la madrugada, otea el portezuelo que da a la laguna, distante cuatro o cinco cuadras del altozano donde se asienta su rancho.

Ya están llenos los corrales; doscientos burros, ciento ochenta llamas y cosa de mil quinientas ovejas. ¡Es hombre de medios don Bartolo! Muy pocos hay en la Puna que sean dueños de tanta hacienda, amén de que tiene enterradas cuatro o cinco tinajillas repletas de pepitas de oro, y algunos centenares de billetes escondidos en un nicho secreto abierto en el muro del "potu". El viejo sabe, que a oro y dineros, mejor mientras menos les dé el aire. Hijo de una raza expoliada, la tendencia al tapujo, al ocultamiento de

cuanto pueda encender la codicia del blanco, es en él un instinto.

— ¡Nicasia! — gritó de pronto don Bartolo.

Una mujer ataviada con una gruesa pollera de picote azul y un amplio sombrero de lana de oveja, asomó por la puerta de la choza. Era una hija, que frisaba ya en los cuarenta años, y se ocupaba del cuidado del rancho.

— ¿Tata? — preguntó desperezándose.

— ¿Ya'stá todo listo?

— Sólo falta la carne.

— ¡Cuánto ha que el Valerio ha ido por una llama! Tardando'stá. ¿Y la "imilla"?

— Pa'l campo ha salío.

La "imilla", una mozuela de dieciocho años, era nieta de don Bartolo, hija de Valerio al que acababa de referirse. Llamábase Paulina, y había quedado huérfana de madre de muy corta edad. Al rayar el alba, salía con el hato de ovejas que llevaba a pastar en las laderas cercanas. Como era día de señalada, y el ganado estaba desde la noche anterior encerrado en los corrales, llamó la atención del viejo la ausencia de la muchacha. Iba a entrar en averiguaciones, cuando algo lo distrajo.

— ¿Qué es aquello qu'stá relumbrando pu'allá? — preguntó señalando la cima de un peñón frontero al puesto.

— Ha'i ser la Paulina qu'stá jugando con el espejito.

— ¿Con el espejito?

— Tuito el día se lo pasa haciendoló rejucilar.

— ¡Hum!

Lo que el viejo y su hija ignoraban es que, a unos centenares de metros más allá, reverberaba el sol en otro espejito que hacía girar, hasta enfocar a la "imilla", Celedonio Apaza. Con este primitivo telégrafo he-

llográfico, tiempo hacía que ambos pastores se entendían. El mozo era hijo de un vecino y cuidaba del rebaño paterno. ¡Y ya se daba maña él para llevarlo a apacentar a sitios desde los cuales pudiera llamar la atención de Paulina, con el reflejo de la luz proyectada por el espejo!

En ese momento llegó Valerio con una llama, a la que conducía tirándola de un cabestro. El animal fue prontamente maniatado, derribado y degollado. El viejo Puca ayudó a su hijo a desollar y trocear la res. Colocaron la carne al sol para que se orease, estaquearon la piel cubierta de fina lana color marfil, y se sentaron a esperar a los huéspedes. No aparecían por ninguna parte. La Puna se extendía a sus pies soñolienta y desierta. Hería la vista la reverberación de la luz en las llanadas pétreas fronteras del rancho. La laguna parecía de metal fundido. Sólo en sus riberas había algo de verde: juncos y matajos talludos, retorcidos, erizados de púas. Más allá, hacia levante, rumbo al que se abría el vallecito en que se encontraba el puesto, tendíanse hasta confundirse con el horizonte, mesadas de arenisca, de las que emergían, como del fondo de un mar desecado, enormes rocas renegridas, veteadas de blanco por el fimo de los cóndores. En la lejanía producíase el espejismo, y el paisaje invertido se alcanzaba a columbrar, por leguas y leguas, bajo los ópalos iridiscentes de la mañana. Cuando el viento dejaba de soplar, una inmovilidad, un silencio aterrador, parecían descender del espacio sideral a esas estepas interminables.

— Tardando 'stán los invitaos — dijo el padre.

— Tuavía es temprano. Ya han d'star viniendo — contestó el hijo.

Ambos permanecieron silenciosos, en cuclillas. Hubiérase dicho que no miraban ni advertían nada, tal era la vaguedad inexpresiva de los ojos y la impasibi-

lidad de los rostros. Y sin embargo, nada se les escapaba. Escuchaban el balar de los ganados y seguían el vuelo de los pájaros; prestaban atención a los rumores lejanos e imprecisos del desierto; observaban la lenta ascención de la sombra por las laderas. Misteriosos, reconcentrados, herméticos, todo lo atisbaban como vigilantes centinelas. El sol estaba a medio camino del cenit, cuando Valerio anunció:

— Ya 'stán llegando.

— Ahá.

Una fila india, como de siete u ocho personas, acababa de desembocar por un abra, situada a dos o tres kilómetros del rancho y avanzaba rápidamente por la senda que, serpeando entre arenales y dunas, rodeaba la laguna y conducía al puesto.

— ¡Nicasia! — gritó el viejo —. ¡Has de tener lista la chicha! ¡Ya 'stán viniendo!

Una media hora después llegaban los huéspedes. Los de más fuste, eran don Saulo Mamaní y su esposa doña Petrona Condorí, compadres de don Bartolo y tan opulentos como él. Vivían en Yanalpa, a más de veinte leguas de Pozuelos. En menos de dos días habían hecho a pie el largo camino. El puneño es un andarín infatigable y no gusta de las caballerías. Tras su recua de asnos o llamas, a un trotecito que parece mecánico por lo rítmico, recorre distancias enormes en tiempos increíbles. Un buen día parte de su rancho, arreando ocho o diez burros, y cruza llanuras, médanos, pedregales; atraviesa quiebras, hondones y cañadas; sortea barrancos y despeñaderos; trastorna serranías al parecer inaccesibles, y va a caer a los salares de Atacama. A golpes de hacha corta allí gruesos cubos de sal, carga sus acémilas, y emprende el regreso. Una vez en su casa, añade a la sal las frazadas, pullos y ponchos que las mujeres tejieron en su ausencia, y emprende una nueva y larga peregrina-

ción. Ahora se encamina, bajando por la Quebrada de Humahuaca, a los departamentos fértiles del este y del sur, en donde trocará su sal y sus tejidos por alcohol, harina, maíz y baratijas de tienda.

Don Saulo era un indio alto, reseco, como amojamado. Unas barbas ralas y duras como crin, en las que apenas se veía una que otra hebra de plata, le caían del belfo hasta cerca del pecho. La nariz encorvada sobre la boca hundida, le daba un aire faunesco. Parecía cincelado en cobre: tieso, helado y feo como un ídolo.

Doña Petrona era enteca y bizca, de exigua estatura. Por debajo de las alas del tosco guarapón ovejuno con que se tocaba, le caían dos crenchas lacias, opacas, como terrosas. Sobre la boca desdentada convergían arrugas y surcos profundos. Doña Petrona no hablaba nunca, ni sonreía jamás. Se pasaba la vida observando cuanto la rodeaba ladeando la cabeza, lo mismo que los pájaros, y parpadeando como encandilada.

Entre los demás invitados figuraban don Vicente Canchi y dos mocetones, sus hijos, que venían de Casa Vieja; Mauro Quipildor que llegaba con su mujer de Cieneguillas; Juan de Dios Liquis y Leandro Choque, pastajeros de Minas Azules. El viejo Puca observó que Celedonio Apaza, sin invitación de nadie, se había mezclado a los huéspedes. — "¡Ya sé lo que has'i andar buscando!" — dijo para su coleto, y sonrió.

Se sentaron en torno a una tinaja de chicha. Frascos de alcohol puro y "chuspas" de coca pasaban de mano en mano. A medio día se sirvió un costillar de llama, asado sobre las brasas, y varias fuentes de "chancao". Comían, fumaban, y bebían en silencio. Era un ágape triste, sin canciones ni risas. Los comensales tenían el gesto reconcentrado del que está cumpliendo un rito, la tiesura del que realiza una ce-

remonia litúrgica. Y así se pasaron, mirándose gravemente las caras, hasta que comenzó a declinar la tarde.

Era la hora en que debía darse comienzo a las solemnidades de la señalada. Don Bartolo anunció:

— Ya es tiempo del paseo.

Todos se pusieron de pie y se dirigieron a la hondonada en donde se encontraban los corrales. Una vez allí, formados en hilera, les dieron, paso a paso, una vuelta completa, apegándose a las pircas para examinar mejor a los animales. Los ritos inmemoriales de la señalada imponen este paseo o inspección preliminar, a fin de que el invitante reciba las enhorabuenas de sus huéspedes por el número de sus ganados, su calidad y su estado de gordura.

— Lindus burritus, Bartolo, guapitus. Lejos han de caminar... guapitus — dijo don Saulo.

— Ovejitas, gorditas; llamitas bien peluditas, rilumbrosas — añadió don Vicente Canchi.

Celedonio, que algo se había despabilado en el ejército, donde había servido un año, dirigiéndose a la Nicasia, le espetó una coplita:

Señora dueña de casa,
que hoy día tiene señal,
¡Dios quiera que para el año,
la hacienda llene el corral!

Terminadas las congratulaciones volvieron al rancho.

Cuando se recogieron, era cerca de media noche. Las mujeres, don Bartolo y don Saulo ocuparon la choza; los demás, se acomodaron en el "potu", si-

tuado unos metros más allá.

El rancho en que vive el puneño no puede ser más primitivo. Parece una excrecencia de la tierra, haber brotado del suelo, como los cardones o las tolas. Consiste en un cuartujo de adobes asentado sobre cimientos de piedra. La techumbre es de "ichu" entretejido sobre vigas de queñua o cardón. La puerta muy baja, de no muy regulares formas geométricas, y el hecho de encontrarse el piso a nivel más bajo que el del exterior, le dan la apariencia de una madriguera. A lo largo de las paredes, se extienden las "patas", especie de bancos o poyos hechos de barro de unos ochenta centímetros de ancho por unos sesenta de altura. Sobre ellos se tienden las pieles de oveja, llama o guanaco que sirven de colchón. Del techo, penden chalonas, zarzos, torzales; en los rincones, se amontonan candiles de tierra cocida, ollas y tinajas ennegrecidas por el fuego, panes de sal, madejas y ruecas. En las noches glaciales de la Puna, los perros duermen con la familia, en santa promiscuidad, como en las épocas trogloditas. De este hacinamiento de hombres, bestias y cosas, se desprende un tufo acre y nauseabundo de mugre y miseria.

El "potu" es de construcción más sumaria aún que la del rancho. Es una especie de círculo formado por paredes de piedra y barro, de unos dos metros y medio de altura por dos de diámetro, techado con grandes lajas trabadas y acuñadas con guijarros. Tiene por objeto esta curiosa fábrica proteger al fuego del viento, casi continuo en el altiplano, y evitar los incendios, que por la misma causa, no dejarían de producirse si la techumbre fuese de paja. Sirve normalmente de cocina y aun de dormitorio en las noches demasiado heladas.

Comenzaba a aclarar cuando don Bartolo y sus huéspedes se levantaron. De los corrales llegaban ba-

lidos y rebuznos junto con el tropel de las correteadas, pechazos y moquetes con que acostumbran desentumecerse los rebaños envarados por el encierro. Un vaho de establo flotaba en el aire. En la laguna, que a esa hora parecía de púrpura, chillaban los teros, y en las bocas de los nidos cavados en las barrancas gorjeaba el albañil. Flamencos y parinas recortaban sus siluetas heráldicas en el fondo áureo de la mañana, mientras surcaban las aguas guayatas y patos multicolores. Todavía no se había levantado el viento, y la Puna parecía extasiarse, soñar, inundada en la luz nacarada que llegaba, a oleadas, de allende los lejanos cerros violetas del oriente.

Después de un parco desayuno, don Bartolo y sus invitados se dirigieron en procesión a los corrales. Se detuvieron respetuosamente frente al "kuiri" o mojón (un montículo o cono de unos sesenta y cinco centímetros de base por otros tantos de altura, formado por piedras amontonadas sin talla ni cemento). Ante este altar primitivo se descubrieron y, primero el dueño de casa, y después los huéspedes, sacaron de la boca sus acullicos y los arrojaron sobre la cúspide. Una mujer — la Nicasia — virtió de un ánfora de barro un poco de "chuya" sobre las hojas de coca, y los hombres hicieron asperciones con alcohol.

— ¿Tenís pronta la "ckoa"? — preguntó el viejo Puca a su hija.

— ¡Sí, aquí'stá! — contestó la hija, y sacó de una chuspa roja un manojo de yuyos secos que depositó sobre el Kuiri.

El abuelo les arrimó un tizón. Crepitaron las hierbas resecas, brotó jubilosa la llama, y la perfumada humareda del sahumario votivo se elevó en el aire diáfano de la mañana.

— Poquita ckoa tengo áura — dijo don Bartolo.

— No han andao esti año los "collahuayas" —

contestó don Saulo.

Los collahuayas (portadores de medicinas) son herbolarios errantes que recorren la Puna en determinadas épocas del año. Vienen de lueñes valles bolivianos. Medio curanderos, medio brujos, traen en sus zurrones yuyos, triacas y panaceas que curan los males de la carne y ahuyentan o mitigan las dolencias del espíritu. Venden también la misteriosa "atinca", una especie de panecillo amasado con cenizas, que produce el efecto afrodisíaco de las cantáridas, y de ellos se adquiere la ckoa olorosa, la hierba sagrada que se ofrenda, hecha llama y aroma en el kuiri a la Pachamama, la Madre Tierra fecunda y generosa.

— ¡Dame la lana "cunti" áura! — ordena don Bartolo a la Nicasia. Esta le entrega una especie de flecos teñidos de rojo, finos y sedosos. Es lana de alpaca traída por los collahuayas, y con ella se corona el kuiri. Simboliza, tal vez, la víctima que degollaban los pontífices de Inti sobre la piedra consagrada de las liturgias primitivas, y los hilos color púrpura, recuerdan la sangre derramada para aplacar a los dioses sedientos y crueles de las viejas mitologías.

— Hay que nombrar los pagrinos — dijo Puca, una vez terminada la ceremonia de la coronación. Examinó a los concurrentes, y decidió:

— Vos, Saulo, y usté, doña Petrona.

Padrino y madrina se cogieron del brazo, y como si estuviesen en una boda, se dirigieron a los corrales. Los siguieron los demás de dos en dos. La procesión dio una vuelta completa en torno de los cercados, rezando "credos", "padrenuestros" y "ave Marías". Terminadas estas oraciones, se detuvieron, arrojaron los acullicos al suelo y continuaron la procesión, tan circunspectos y graves como en un templo. Cavaron después un hoyo, pusieron en él hojas de coca, y las cubrieron con tierra. Con esta solemnidad

se completa "la bendición de los rebaños", y puede procederse a la señalada.

— ¿Cómo señaláis vos, Bartolo? — preguntó Mamani.

— Zarcillo a la derecha y muesca a la zurda.

Entonces el padrino ordenó que se trajesen a la "illa", la oveja mascota que no puede carnearse, venderse ni trocarse, sean cuales fueren las apreturas del dueño. Si algo ocurre a la "illa", se apestan los rebaños y se torna yermo el vientre de las madres. Es animal considerado intangible y sagrado, acaso en virtud de inconscientes reminiscencias de cultos totémicos olvidados. Antes de la conquista, la illa debió ser una vicuña o una llama.

Ya iba a darse cumplimiento a la orden del padrino, cuando Valerio observó:

— Hay que esperar. Tuavía no ha llegao el encargao del patrón.

— Tenís razón — contestó don Bartolo, y seguido de la concurrencia se dirigió cariacontecido al rancho.

Al solo nombre del patrón, se han contraído los rostros y se han enturbiado los ojos. En el silencio huraño con que todos se sientan a esperar la llegada de su representante, se adivina un estremecimiento de rencor. El patrón, por lo común desconocido e invisible, es el poder maléfico que cobra arrendamientos, pastajes y aparcerías. El puneño se siente dueño de la tierra en que vive y en la que vivieron sus más remotos antepasados. Sólo él es capaz de amarla, a pesar de su genio hosco e inclemente. No comprende, ni comprenderá jamás, en virtud de qué triquiñuelas legales o abogadiles argucias, ha podido despojársele

de ella en favor de alguien que, en la mayoría de los casos, no la vio ni la verá nunca. Se cree robado, estafado cada vez que se le exige un tributo. Y por eso, no obstante su índole mansa, tiene a veces estallidos de salvaje rebeldía: corre a hondazos al representante del patrón, lo ata, y hasta lo ultima. En 1876, al grito de "¡nuestra es la tierra!", se sublevaron las indiadas y, para someterlas, fue necesaria la intervención de tropas regulares, que las diezmaron en la batalla de Quera.

— Un piasito'i suelo, aunque no juese más que pa que áhi me entierren, había i querer que juese mío — dijo de pronto don Saulo.

— Aura andan diciendo que nos van a repartir la tierra... cuando suban los radicales — contestó Leandro Choque.

— Eso dicen porque van a haber votaciones — replicó don Bartolo.

El era ya demasiado viejo para creer en semejantes engañifas. La matanza de Quera, que vio siendo mozo, todavía frecuentaba sus pesadillas. Y ya sabía que, cada vez que se aproximaban elecciones, llegaban de la ciudad politicastros de todos los pelos que prometían el reparto de la tierra.

— No les hagáis caso — continuó —, así hacen siempre. Una ocasión un tal López andaba repartiendo unos papeles que decía que eran los títulos. ¡A varios les sacó plata con el cuento! Y cuando no quisieron pagar los arriendos, jueron a dar presos a Jujuy.

Pero como la ilusión es tenaz, Leandro suspiró:

— ¡Tal vez áura sea cierto!

El representante del patrón llegó ya bien entrada la mañana. Era un gallego llamado Santiago Requejo, que andaba caballero en una mula, siempre armado hasta los dientes, pues nunca las tenía todas consigo en las ocasiones en que debía desempeñar sus funcio-

nes de cobrador. Don Bartolo y sus huéspedes lo recibieron en actitud sumisa.

— Esperándolo' stábamos pa comenzar la señalada — dijo el viejo.

— Pues a comenzarla, porque malditas sean las ganas que tengo de que me agarre aquí la noche! — contestó el gallego —. ¡Con que andando! ¡Hala!

Se apeó, y Valerio acudió a arrendarle la mula. Requejo dijo que el animal venía fatigado, y que era conveniente desensillarlo, darle de beber, y asegurarlo en un sitio en donde hubiese buen pasto.

— Llevala pa'lao i la laguna. Ahi'stá alto el hiro — dijo el viejo.

Padre e hijo cambiaron una mirada. Fue sólo un segundo. Relampaguearon los ojos y se entendieron. Valerio se marchó con la mula, y se procedió a continuar la señalada.

Don Saulo, como padrino, practicó las incisiones — muesca y zarcillo — a la illa. Don Bartolo y sus acompañantes, hicieron lo mismo por los demás orejanos, terminando con los "guaschos". Mientras tanto, afanábanse las mujeres en el reparto de jarros de chicha y alcohol. Las libaciones alegraban las almas y desataban las lenguas. Los trocitos de orejas que se cortaban a los animales, iban echándose en la chuspa del dueño, mezclados con hojas de coca. Algunos se los pasaban antes por la cara, que quedaba manchada en sangre.

Requejo, sentado en una pirca, contemplaba la escena despectivo y ceñudo. Esperaba que terminase el trabajo para cobrar el pastaje y largarse. Tal vez — ya lo vería — lograse sacar algunas pepitas de oro al viejo Puca que, según era pública voz y fama, conocía ricos lavaderos que explotaba entre gallos y media noche. Pero el tiempo transcurría y no se daba término a la tarea, porque las ceremonias que los puneños

realizan con ocasión de la señalada, no concluyen con el desmoche de los animales. Es menester, además, realizar el "casamiento", el "floreo" y la "largada". Y también debe agradecerse a la Pachamama los beneficios otorgados durante el año, y rogarle que los siga acordando en los venideros.

— ¡Traigan las ovejitas pa'l casamiento! — ordenó don Saulo, en calidad de padrino.

Celedonio y Valerio, que ya estaban de vuelta, penetraron en uno de los corrales. Uno atrapó un borrego macho y el otro una hembra. El padrino llevó cargado al primero hasta el kuiri, y la madrina condujo en brazos a la segunda. Los agarraron de las patas delanteras, los hicieron incorporarse sobre las traseras, darse frente con frente, y abrazarse como dos amantes. Es la incitación al Amor, fuente de la vida. Luego les introdujeron hojas de coca en la boca, y hasta obligaron a los aterrorizados animalitos a tragar unos sorbos de chuya.

Ha llegado el momento solemne de agradecer a la Tierra Madre sus favores. Don Bartolo se adelanta, hierático y sacerdotal; se descubre, levanta los brazos en actitud de súplica y, de cara al sol, pronuncia la invocación sagrada:

¡Pachamama, santa tierra
cunan punchay sideaiki
¡chaicho mana ñocca portacusaj,
ocampa dota coascaiki!

(Pachamama, santa tierra: hoy es tu día. ¡Cómo no te he de ofrendar chicha y coca por la buena parición que me has dado!)

Entonces se florea a los borregos, ceremonia que consiste en anudarles hilos de "lana cunti" sobre la cabeza y los lomos.

— ¡La largada! ¡La largada! — gritan todos.

Don Bartolo, ayudado de su hijo y Celedonio que, como cortejante de la imilla a todo se comide, abre la puerta de los corrales. El ganado, con sed y hambriento, echa campo afuera como un torbellino, y todos corren tras él gritando:

— ¡Tropa!... ¡Tropa!... ¡Tropa!...

Cuando se detienen, el viejo, descubierto y siempre de cara al sol, implora a la Pachamama:

¡Huyariguay, Pachamama!
chiriguaira muchascaita
condorta, ¡epo! niscaita,
atoccta, ¡jalay! niscaita.

(¡Oyeme, Pachamama! Viento frío he besado; al cóndor ¡epo! he gritado, y al zorro, ¡jalay! he gritado.)

La Pacha, madre generosa, oirá las preces del hijo y protegerá a los rebaños, librándolos de las depredaciones de cóndores y zorros; pero el hijo ha de besar el viento helado de la Puna, y ha de ahuyentar con sus gritos a las alimañas, porque la tierra sólo otorga sus dones al que los conquista con su esfuerzo y su labor.

Hacía ya cerca de una hora que Requejo, a solas con don Bartolo, se ocupaba del ajuste de la cuenta de los pastajes. A pesar de la prisa que demostraba el gallego, el asunto amenazaba prolongarse indefinidamente, porque, dadas la pachorra y marrullería de los indios, es imposible concluir rápidamente con ellos negocios o tratos.

— ¿Cuántas cabezas tiene usted, hombre de Dios? ¡Ya se lo he preguntado más de cien veces! ¡Responda usted, hombre, responda usted! — exclamaba Requejo próximo a estallar.

Don Bartolo meditaba, meneaba la cabeza; sus miradas parecían concentrarse en la contemplación del horizonte; se restregaba las manos, y se rascaba el colodrillo. Después decía:

— Burritos, ciento cincuenta; llamitas, cien; ovejitas, unas mil han de'star siendo...

— ¡Ciento cincuenta burros! ¡Es usted un fresco, don Bartolo! ¡En el corral había más de trescientos! ¡Vamos, largue usted!

— No, patrón, no eran tantos. Yo los hi contao toditos. Ciento cincuenta nomás son.

En el corral había, en realidad, doscientos, y otros cuarenta pastaban ocultos en un cañadón, adonde habían sido llevados sigilosamente por Valerio la noche anterior.

— ¡Ciento setenta y cinco y acabemos! — gritó el representante del patrón.

Don Bartolo pagó refunfuñando.

La misma disputa se produjo en lo referente a las llamas y las ovejas. Requejo sospechaba el engaño, pero era muy difícil probarlo, y él no tenía mucho interés en hacerlo. No se trataba de cosas propias, sino de las del patrón. El buscaba, como todos, el medro personal. ¡Para eso se aguantaba la soledad y el clima inhospitalario de la Puna! ¡Allá con Dios ese señor que, sin sudarla, se gastaba la renta en Buenos Aires!

— ¿Y cómo va ese oro? — preguntó.

— ¡Nada mós podío hallar este año, siñor! Mos lavao en Maray y más pa'arriba tamién, y sólo arena mós sacao. ¡Una que otra chispita!

— ¡Bah! ¡Déjese usted de chirigotas, don Bar-

tolo! Nadie ignora que usted sabe dónde se encuentran los buenos lavaderos. A usted puede convenirle entrar en tratos conmigo. Es cuestión de entenderse. ¡Vamos, largue usted, que no ha de pesarle!

— Cierto, siñor; nada más hallao...

— Ya le he dicho que es cuestión de entenderse. ¡Para eso se hizo la lengua!

Tras mucho discutir llegaron a un acuerdo. Don Bartolo dio unos gramos de oro a Requejo, y éste le hizo una quita del treinta por ciento de los derechos de pastaje. El único perjudicado venía así a ser el patrón. Ambos sintieron una maligna satisfacción al pensarlo.

— Mándeme a traer la mula — dijo Requejo.

El viejo envió a Valerio por el animal. Como transcurriese cerca de una hora sin que el enviado regresara, el gallego se impacientó, juró y acabó por maltratar de palabra a don Bartolo. Este salió en busca del hijo, y tardó largo rato en volver. Cuando lo hizo, anunció con indiferencia:

— Mulita si ha muerto, siñor...

El gallego, furioso, sospechó alguna trastada, y amenazó con dar una paliza a Valerio. Pero los concurrentes lo rodearon, y Requejo sabía, que si se desmandaba, entrarían en acción las temibles hondas de los indios que arrojan, como un bolaño, piedras del grosor del puño, dirigidas con puntería infalible. Ninguno había pronunciado una sílaba, pero todos parecían estar perfectamente al tanto de lo ocurrido: Valerio había atado a la mula en el ribazo de la laguna, en donde, entre los juncos, crecía la "paja vizcachera" que envenena las caballerías. ¡Una pequeña venganza contra el odiado representante del patrón!

El gallego tuvo que marcharse a pie. Anunció que volvería al día siguiente con la policía, y se alejó cojeando entre las piedras, renegando de sus callos y

juanetes, de esta puerca América y de Dios y de sus santos.

Al anochecer, los huéspedes se despidieron y tomaron, uno tras otro, el camino. Don Bartolo se acogió al potu, en donde ardía un fuego cordial y se cocía el "tulpo". Los hijos y la imilla andaban por los alrededores de los corrales, ocupados en recoger las tinajas, cántaros y jarros llevados allí para servir a los huéspedes. De pronto entró Celedonio y se sentó, en cuclillas, frente al viejo.

Don Bartolo lo miró en silencio unos instantes y sonrió. Ya sospechaba de qué iba a hablarle el muchacho. Aunque durante todo el día Celedonio no se había llegado, ni dirigido la palabra a la imilla, el viejo sabía a qué atenerse.

— ¿Cuántas ha señalao? — preguntó por fin el mozo.

— Varias — contestó el viejo después de un rato. Y pensó: "¡Hum! ¡Ya's de andar queriendo heredarme en vida! ¡Denó no habías de andar aviriguando! ¡Pero con las ganas te has i quedar! ¡Si querís, llevartilá a la Paulina, llevatilá nomás! ¡Pero nada t'hi dar!"

— Yo, don Bartolo, quiero juntarme con la Paulina — dijo el mozo, mientras, con la vista baja, trazaba líneas con el índice en el suelo.

Ambos callaron. Se asomaron la Nicasia y después Valerio. Comprendieron y se alejaron. Paulina se hacía la desentendida, pero, aparte de que ninguna mujer ignora estas cosas, los mensajes del espejito eran prevención suficiente.

— Yo — continuó Celedonio — tengo mi pasar: ovejitas, burritus... ¡Y nunca mi sé machar!

— Güeno — respondió el viejo —, si ella quiere...

El muchacho salió en silencio. Encontró a la imilla cerca de los corrales, y le dijo:

— Ya lo hi hablao.

Paulina, sin decir palabra, se arrebozó en una manta, y ambos, él delante y ella unos pasos atrás, echaron a andar en dirección a la laguna. Pronto tomaron el rítmico trotecito de la marcha, y desaparecieron en la inmensidad de la Puna.

Vivirán un año "a prueba". Si se amañan, un buen día irán a Rinconada o a Yavi y se casarán "por el civil". Y cuando llegue a Pozuelos algún padre de la misión, recibirán las bendiciones de la Santa Madre Iglesia; si no se amañan, cada uno echará por su lado sin tristeza ni rencor.

CHOCLO PELAO

Hacía dos horas que Ernesto Suárez, más conocido en El Chamical y sus contornos con el apodo de "Choclo Pelao", se encontraba agazapado en la zanja de un cerco, atisbando por entre las ramas, con la mirada inquieta y temerosa de un animal perseguido. Aún resonaban en sus oídos los gritos indignados de su padre: "¡Mándese a mudar, sinvergüenza!" Luego, el viejo había empuñado un rebenque y le había soltado algunos lonjazos, que no dieron en el blanco, porque él se había apresurado a poner tierra de por medio.

— ¡Hum! ¡Pa lo que me importa! — musitaba mientras clavaba los dientes en un trozo de bollo grasoso y negruzco que sacó del seno.

— ¡Tomá vos, Tizne! — añadió dirigiéndose a un gozque que no se separaba de él, y le puso en el hociquito negro y húmedo, buena parte de su no muy abundante pitanza —. ¡Te lo merecís por güeno! ¡Sos el único que no me has fallao hasta áura!

El perrillo, un "caschi" de negro pelaje y cola enroscada, devoró el bollo haciendo castañetear sus agudos colmillos y, sentándose sobre las patas traseras, siguió con ojos ávidos y atención profunda los

movimientos de su amo. Pero como éste se había tendido de espaldas en la zanja y permanecía inmóvil, Tizne, perdida toda la esperanza de una buena ración, después de dar algunas vueltas sobre sí mismo, se recostó a su lado con la cabeza entre los brazos extendidos, y se durmió.

Empezaba a atardecer cuando su amo se despertó. Se desperezó estirando los brazos, bostezó, se rascó la coronilla por debajo del sombrero, y sacando la cabeza por sobre el talud de la zanja, escudriñó los alrededores. El sendero que tenía al frente serpeaba a través de un bosque de espinillos y churquis e iba a perderse, a una o dos cuadras de distancia, en un recodo que desembocaba en el camino que conduce a El Chamical. Choclo Pelao salió lentamente de su escondrijo y echó a andar medio encorvado, apegándose a los árboles, como si tratara de ocultarse. Caminaba sin hacer el menor ruido, con el paso elástico y furtivo de un felino. La paz de la tarde parecía ahondar el silencio de los campos sólo turbado por el lejano silbido de las perdices escondidas en los pajonales. Cuando llegó frente a la casa de El Chamical, Ernesto abandonó la carretera, y cruzando un alambrado, se internó algunos pasos en un rastrojo. Se sentó en el suelo, al lado de una acequia. Al frente, extendíase un campo llano cubierto de gramilla, con un alto y coposo cebil a la izquierda. Al fondo emergía, como un islote, un grupo de árboles, sobre los que se destacaba la verde cabellera de un sauce llorón, y a su sombra, medio oculto por el ramaje, se columbraba parte de la techumbre de un rancho. Choclo Pelao no apartaba los ojos de él. A ratos, le llegaba en el viento el eco de porrazos lejanos, como si alguien golpease ropa mojada. "Es mi mama qu'stá lavando", pensó.

Al cerrar la noche sintió un estremecimiento de frío. Un soplo helado llegaba de las montañas. En la

choza, como una pupila insomne, parpadeaba una luz. Por encima del sauce comenzaba a asomar la luna, que parecía correr entre las nubes. De pronto la luz se apagó. Entonces Choclo Pelao abandonó su escondite y se dirigió al rancho. Cuando estuvo cerca de él, se tendió de bruces y fue lentamente acercándose a gatas. El seto que rodeaba a la casucha era espeso y estaba formado de ramas erizadas de espinas, colocadas entre tunales y talas guiadoras de garfios ponzoñosos. Ernesto conocía un portillo, pero cuando se arrastró hasta él, lo encontró cerrado con un tejido de alambre. Se dirigió a la tranquera. Los perros ladraron y lo acometieron; los aquietó con un silbido imperceptible y, siempre a gatas, se coló a un pequeño cobertizo que servía de cocina, situado a pocos pasos del rancho. Se puso de pie y, a tientas, buscó algo qué comer. No encontró ni un mendrugo. En un descuido, tumbó una olla que rodó por el suelo, haciendo un estrépito que a él le pareció infernal. Se quedó rígido, conteniendo el aliento durante algunos segundos. Creyó oír la voz de su padre y el crujir de una cama. Se escurrió como una sombra, franqueó la tranquera, y se desvaneció en la noche.

— Yo creo — dijo doña Leocadia — que va a ser pa pior no dejarlo llegar a la casa al Ernesto. Aquí siquiera se lo puede vigilar. Andando alzao en el monte, juerza es que acabe mal.

— De vicio 'stáis porfiando — replicó de malhumor don Bartolo —; lo qu'es aquí no lo 'hi admitir. Ya'es grandecito pa ganarse la vida y dejar de andar robando por todos laos.

Don Bartolo era un viejo alto, de rostro alargado y blanco, terminado en una barba en punta color

ceniza, que le llegaba hasta el pecho. Mientras hablaba, levantaba un brazo con el puño cerrado y, en sus ojos, de un azul acuoso, relampagueaba la ira.

— Hagamos otra vez la prueba — insistió doña Leocadia lloriqueando —. Con tanto que se ha golpiao, tal vez se componga.

— Ya l'hemos hecho muchas veces y cada vez ha sío al cuete. Y ya el patrón me ha dicho que, si no lo despacho por áhi lejos al muchacho, me v'a pedir el arriendo; y yo no'stoy pa andarme muriendo de hambre ni pidiendo limosna por culpa'i nadie.

Desde hacía algunos meses, no se conocía la paz en la casa de don Bartolo Suárez. Llovían demandas y quejas contra Ernesto, su hijo mayor. El muchacho, desde pequeño, había sido travieso, levantisco y holgazán. No dió un paso en la escuela. Cuando llegó a la pubertad, se le despertó de repente una incontenible tendencia a apoderarse de lo ajeno. Hurtaba todo lo que veía, sin necesidad, por placer. Al principio, sólo lo hacía en su casa, pero a poco andar empezó a robar a los vecinos. Uno de ellos lo había denunciado a la policía y ésta andaba en su busca. Don Bartolo, exasperado, le había prohibido poner los pies en el rancho.

— Güeno — dijo el viejo —, me voy pa'l trabajo — y, echándose una azada al hombro, salió al campo.

Doña Leocadia permaneció largo rato sentada debajo del sauce, pensando en el hijo desventurado; después, se dirigió a la tranquera con la vaga esperanza de encontrarlo. Era muy de mañana y todavía flotaban, en el cielo pálido, algunas nubecillas rosadas. Hacia la derecha, a unos cien metros del rancho, corría la larga tapia de tierra que rodea la quinta de naranjos de El Chamical. Frente al muro se levantaban algunas tipas y, a su sombra, crecía un espeso bosquecillo de tuscas, tunales y pucanchos.

— A lo mejor por áhi nomás anda escondío —

murmuró la mujer, y con el corazón palpitante, se dirigió al bosquecillo.

No se había equivocado. No bien llegó a sus linderos, cuando Tizne salió a recibirla dando alegres ladridos y correteando a su alrededor. Se detuvo anhelante y, en voz baja, llamó:

— ¡Ernesto!

Se oyó un crujido de ramas un poco más allá, y, por entre ellas, asomó el rostro de un muchacho. Era un rostro demacrado y exangüe, en el que brillaban dos ojos claros y afiebrados, bajo una frente aplastada, sobre la que caían pringosas crenchas castañas de cabello sudado.

— ¡No hi comío! — dijo Ernesto.

— ¿Vos has sío el que ha andao anoche en la cocina? Tu tata dice que ha sentío gente.

Choclo Pelao no respondió. Sus ojos vagaban inquietos a su alrededor.

— No hi comío — repitió.

Doña Leocadia corrió al rancho y le trajo un pedazo de bollo y un trozo de carne fría. El muchacho, más que a comerlos, comenzó a engullirlos; sin embargo, obsequió a Tizne con la tercera parte de los alimentos.

— Has de andar con cuidao — dijo la madre —. Endenantitos nomás ha pasao la polecía pa'l lao de arriba.

Choclo Pelao parecía no oirla. Muy por lo bajo silbaba una tonada de chacarera.

Apenas se retiró doña Leocadia, se tendió sobre la hojarasca, a la sombra de un tala. Desde ahí, con sólo incorporarse, podía vigilar el camino que, a medida que avanzaba la mañana, comenzaba a animarse.

Vio pasar a algunos campesinos rumbo a El Carmen. Horas después cruzó, a galope tendido, la mensajería que se dirigía a Estación Perico. A eso de mediodía, dos vigilantes se apearon en el rancho y, después de unos momentos, se alejaron en dirección a El Bordo de la Isla. Choclo Pelao durmió tranquilamente la siesta. Cuando se despertó, ya estaba algo entrada la tarde, y decidió internarse hacia el lado de El Chucupal, donde no era probable que la autoridad lo buscase. Llamó a Tizne y, levantándolo en brazos, lo colocó encima de la tapia; luego se encaramó él mismo, y se dejó caer al otro lado. Bajó al perro y se adentró en el naranjal. Un silencio profundo flotaba sobre la quinta inmóvil. La luz del poniente, al tamizarse por entre las ramas, iluminaba los troncos color de bronce con un fulgor violeta en el que parecía cernerse un impalpable polvillo de oro que se confundía con el temblor del sol. Hacia la izquierda, a lo lejos, se oyó de pronto la campana de El Chamical que anunciaba, con toques lentos y acompasados, la hora de abandonar el trabajo. A cada campanazo, los perros de la casa levantaban un coro de aullidos, entrecortado por el grito agudo y como desesperado de los pavos reales. Después todo volvió a hundirse en el silencio, anegado en el éxtasis en que parece sumirse la tierra a la aproximación de la noche.

Ernesto atravesó la quinta sin apresurarse, y salió al campo por un portillo abierto en la tapia trasera. Su cerebro estaba vacío y en el estómago sentía las punzadas del hambre. Avanzó a través de un bosque de cebiles bajos, por un sendero de vacas. La oscuridad comenzaba a adensarse y, en el cielo, a brillar las primeras estrellas. Después de caminar largo rato, divisó un fuego, perdido en la noche. "Es el puesto i ña Tomasa, la cabrera", pensó. Se aproximó lentamente. Siempre que se acercaba a una casa, lo

hacía con cautela, como una raposa que husmea la presa que sabe guardada por un mastín. Un perro negro y lanudo se avalanzó ladrando furibundo cuando llegó a la tranquera. Del lado del fuego se irguió una mujer y, después de apaciguar al animal, gritó:

— ¿Quién anda áhi?

— Soy yo, ña Tomasa.

— ¿Quién?

— Ernesto.

— ¿Cuál Ernesto?

— El hijo'i ña Leocadia.

— ¿Qué andáis queriendo?

— Hi venío a ver si me puede dar algo'i comer. Me ha pillao la noche lejos i la casa.

— Entrá.

Las llamas saltaban alegremente bajo un coposo chañar que se levantaba junto al rancho. Un poco más allá, en un corralito de palo a pique, dormitaba una manada de cabras. A veces, se oía el trémulo balido de un cabrito o el áspero estornudo de un chivato. De los campos llegaba el interminable chillar de los grillos y las luciérnagas rayaban la noche con rápidos trazos de luz verdosa. En una charca cercana, croaban los sapos.

— Sentate — dijo doña Tomasa, y le señaló una silla con asiento de cuero junto a la hoguera. Era una india vieja, enjuta, desdentada y llena de arrugas.

— No tengo más que un poco'i frangollo — añadió, mientras avivaba la llama con un palo. Después le sirvió, en un plato de madera, una buena cantidad de la espesa sopa de maíz, y le proporcionó una abollada cuchara de peltre. Ernesto devoraba, haciendo chasquear la lengua, mientras la india, sentada en el suelo, contemplaba el campo con ojos apagados. No cruzaron ni una palabra.

Cuando el muchacho concluyó de cenar, la vieja

se entró en el rancho y encendió un candil, que apagó momentos después. Choclo Pelao se dejó caer en un cuero, que encontró en un corredorcillo que rodeaba a la choza. Escuchó con la atención tensa. Sólo llegaban hasta él los vagos rumores de la noche y, tranquilizado, se durmió. En sueños creíase perseguido por un toro furioso, y sus piernas, como si fueran de plomo, se negaban a obedecerle, a pesar de sus desesperados esfuerzos. La bestia, resoplando, iba a alcanzarlo... ya estaba sobre él. Lanzó un grito y se despertó bañado en sudor. Doña Tomasa, en camisa, acuclillada a su lado, lo sacudía suavemente por un brazo.

— No te asustís — le dijo en voz apenas perceptible —. Soy yo. Entrá a dormir adentro; deñó ta ha'i hacer mal el sereno.

Se recordó momentos antes del alba. Por entre las rendijas de la quincha se colaba un aire fresco, cargado de relente y aromas de bosque. Un gallo cantó en el chañar. La noche comenzaba a palidecer. Pronto una luz lechosa veló el interior del rancho como una bruma sutil. Choclo Pelao se restregó, bostezando, los ojos. Doña Tomasa, tendida en el catre a su lado, parecía un cadáver. Las sombras violetas del amanecer le destacaban los pómulos huesosos y le afilaban la nariz, bajo la cual se hundía la boca desdentada. Una franja de pupila vítrea brillaba entre los párpados entrecerrados. Chillaron los horneros por el lado del corral y la manada comenzó a balar. De la umbría cercana llegaba, desolado, el arrullo de una torcaz.

Como Ernesto hiciera un movimiento para deslizarse del catre, la vieja se despertó. Se vistió rápidamente y salió. El muchacho volvió a dormirse, has-

ta que la cabrera lo recordó con un mate. Después de cebárselos casi durante una hora, le dijo:

— Quedate a cuidar la casa. Yo tengo que salir al campo con la majada. Has de poner la olla. En ese cajón — dijo señalando un arconcillo de cedro — hay charque y máiz pelao.

Ernesto permaneció tres días con sus noches en el rancho de doña Tomasa. La vieja le cebaba mate al amanecer, partía con el hato y regresaba cuando empezaba a cerrar la noche. El se entretenía vagando por los alrededores, o encerrado en la choza, dormía la mayor parte del día. Cuando llegaba la cabrera, comían el frangollo con charque que él preparaba y se acostaban. No se hablaban casi nunca.

Una mañana dijo la india al muchacho:

— Salí vos con las cabras. Llevá charque asao pa que comáis en el campo. Yo tengo qu'ir al boliche del Chamical a tráir coca y harina.

Apenas desapareció la vieja en un recodo de la senda, Ernesto decidió poner pies en polvorosa. En el rancho de doña Tomasa, enclavado en medio de la selva, se encontraba en relativa seguridad. Tenía comida y mujer sin hacer nada, lo que halagaba su vanidad y sus hábitos de holgazanería. Pero el muchacho, como todos los perseguidos, era desconfiado y suspicaz. En El Chamical se hablaba mucho de sus hurtos y rondaba la policía, y pensó que doña Tomasa podía delatarlo o charlar en demasía. Además se hastiaba atrozmente. Le escocía en el cuerpo la inquietud del andariego; sólo se sentía vivir cuando vagaba por los caminos, hurtando aquí y allá, durmiendo en los bosques, en continuo acecho y perpetua fuga.

Tomada esta resolución, comenzó por revisar prolijamente el rancho. En el arcón encontró cerillas, velas de cebo y unas tijeras. Arrambló con todo, y hasta decidió llevarse la olla de barro en que la vieja

cocinaba. Al salir al corredor, mató un pollo de un garrotazo y lo echó, con lo demás, en una bolsa. Sentía una especie de placer perverso cuando empezó a alejarse del puesto a través de los campos. Iba cantando, muy bajito, una baguala:

Mi caballo y mi mujer
se me jueron para Salta:
mi caballo vuelva pronto,
mi mujer no me hace falta.

Se dirigió hacia el este con el propósito de salir al camino de San Vicente, cruzando el potrero de El Chamical. Los cebilares se sucedían a los cebilares. El cielo estaba muy azul, sin una nube. Chillaban las chuñas y gorjeaban los pájaros. Choclo Pelao caminaba lentamente, sentándose largo rato a descansar en las sombras, o deteniéndose a arrojar piedras que Tizne le traía en la boca. Al mediar la mañana, oyó un tropel de cabalgaduras y el canto lejano de un campero. Se escondió en una zanja e hizo callar al perro que, con las orejas erguidas, gruñía y amenazaba ladrar. Allí se durmió hasta bien entrada la tarde. Cuando se despertó, masticó un poco del charqui robado a la cabrera. Después cogió la olla de barro, la colocó encima de una piedra y la aplastó con otra. Pisoteó, hasta convertirlos en añicos, a los tiestos, poseído de un extraño furor. Unos pasos más allá, colgó al pollo muerto de la horqueta de un árbol.

Cuando llegó al camino de San Vicente, bajó por él, cruzó la carretera que va a El Carmen y, a través de un maizal, tomó en dirección de los tipales de la Isla. Llegó a ellos cuando empezaba a anochecer. Había salido la luna y el bosque dormía inmóvil bajo su luz azulada. Al frente, se oía el alegre rumor de aguas corrientes. Choclo Pelao avanzó en ese rumbo

y pronto se encontró con una ancha acequia. Remontó lentamente por el borde del curso, silbando. El silencio de la selva lo impresionó y comenzó a cantar:

Yo no andoi porque te quiera,
ni andoi pa que me quieráis;
yo andoi porque andoi de vicio,
andoi porque andoi nomás.

Media hora después llegaba a un descampado. El tipal se bifurcaba, dejando un espacio abierto de unos cien metros de anchura, y volvía a unirse unas cuadras más allá. En un costado del terreno libre, se levantaba una choza formada por cuatro endebles horcones y techada, en parte, con una chapa de zinc y, en parte, con ramas y barro. Las paredes eran de quincha en un costado y de bolsas de arpilleras en los otros. Choclo Pelao comenzó a acercarse lentamente. Pero como no salieran perros, ni se advirtiese la menor señal de vida, se dirigió resueltamente a ella. La luna, que entraba por la puerta, iluminaba claramente su interior. Sobre un cuero de vacuno casi enteramente pelado, veíase una frazada deshilachada y un montón de trapos mugrientos. En un rincón, entre dos piedras ennegrecidas, encontrábanse una olla de barro y los restos de un fuego.

— ¡No sé quién diablos puede vivir aquí! — exclamó Ernesto, y desparramando a manotadas los trapos sobre el cuero, se dejó caer en la improvisada cama abrazado de Tizne. Pronto el sueño cerró sus ojos.

Unas horas después, el gozque ladró enfurecido y arremetió en dirección al tipal. El muchacho se puso de pie de un salto, corrió a guarecerse en un sunchal próximo al rancho, y espió por entre los claros. La luna brillaba en todo su esplendor. Un hombre cu-

bierto con un poncho que le llegaba hasta más abajo de las rodillas, blandía un palo para defenderse de las acometidas del perro y mascullaba en tono amenazador frases incomprensibles. Choclo Pelao no tardó en reconocerlo. Era don Cayetano, un mendigo octogenario que recorría incansablemente los caminos de El Bordo y El Chamical, en procura de limosna. El muchacho abandonó su escondite y se dirigió a él.

— Buenas noches, don Cayetano — dijo en tono conciliador.

Pero el viejo estaba furioso, y después de soltar unos garrotazos a Tizne, que los evitaba retirándose unos metros para volver a la carga, se dirigió a Choclo Pelao con el palo en alto, lanzando roncos gritos de cólera. El muchacho no se desconcertó. Esquivó el golpe, saltanto a un costado; corrió hacia el viejo y, dándole un empellón en el pecho con ambas manos, lo tumbó de espaldas. El anciano permaneció inerte tendido en el pasto. Unas alforjas bien repletas habían caído de sus hombros y yacían a pocos pasos del lugar de la reyerta. Ernesto se apoderó de ellas y, sentándose en sus talones, comenzó a vaciar su contenido. Encontró muchos pedazos de pan seco, cabezas de cebolla, vainas de ají y algunos cabos de vela. Atadas en un pañuelo inmundo, había unas cuantas monedas de níquel y cobre, y en el fondo, un frasco de vidrio que contenía un líquido de color ámbar. Choclo Pelao le quitó el corcho y se lo llevó a las narices.

— ¡Caña! — exclamó, y se echó al pecho algunos tragos.

Como el viejo continuara inmóvil, se acercó, poco a poco, hasta él. La luna le daba en pleno rostro. Bajo la frente pálida, unos ojos muy abiertos, que no parpadeaban, lo miraban fijamente, y por debajo de la cabeza blanca, una mancha oscura iba lentamente extendiéndose en el suelo. El muchacho huyó despavorido

a través del tipal. Las ramas le lastimaban el rostro y le desgarraban las ropas; se cayó en una acequia y salió de ella calado hasta los huesos. Por fin se detuvo, jadeante, debajo de un algarrobo que se levantaba en el centro de un campo arado. No había soltado el frasco y lo apuró, hasta la última gota, sin respirar.

Nunca pudo Choclo Pelao recordar ni explicar cómo fue a parar a las inmediaciones de su casa. Allí lo encontró la policía cerca de las doce, profundamente dormido. El sargento Flores — de la Comisaría de El Carmen — lo descubrió oculto en unas matas, al pie de la tapia de la quinta de El Chamical. Estaba casi en cueros, lleno de cardenales, cruzado el rostro por arañazos sangrientos. No tenía más que piel y huesos. El policía, que era compasivo, le ordenó que fuese, en su compañía, hasta el rancho de sus padres a lavarse y cambiarse de ropa. El muchacho obedeció sin decir palabra, como atontado.

Doña Leocadia, consternada, se echó a llorar cuando lo vio, y sus hermanos menores lo rodearon, en silencio, contemplándolo con ojos agrandados por el asombro. Choclo Pelao, en espera de que su madre le preparase la ropa, se sentó en el corredor, y llamando a Tizne, comenzó a pasarle suavemente una mano por el lomo, con aire ausente; mientras, el sargento se paseaba frente al rancho, sorbiendo un mate que una hermana del muchacho acababa de ofrecerle.

— Así que no'stá aquí don Bartolo — dijo a la chica.

— Anda en el trabajo.

— Tal vez sea una suerte. Así no verá nada cuando lo lleve — comentó el policía.

— ¡Vení vestite! — gritó, adentro, la madre.

Ernesto no respondió ni dio señales de haber oído. Flores se acercó a él y, poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo:

— ¡Te llama tu mama!

El muchacho, lentamente, entró en una habitación. Salió con un traje limpio y la cara bien lavada. Llevaba en el cuello un pañuelo de seda, y el cabello partido en dos y peinado. Se veía la mano cariñosa de la madre.

— Vamos — dijo Flores, y tendió la diestra a doña Leocadia.

— ¡Yo no hi sío! ¡Yo no hi sío! — gritó de pronto Ernesto —. ¡Yo apenas un empujoncito l'hi dao! — Lanzó un alarido que nada tenía de humano; el rostro se le torció, y cayó al suelo, en donde se revolcó sacudido por violentas convulsiones. Los dientes le crujían y los labios se le cubrían de espumarajos sanguinolentos.

— ¡Jesús, le ha venío el mal! — chilló doña Leocadia, y corrió en busca de agua.

Cuando Ernesto volvió en sí y descansó algún tiempo, el sargento le ordenó montar a la grupa de su caballo. Choclo Pelao obedeció sin dirigir una palabra de despedida a su madre ni a sus hermanos. En el momento de partir se encaró con uno de los más pequeños y le gritó:

— ¡Lo has de cuidar bien al Tizne! ¡Pronto nomás hi volver y, si no lo has cuidado, ya has de ver quién soy yo!

TODO POR LA UCHEPA

Poca centella incita mucho fuego,
Poco viento movió mucha tormenta,
Poca nube al principio, arroja luego
Mucho diluvio...

CALDERON, *El médico de su honra*

I

Uche!... ¡Uchepa!

Nadie respondió.

— ¡Uchepa!... ¡Uchepaaa!

Los gritos, cada vez más iracundos y descompuestos, salían, como de la boca de un antro, del oscuro cuarto de la patrona. Sus ecos corrieron por la galería y despertaron a un canario que, posado en el travesaño de una jaula colgada del techo del zaguán, descabezaba el sueñecito de mediodía. El pájaro comenzó a piar a toda garganta. Oyéronlo los zorzales y tordos de la pajarera del patio y ellos también soltaron el trapo a su canto. La casa pareció sumergirse en una onda de trinos, gorgoritos y arpegios.

— ¡Uchepaaa!... ¡Te llama la niña! — coreó en el interior la ronca voz de la cocinera.

— ¿Pero en dónde se ha metido esa chinita? — preguntó el ama, doña Rosarito Quijarreta, asomada en paños menores a la puerta de la habitación—. ¡Cada vez que se la necesita no se la encuentra!

Salió majestuosamente del segundo patio la cocinera, e informó:

— Apenas ve que usté se acuesta a dormir la

siesta, toma pa la calle.

— ¿A la calle? ¿Y qué tiene que hacer en la calle? — inquirió en tono áspero doña Rosarito.

Era una mujer que ya había pasado de los cuarenta, seca, de un tinte de cera. Una nariz corva, que recordaba el pico de un loro, separaba dos ojillos maliciosos y movedizos como los de un ratón, semiocultos en la sombra de las cejas anchas y renegridas. Unos dientes caballunos le empujaban hacia adelante el labio superior, poblado de un bozo que parecía el de un adolescente. Su altura, excesiva para una mujer; su rigidez; la osatura, que se adivinaba grande y pesada bajo la piel acartonada, le daban un aspecto hombruno y desagradable.

— ¡Es necesario saber adónde se va! — prosiguió —. ¡Fortunata!

Se presentó casi de inmediato, una indiecita de unos ocho o nueve años, de tez color chocolate y ojos traviesos y brillantes.

— Vaya a dar una vuelta a la manzana a ver si encuentra a la Uchepa, y dígale que se presente aquí en el acto. ¡Corra!

La chinita partió como una exhalación, haciendo resonar, como palmetazos, sus pies descalzos en el enladrillado del zaguán.

— Yo creo — dijo la cocinera — que la Uchepa anda en historias con el bolichero de la esquina. Una vez la hi visto conversando con él.

— ¿Y por qué no me lo dijo? — replicó furiosa la solterona —. ¿No ve que yo soy responsable de su conducta, pues me la entregó su madre para que la criase? ¡No se puede uno fiar de nadie! — Y se entró en la habitación dando un portazo.

Momentos después llegaban la Uchepa y Fortunata. Doña Rosario, ya completamente vestida, les salió airada al encuentro y fijó, sin proferir una sílaba

durante algunos minutos, sus miradas en la culpada. La muchacha, temblando, se sentía como desnuda ante esos ojos perversos y curiosos que la recorrían de arriba abajo, como si trataran de descubrir los secretos de su cuerpo. Un extraño pudor la embargaba.

— ¿En dónde has estado? — preguntó al fin la patrona.

La Uchepa no respondió. Tenía los ojos clavados en el suelo, cerraba los hombros y se inclinaba, como encogida, hacia adelante. Por momentos se ponía intensamente pálida, y una llama de odio y resentimiento brillaba en lo profundo de sus ojos. No sabiendo qué hacer con las manos, cruzó los brazos y las apoyó sobre los hombros.

— ¿En dónde has estado? — chilló doña Rosario —. ¿No oyes lo que te pregunto? ¿Estás sorda?

Como la criadita tampoco respondiese, continuó:

— No lo sabes ¿eh? ¡Pues no necesito que me lo digas! Ya anduviste otra vez en el almacén por tras el gallego. ¿No es cierto? — carraspeó para corroborar y aplaudir su gran perspicacia, y concluyó:

— ¿Crees que me chupo los dedos?

La Uchepa, que no tenía tal creencia, balbuceó:

— No hi'estao en ningún almacén...

Doña Rosarito prorrumpió en una risita seca, metálica, sarcástica, para significar que, así como así, nada podía escapar a su sagacidad.

— ¡Ja, ja, ja! ¿Conque no fuiste al almacén? Tampoco conocerás al gallego, ¿no es cierto?

— H'ido a ver una muchacha aquí cerca...

— ¿Una muchacha? ¡Ji, ji, ji! Una muchacha con pantalones, ¿no? ¡Si te conoceré yo!

— Cierto, niña.

La "niña", para demostrar la infalibilidad de cuanto decía, apeló al testimonio de Fortunata que, a unos pasos de ahí, fingía arrancar las hojas secas de

una madreselva, con el fin de no perder ni una sílaba del diálogo.

— ¿En dónde la encontraste? ¿No fue en el almacén?

Fortunata miró a hurtadillas a la Uchepa. Hija de indios, llevaba en la masa de la sangre el disimulo, y un oscuro sentimiento de solidaridad de clase la movía a encubrir a su compañera. Tal vez en ese tenebroso soterraño de la subconsciencia, donde, como monstruos agazapados, acechan los rencores ancestrales, sentía la deliciosa fruición de engañar al blanco, opresor de su raza. Con los ojos bajos, contestó:

— Ahicito nomás 'taba.

— ¡Ahicito! ¿Dónde?

— En la acera.

Fue imposible hacerla decir más. Nada pudieron halagos ni amenazas. Se embarullaba, tartamudeaba, se contradecía y se enfurruñaba. Acabó por oponer a cuanto se le decía o hacía — recibió durante la inquisitoria algunos pellizcos y varios coscorrones — la fuerza invencible de la inercia. El ama, fatigada, concluyó furiosa:

— ¡Póngase a regar las plantas! ¡A causa de que viven en la ociosidad suceden estas cosas! — Y, dirigiéndose especialmente a la Uchepa, añadió —: La primera vez que vuelvas a salir a la calle sin permiso irás a parar al Buen Pastor. ¡Y allí te quitarán las ganas de andar en historias! ¡Ya lo sabes!

El jardín de doña Rosarito pasaba, con justicia, por ser el modelo del pueblo. Ocupaba íntegramente el primer patio de la casa, unos quince metros de frente por veinte de fondo, encuadrados por anchas galerías enladrilladas. En el centro, un alto magnolio de tronco gris y hojas de un verde obscuro y como satinado, se cubría, al llegar la primavera, de grandes estre-

llas blancas que exhalaban, sobre todo a la caída de la tarde, un aroma denso, perturbador. Bajo el árbol, una pajarera en forma de pagoda china pintada de rojo encerraba tordos, jilgueros, zorzales, urracas y reinamoras. A la hora del alba, y a la de la puesta del sol, un coro de trinos y silbos alegraba a la vieja casona, que parecía vibrar como sacudida por una onda de sonidos. En canteros bordeados de boj enano crecían alhelíes, claveles y rosas y, a lo largo de los muros de las galerías, se alineaban macetones de "alas de loro", helechos y hortensias.

El riego, por aquellas épocas, no era tarea llana. El agua debía sacarse de un aljibe situado en el segundo patio, por medio de un balde que se izaba con cinco o seis metros de cadena, que pasaban por una roldana colgada de un travesaño, asentado sobre pilastras de ladrillo. Ese trabajo era normalmente realizado por un hombre que, además, cuidaba del jardín y venía a casa de doña Rosarito una o dos veces por semana. Era, pues, una ruda penitencia la que el ama imponía a sus criaditas.

Estas la cumplieron lo peor que supieron. La Uchepa, furibunda, bizqueaba los ojos y estiraba los labios. Sacaba un balde de agua cada media hora, llenaba la regadera y, con lentitud de tortuga, se dirigía al jardín. Inundaba macetas y canteros, en forma tal que el agua barrosa corría por el enlajado del patio y formaba sucios charcos en los corredores. Sabía que, muy luego, doña Rosarito la obligaría a limpiar, fregar y barrer; pero la rabieta que cogería la solterona al enterarse del desaguisado la compensaba, de antemano, de cualquier castigo o molestia. Fortunata lanzó un baldazo al gato favorito de la patrona, el cual huyó como endemoniado, y se trepó al techo encaramándose por un emparrado, que dejó hecho una miseria.

Mientras tanto, las sirvientitas charlaban en voz baja.

— Es la vieja la que ido con el cuento. ¡Es más bocona! — decía Fortunata, aludiendo a la cocinera.

— Dejala nomás; ya me las hi pagar.

Pero ni el castigo del riego, ni otros semejantes que doña Rosarito infligió a sus criaditas, produjeron ningún efecto. Por el contrario, comenzaron a menudear en la casa accidentes y estropicios misteriosos: varias soperas se escaparon de la mano de la Uchepa y se hicieron añicos en el suelo; el inexplicable derrumbe de un aparador, produjo una catástrofe en cristales y lozas, y Jazmín, el "pila" de la cocinera, resultó escaldado en cierta ocasión que a Fortunata se le volcó un caldero de agua hirviendo sobre sus lomos. Tampoco cesaron las escapatorias y súbitas desapariciones de la Uchepa. La chinita parecía convertirse en humo en el momento menos pensado. Cierta noche que se escapó y volvió a la madrugada, doña Rosarito, colmada ya la medida, decidió internarla en el Buen Pastor.

II

Doña Petronila Quijarreta de Manso era una institución pueblerina. Nieta del coronel Nepomuceno Quijarreta, cuyas proezas lo colocaban al lado de los más preclaros varones de la independencia, formaba parte del patriciado que constituyen en el país los descendientes de los grandes hombres que hicieron la revolución de Mayo (1). Cuñada del gobernador don Cleto Manso, podía contar con la influencia oficial; de carácter decidido y enérgico, se las "chantaba" según

(1) V. "El Terruño", La revolución del reloj.

ella decía, "al más pintado", de modo que siempre, o casi siempre, se salía con la suya en cuanto se proponía. Era una viejecita de talla exigua, muy flaca y muy pálida, que parecía formada exclusivamente de tendones y nervios. Sus movimientos eran bruscos, como mecánicos, y su andar recordaba al de los pájaros, pues daba la impresión de avanzar a saltitos. Su rostro era afilado, aguileño, y sus ojos vivaces y azules.

Su esposo, don Napoleón Manso — juez, diputado, gobernador — había muerto hacía muchísimos años de un cólico miserere, dejándola en honesta pobreza. Desde entonces doña Petronila se había consagrado a la religión y a la caridad que, como todo hijo de vecino, entendía a su modo. No existía, desde luego, más creencia lícita que la católica, la cual, para ella, consistía en rezar interminables rosarios por las noches, comulgar por las mañanas, hartar de golosinas y buenos bocados a frailes y monjas, organizar novenarios y acicalar a los santos en los días de procesión. A trueque de estas pequeñas molestias, si así puede llamárselas, se ganaba la bienaventuranza eterna y un sitio de preferencia entre los elegidos, lejos de la gentuza. El pavoroso misterio del universo y la terrible angustia de "ser o no ser" que Hamlet ha expresado en nombre de toda la humanidad, no tenían para ella sentido, ni menos constituían materia de duda o problema, pues eran cuestiones definitivamente resueltas en cualquier Epítome de Historia Sagrada o en El Catecismo del Padre Astete. Pero la serenidad, que debe producir en el espíritu el tener de antemano solucionados tan aterradores enigmas, se encontraba emponzoñada en el de doña Petronila. Una gota de acíbar se ocultaba en el fondo dorado del vaso: el terror al infierno la obsesionaba y creía, de perfecta buena fe, que una distracción mientras se reza, a no mediar

oportunamente los buenos oficios del confesor, puede traer aparejada la condena a arder, por los siglos de los siglos, en lo más hondo de los antros de Satán, en la abominable compañía de luteranos y masones.

En lo que atañe a la caridad, doña Petronila tenía ideas no menos sensatas y propias. No se mostraba inclinada a practicarla individualmente, a no ser en circunstancias excepcionales. La beneficencia es una carga pública y, por eso, se fundan y se mantienen instituciones y asilos. Ella cumplía con creces sus deberes, pues era Presidenta de la Sociedad de Beneficencia, de las Vicentinas, de las Esclavas de María, de la Congregación del Salvador, etc. Conocía como nadie al pobreterío del pueblo. Un chusco había comparado su casa con un hormiguero por el continuo ir y venir, entrar y salir de menesterosos a todas horas del día. La señora elegía, con recto criterio, a sus protegidos y, junto con la dádiva, iba el buen consejo y, las más de las veces, la exigencia. Era implacable con los que vivían en concubinato, con los que no asistían a la santa misa, con las mujeres pecadoras. No se habían hecho para semejante podre la indulgencia ni la piedad. O se vive como lo manda la Santa Madre Iglesia, o se carece del derecho a ser socorrido. La caridad no se ha instituído para fomentar el vicio y la irreligiosidad.

A aconsejarse de tan digna matrona ocurrió cierta mañana doña Rosarito. Doña Petronila aún no había regresado de la iglesia. Una sirvienta la hizo pasar a la sala y allí la dejó entregada a sus meditaciones. Era una habitación vasta, alhajada con un sofá y varios sillones de caoba tapizados de rojo. En una de las paredes, encima de una consola, en un marco dorado rematado en la parte superior por una cornucopia, un espejo de relumbres verdosos reflejaba parte de la estancia, que parecía sumergida en las aguas de un

estanque. Un poco más arriba, dos óleos reproducían las efigies del coronel Nepomuceno Quijarreta y de don Napoleón Manso.

Doña Rosarito, con la barbilla en una mano, permaneció inmóvil durante algún tiempo, con los ojos fijos en el suelo. Cuando levantó la vista, el coronel, desde su ancho marco tallado en roble, pareció sonreírle. Era un viejecito con aire bonachón, esquelético, con boca de escuerzo. El alto cuello militar amenazaba arrancarle la cabeza a fuerza de empujársela hacia el cielorraso, mientras las enormes charreteras le abatían los hombros, y bordaduras y medallas le agobiaban el pecho. De todo su rostro irradiaba una expresión de fatiga y de pena, como si dijese: "¿Pero qué pecados he cometido yo para que me torturen así? ¿No ven que este cuello me ahorca y esta pechera va a acabar conmigo? ¿Por qué no me dejan en paz, a mí que soy tan pacífico?

Las distraídas miradas de la solterona se posaron en el otro retrato. Don Napoleón Manso era ventrudo, lardoso, fofo. La barba en U apenas si le cubría la papada desbordante sobre el negro corbatín de seda y en los labios gruesos y rojos, y las mandíbulas poderosas, se adivinaba una sensualidad cínica y brutal. Doña Rosarito se sintió molesta, bajó púdicamente los ojos, y notando que sus polleras se le habían subido hasta muy arriba de las pantorrillas, se apresuró a cubrirlas.

En ese momento entró doña Petronila. Se llegó a saltitos a la consola, se miró en el espejo y comenzó a quitarse la manta. Mientras tanto hablaba.

— ¿Eres tú, Rosarito? ¿Qué te trae por acá tan de mañana? Me extrañó no encontrarte en la primer misa.

— ¡Déjeme, tía! ¡He tenido un horrible disgusto!

— ¿Qué te ocurre?

— ¡Esa Uchepa! ¡Ya no la puedo soportar!

— Vaya, no es para tanto. Creí que algo grave te había sucedido.

Rosarito relató entonces, al por menudo, las travesuras y escapatorias de la sirvienta, e insinuó la sospecha de que anduviese en malos pasos con el almacenero. La tía escuchaba sin perder una sílaba, aprobando con inclinaciones de cabeza, haciendo gestos de comprensión, y dando a entender, con hondos suspiros, que compartía la aflicción de su sobrina.

— Así son éstas — comentó —. Lo llevan en la sangre. Son lo mismo que animales.

— ¡No sé qué hacer, tía! La chica es hija de una arrendera de Eduardo (se refería a un hermano suyo). Es mucha responsabilidad.

— ¡Pues yo si sé lo que hay que hacer, y sin pérdida de tiempo! ¡Nada de cavilaciones, hijita, ni de andarse con paños tibios! ¡Al Buen Pastor! Esta tarde me la traes y yo misma se la llevaré a la Madre Superiora. Saldrá, después de unos meses, hecha una seda y, además, le enseñarán a bordar, coser y cocinar. ¡Tienen una mano esas monjitas! Déjalo todo por mi cuenta y no te preocupes. ¡Ya verás!

Doña Petronila contó después conversiones maravillosas realizadas por las hermanitas de El Buen Pastor. Pecadoras empedernidas, sacadas del fango de los lupanares, habíanse transformado, como por arte de magia, en mujeres devotas, sumisas, que vivían en el santo temor de Dios. Chinitas más que ligeras de cascos, y que para nada bueno servían, se metamorfoseaban en criadas hábiles, costureras, bordadoras o reposteras de primera agua.

Rosarito escuchaba ruborizándose a ratos, poniéndose intensamente pálida, en otros. Doña Petronila no evitaba los términos crudos ni las anécdotas escabrosas. Algunas de sus narraciones hubiesen de-

leitado a un Guy de Maupassant. La solterona sentíase extrañamente turbada ante el hálito de corrupción y de pecado, que parecía llegarle desde un mundo desconocido, abominable y tentador. Cuando el relato se teñía demasiado de verde, exclamaba:

— ¡Pero tía!

— ¡Bah! Ya no eres una chiquilla.

Doña Rosarito, que no gustaba que se aludiese a su edad, contestaba de mal humor:

— ¡Tiene usted unas cosas!

Esa misma tarde la Uchepa recibió orden de liar sus bártulos. La vigilancia se hizo entonces más estrecha y eficaz. La ejerció infatigablemente doña Rosarito en persona. De centinela en el umbral de la puerta de la habitación de la chinita, no le quitó un momento la vista de encima. Al anochecer, la prisionera fue llevada en un coche a casa de doña Petronila y, al día siguiente, muy de mañana, recluída en El Buen Pastor.

A pesar de todo, la Uchepa se dio maña para dejar un rastro. Cuando Fortunata se le acercó a despedirla, le musitó muy bajito:

— Le has de avisar a don Ramón que me llevan pa'l Buen Pastor.

III

Don Ramón Saldaña, un aragonés bastante bien parecido y joven, era dueño del almacén "La Esperanza", situado en la esquina de la cuadra en que vivía doña Rosarito. Como ésta lo había supuesto, era el amante de la Uchepa y el instigador de sus escapadas. Cerca de una semana tardó en caer en la cuenta de que la sirvientita no aparecía por ninguna parte. Su primer impulso fue encogerse de hombros. ¡Allá ella! Mujeres había que sobraban... Pero, a medida que pasa-

ban los días, comenzó a desazonarle su ausencia. La Uchepa era bonita y, según las malas lenguas, hija de don Eduardo Quijarreta, hermano de doña Rosarito. Tenía la piel de un cobre pálido, los ojos grandes y negros, anegados en esa misteriosa tristeza del criollo que el pincel de Jorge Bermúdez ha sabido expresar de manera tan patética en sus telas. Su talle era aventajado y esbelto; abundosa la cabellera, y tan renegrida, que parecía irradiar tornasoles azulados. Su andar perezoso excitaba la sensualidad. Saldaña pensó que no era asunto de soltar, sin lucha, presa tan sabrosa.

Como Fortunata tampoco fuese al almacén, intrigado a más no poder, se dedicó a espiar la casa de doña Rosarito. Horas enteras se pasaba apostado a una ventana con los ojos fijos en el portal vecino. Al cabo de unos días, una mañana vio salir a la criadita y la siguió de lejos hasta que dobló por una esquina. Entonces le dio alcance a la carrera.

— ¿Qué fue de la Uchepa? — le preguntó.

— Pa'l Buen Pastor la han llevao. Ella me dijo que le avise, pero la niña Rosario no me deja salir pa ningún lao.

— ¡Bonita cara tiene tu niña! — exclamó encolerizado el aragonés, y se alejó echando sapos y culebras.

Mientras más tiempo transcurría, sentíase más inquieto y rabioso. Su cuerpo y su sangre clamaban por la Uchepa. Hasta llegó a pensar en casarse con ella, y hablar en este sentido a doña Rosarito. Pero poníale ésta tan avinagrado gesto cuando, por casualidad, se cruzaba con él en la calle, que desistió de su propósito. Fue un cliente suyo el que lo sacó de apuros y le señaló un camino que parecía liso y llano, y conducir, en derechura, a la meta anhelada.

Llamábase este inesperado auxiliar Temístocles

Garvezo. Ejercía en el pueblo, desde hacía muchísimos años, la profesión de procurador. Era boliviano, según decía. Muy viejo, de menguada estatura, cargado de hombros, patizambo. Tenía la tez cobriza y aindiada; las mejillas cubiertas por mechones de barba hirsuta y rala. Dejábase crecer una grasienta melena que le caía hasta los hombros y que cubría con una chistera ya muy escasa de pelo. Vestía un raído levitón que le pasaba de las rodillas, el cual debió de ser negro en sus mocedades, pero que, con los años, había cobrado un tinte verde botella. Unos enormes espejuelos encajados en carey le daban un aspecto de buho. De todo este conjunto parecía desprenderse un vaho de moho, de humedad de covachuela, mezclado al tufo de papelotes ratonados.

Cierta mañana que el rábula fue a tomar el matagusanos al almacén de Saldaña, éste, sin saber bien porque, le hizo confidencia de sus cuitas. El procurador escuchó atentamente, formuló algunas preguntas y pareció reflexionar. Mientras tanto, sus ojuelos codiciosos recorrían los estantes cargados de mercaderías; mentalmente, calculaba su valor, y meditaba sobre la manera como, una buena fracción de él, fuese a parar a sus exhaustas faltriqueras. Luego dijo:

— Yo, en su lugar, consultaría a un abogado. No es posible que se pueda privar de libertad a una persona sin orden judicial.

— Pero yo, ¿qué tengo que ver? — contestó el almacenero —. No soy el padre, ni el hermano, ni el marido de la muchacha.

— Alguna manera ha de haber. La ley todo lo tiene previsto y resuelto. La cuestión está en encontrarle la vuelta. Pero para eso hay que saber. ¡Y mucho! — Y con un gesto vago de su brazo extendido, pareció querer abarcar lo infinito.

Saldaña vacilaba. Sentía ese instintivo temor que

las gentes del pueblo experimentan ante el solo nombre del abogado, encarnación viviente, para ellas, de la engañifa, la trapisonda y la embrolla. Garvezo insistía:

— Con consultar nada se pierde. Si quiere, yo lo presentaré al doctor Zapata. ¡Es un sabio!

— Lo pensaré. No hay urgencia.

Después de unos días, Garvezo volvió a la carga:

— Usted en nada se perjudica, don Ramón. El doctor Zapata no cobra ni un centavo por las consultas.

El argumento decidió a Saldaña. Se acicaló como para una fiesta y, acompañado del procurador, se dirigió a la casa del abogado.

El doctor Rómulo Zapata era considerado como la lumbrera del foro local. Obeso, cariancho, gigantesco, producía la impresión de un monumento tallado en quebracho. Las frases más triviales salían de sus labios impregnadas de importancia, de profundos significados ocultos. Hablaba como si el mundo lo escuchase y la suerte del universo dependiese de lo que decía, lo mismo cuando pedía un vaso de agua que cuando se engolfaba en una disquisición jurídico-sociológica. Gustaba de intercalar en su charla esos vulgares términos y adagios latinos que andan en boca del más romo de los estudiantes de derecho, de los que echaba mano vinieran o no muy a cuento en el discurso. Pensaba que eso lo revestía con la autoridad de la erudición. Si a don Rómulo no le hubiese faltado por completo el sentido del humor, hubiese comprendido que, a pesar de sus ademanes tribunicios, su voz ronca y sus toses cavernosas, lo agobiaba el ingente ridículo que pesa sobre los hombres que se toman a sí mismos demasiado en serio. Pero, felizmente para él, semejante idea nunca cruzó por su cerebro.

Garvezo y su compañero encontraron al ilustre

jurista leyendo los diarios. Su ceño adusto y concentrado, sus cabeceos aprobatorios y sus comentarios en voz baja, dejaban traslucir, a la legua, lo profundo de su atención y lo magno de sus entendederas. Recibió a sus visitantes con amables gestos de protección. Husmeaba el pleito y los "gallegos" tienen fama de ser buenos pagadores.

— Don Ramón trae un caso interesante, señor doctor — comenzó el procurador.

— Escucho — repuso el sabio arrellanándose en su butacón.

El aragonés, lo mejor que pudo, le relató los hechos.

— Muy grave, muy grave — comentó el Papiniano —. Doña Rosario y las monjitas se han metido en un mal asunto. *Abusus auctoritatis.* ¡Ahem! *Illegitima detentio.* ¡Ahem!

Se puso de pie y se acarició, meditabundo, la barbilla. Después continuó:

— Usted es un extraño a la víctima; pero, como le dijo muy bien el amigo Garvezo, la ley para todo tiene remedio. Si bien es cierto que usted no está ligado a la menor por ningún vínculo de parentesco, ni tiene *ex altera causa* su representación legal, existe en el caso una *actio popularis*. ¡Ahem! Eso es: una *actio popularis* ¡Ahem!—Sumergióse durante algunos minutos en las insondables profundidades de su sapiencia y, de pronto, exclamó:

— ¡Ya está! ¡Eureka! ¡Entablaremos un recurso de habeas corpus!

— ¿Habeas qué? — preguntó alarmado el cliente, al que los latines del abogado hacían el efecto de conjuros diabólicos.

— *Corpus*, amigo Saldaña, *corpus*, que, en latín, significa cuerpo. El habeas corpus es una vieja institución inglesa transplantada a estas nobles y vír-

genes tierras de América por la sabiduría de nuestros constituyentes. ¡Ahem!¡El *paladium* de las libertades de la vieja Albión en la joven América! — concluyó levantando el brazo, con el gesto del que pronuncia una arenga ante una pasmada multitud. Y como la frase le gustara, repitió:

— ¡Sí, señores:el *paladium* de las libertades de la vieja Albión en la joven América! ¡Ahem!

— ¿Y cuánto costará ese paladio o como le llama usted? — preguntó el almacenero.

— Eso lo arreglará usted con el amigo Garvezo, quien actuará como su apoderado, si llega el caso. *"¡De pecunia non curat jurisconsultus, sed procurator!"*

Se despidieron. Ya en la calle, Garvezo, por momentos, exclamaba:

— ¡Qué hombre este doctor Zapata! ¡Es un sabio! ¡Un Aristóteles!

Se encaminaron al almacén a beber un aperitivo. A pesar de todo, Saldaña vacilaba. Sentía un vago terror a jueces y curiales y, sin saber por qué, los asociaba a vocablos sinónimos de ruina, desolación, miseria y bancarrota. Una circunstancia casual hizo que se decidiera unos días después. Cierta mañana que se cruzó en la calle con doña Rosarito, la solterona, rígida bajo su mantón de seda, le lanzó una mirada en la que creyó advertir burla y desdén. "¡Ya veremos quién ríe el último!" — dijo para su capote, e imaginó que todos los latinajos y términos estrambóticos que empleaba el doctor Zapata, convertidos en piedras, iban a caer, como una granizada, sobre las flacas espaldas de su enemiga. ¡Así quedaría ella!

— Y bien — dijo a Garvezo —, acepto su ofrecimiento. Esta misma tarde iremos a ver al doctor Zapata.

— Tenga usted plena confianza en él — repuso

el picapleitos —. Ya lo ha oído usted. ¡Lo que sabe ese hombre! ¡Es un Séneca!

Brindaron.

— ¡Por el triunfo de la justicia! — gangoseó el procurador.

— ¡A su salud! — respondió Saldaña, y en voz baja añadió —: ¡Por la Uchepa!

— ¿Decía usted?

— Nada... No tiene importancia.

Cuando entrevistaron al doctor Zapata, éste se mostró muy complacido:

— Acepto el patrocinio que se me confía — dijo dirigiéndose a Saldaña — y desde ya le hago presente que pondré en este asunto todo mi saber y todo mi entusiasmo. ¡Me honro en defender los sagrados derechos de la libertad, por la que derramaron su sangre nuestros padres, hollados y vilipendiados en la persona de la menor Josefa Taritolay! ¡Ahem!

— Muchas gracias, doctor.

— Pero ha de dejarme usted, amigo Saldaña, unos días para estudiar la cuestión a fondo. Esto del habeas corpus es asunto complejo y no conviene apresurarse: *festina lente*, como decían los romanos. ¡Ahem!

El almacenero mostraba desasosiego, como si deseara decir algo, sin atreverse a hacerlo. El doctor Zapata, que lo advirtió, le preguntó:

— ¿Tiene usted alguna observación que formular?

— Mire usted, doctor — contestó lentamente Saldaña —: deseo que nos entendamos con toda claridad. Yo soy un hombre de trabajo, enemigo de pleitos. Ese corpus, o paladio, o como lo llama usted, ¿es cosa segura? Si la Uchepa no ha de recobrar su libertad...

— ¿Si es cosa segura el habeas corpus? ¡Vaya una pregunta! — interrumpió escandalizado el doctor

Zapata —. ¡Es más que seguro, segurísimo! Una vez interpuesto, el juez está obligado a dirigirse al autor de la detención, a fin de que le presente en el acto a la persona privada de libertad. Y como la menor no ha cometido ningún delito, no habrá más que entregarla a sus padres o tutores.

— ¿Con toda seguridad? — insistió el desconfiado aragonés.

— ¡Absoluta! — afirmó el doctor Zapata —. ¡Si no ocurre como le digo, no le cobraré ni un centavo! ¡Ahem!

Cuando se arrepintió de manifestación tan imprudente, ya era tarde. Las palabras, una vez pronunciadas, dejan de pertenecernos. Adquieren vida propia; se convierten en diablejos que se mofan de nosotros, nos juegan partidas malignas, nos conducen a menudo a la perdición.

Quince días tardó el erudito jurisconsulto en redactar su presentación. Cubría cincuenta folios de papel sellado, escritos en la apretada caligrafía de Garvezo que, además de procurador, era afamado pendolista. En cada una de sus páginas erguíanse, como chuzos, filosos adagios latinos, entre disquisiciones sobre el sagrado derecho a la libertad, la sabiduría de los constituyentes y el progreso que significaba, para las jóvenes naciones de América, la adopción de las liberales instituciones de la vieja Albión.

El procurador, después de obtener de Saldaña un adelanto de cien pesos para gastos, cargó con el mamotreto y lo depositó en el juzgado de turno.

IV

La vida en El Buen Pastor no desagradó a la Uchepa. Los días se deslizaban allí lentos, callados, apacibles. A las seis, hermanas, pupilas y recluídas

penales, oían la misa que oficiaba un franciscano. Las monjas comulgaban diariamente; las demás, cuando, según la ciencia y conciencia del fraile, eran dignas de recibir esa gracia.

Después se servía el desayuno en una larga mesa presidida por la Hermana Nieves, la celadora, una monjita joven de maravillosa belleza. Sus ojos, hondos y azules, rezumaban ternura; sus labios ensangrentados, "gordezuelos" como los de Melibea, llamaban al amor. Era muy bondadosa y nada gazmoña. Sus educandas la adoraban, y corría entre ellas el rumor de que había entrado al convento a causa de una pasión desgraciada. Un halo misterioso de desventura romántica parecía circundar su delicado perfil, pálido bajo las tocas monjiles.

Concluído el desayuno, las pupilas se dirigían de dos en dos al trabajo. Unas, iban a las cocinas; otras, a los talleres de costura o a los lavaderos, en donde las esperaban las monjas encargadas de regentear esas dependencias. La Uchepa recibía lecciones de corte y confección. El aula destinada a esa enseñanza era amplia, aereada e iluminada por dos grandes ventanales que daban a un jardín. Desde su banco, podía la muchacha, por encima de los canteros y arbustos, ver el ala del edificio en donde pasaban el día las recluídas condenadas por la justicia. Rostros patibularios asomaban, de cuando en cuando, por detrás de los cristales y hacían muecas siniestras a las asiladas. Corrían entre éstas multitud de leyendas referentes a aquellas. Con un escalofrío de pavor, una compañera señaló cierto día a la Uchepa una negra que había hecho asesinar a su marido y después envenenado al amante, su cómplice.

Por la tarde, a toque de oraciones, se servía la cena, y luego se rezaba el rosario o se leía un libro piadoso. Después, las educandas se dirigían a los dor-

mitorios, en donde se acostaban en largos rimeros de camas ocultas por cortinados de blancura impecable, bajo, los ojos vigilantes y hermosos de la hermana Nieves. Las internas conjurábanse, a esa hora, para sorprender destocada a la monja, a fin de contemplarle la cabeza que, según decían, llevaba completamente rapada. Recurrían con ese objeto a multitud de estratagemas: unas veces, era una muchacha que sufría un inesperado ataque de cólicos y se presentaba a pedir a la Hermana la llave del dormitorio; otras, una fingida sonámbula que iba a dar de bruces en el lecho de la celadora. Pero la monja parecía estar alerta a todas horas y, a lo más, llegaron a verla con la cabeza cubierta con un amplio pañuelo anudado en la garganta.

Mujer sin imaginación y de temperamento pasivo, la Uchepa se sentía como penetrada y retenida por ese ambiente de aislamiento y de silencio. A veces tenía la sensación de haber pasado allí toda su vida. Los recuerdos se borraban en esa existencia del Asilo, que parecía transcurrir en otro mundo. Las paredes muy altas con relación al perímetro del edificio: la sombra que sobre el patio central proyectaba casi continuamente la fábrica de la capilla, producían la impresión de que se vivía en un pozo. Allá arriba en el cielo azul, veíase a veces, pasar una nube o huir una bandada de palomas. Los ruidos exteriores llegaban imprecisos, opacos, lejanos. Adentro, todo parecía callar. Las siluetas de las monjas se esfumaban, como apariciones, cuando se deslizaban por el claroscuro de las galerías con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho. Se diría que caminaban por el suelo afelpado y elástico, que apagaba el más leve rumor. Y todas, religiosas, educandas y prisioneras, como sobrecogidas por la santa calma del lugar, hablaban en voz baja, con medroso cantu-

rrear de sacristía.

La Uchepa se encontraba mimada como nunca. Parecía que todos se habían concertado para darle buen trato. Nadie le recordaba ni le reprochaba sus faltas. La Hermana Nieves, como al descuido, solía hablarle de los peligros del mundo, de la serenidad que produce en el alma una buena conducta y del inefable consuelo que procura la religión. Hasta la Reverenda Madre Superiora, poder misterioso y lejano temido por todos, le sonreía bondadosamente cuando se cruzaba con ella. En los días de visita, doña Rosarito concurría al locutorio y, endulzando la voz todo lo que era posible, le preguntaba llena de solicitud:

— ¿Te hallas bien? ¿Estás contenta?

La chica hacía un mohín que la solterona, invariablemente, interpretaba como de conformidad. Sin embargo, en los días de sol, cuando se encontraba en el trabajo y le llegaba del jardín el canto de los pájaros, el zumbido de las abejas o el aroma turbador de las flores, solía experimentar una dulce languidez, quedarse abstraída con la mirada perdida en el vacío y suspirar...

— ¡Así me gusta! — decía doña Rosarito —. Pronto, dentro de unos meses apenas, volverás a casa. Y volverás convertida en una muchacha buena, educada, religiosa. ¿Te están preparando para comulgar?

— Sí, niña.

— ¡Ah, cómo te sentirás de bien cuando lo hagas!

Luego trataba de enterarse, con insaciable curiosidad, de los chismorreos del Asilo. Preguntaba acerca del carácter de las hermanas, de sus dichos, de sus costumbres, sobre todo de sus debilidades. ¿Era verdad que la Hermana Nieves se teñía las pestañas? ¿Era cierto que la Reverenda Madre Superio-

ra se flagelaba, hasta hacerse sangre, todas las mañanas y usaba cilicios? ¿No había advertido nada de eso? ¿Qué familias del pueblo mandaban a lavar su ropa al Asilo?

— Las niñas Reinoso — fue lo único que pudo informarle la Uchepa.

— ¡Hum! ¿De dónde sacarán para darse tantos humos?... Como si todo el mundo no supiera que no tienen en qué caerse muertas! ¡De alguna parte ha de salir ese dinero! ¡Hum!

Después, la solterona corría a casa de doña Petronila.

— ¡Si viera, tía, cómo está la Uchepa! ¡Parece otra!

— Ya te lo había dicho yo, hijita — contestaba doña Petronila, encantada por el tácito reconocimiento que a su sagacidad implicaban las ponderaciones de su sobrina —. ¡Tienen una mano esas monjitas!

— Va a comulgar pronto.

— ¿No ves?

— Pero es una chinita tonta. ¡Figúrese que nada sabe de lo que se dice de la Hermana Nieves y la Madre Superiora!

— Así son éstas. Nunca ven nada.

— Las Reinoso mandan a lavar su ropa al Buen Pastor.

— ¡Qué me cuentas!

Mientras tanto la Uchepa comenzaba a penetrar en los secretillos de la vida del Buen Pastor. A pesar de la celosa vigilancia de las monjas, las comunicaciones con el exterior no podían evitarse de manera completa. Cuando alguna de las pupilas abandonaba el Asilo, se encargaba de llevar recados y hasta esquelitas a personas de afuera, por lo general a un cortejante de alguna internada. En la ropa que las familias del pueblo enviaban a lavar o bordar, se deslizaban papelitos en

alguna alforza o repliegue, que luego entregaba al destinatario don Pietro, hombre de confianza de las monjas, quien, además de cuidar del jardín, tenía a su cargo los menesteres de la calle, como el de la devolución de la ropa.

Don Pietro era un italiano próximo a la cincuentena, rojo como una langosta. Aunque rendido adorador del bello sexo, dábase maña para ocultar a las monjas tan pecaminosa tendencia con hipócritas arrumacos de piedad. Según se decía, los servicios un tanto celestinescos que prestaba a las internadas, le eran retribuídos por estas "en especie" una vez que recobraban la libertad. La Uchepa, que trabajaba junto a una ventana con vista al jardín, solía verlo a menudo afanándose entre las plantas o trepado a una alta escalera podando los jazmineros y madreselvas que cubrían los muros. La muchacha, al principio, no le prestó la menor atención, pero pronto advirtió que el jardinero fijaba en ella sus ojos cargados de deseo. En cierta ocasión le hizo un guiño. Ella le sonrió y, aleccionada por una compañera, resolvió valerse de él para enviar una esquelita a Saldaña.

Tardó varios días en escribirla, pues no era fácil burlar la vigilancia de la celadora. Plegó el papelillo de modo que cupiese en el cuenco de la mano y, en un momento propicio, se lo mostró a don Pietro a través de los cristales. El italiano, para darle a entender que había comprendido, le hizo, retrocediendo, una serie de profundas reverencias, con una mano sobre el corazón y poniendo los ojos en blanco, como un galán de melodrama. Esa misma tarde, la esquelita fue escondida en el bolsillo de un delantal, y partió rumbo a la calle, en una canasta que el jardinero se echó sobre la cabeza.

Varios recados siguieron el mismo camino, pero de ninguno llegó respuesta. En cambio, cierto día

encontró la Uchepa en su cesta de labores un pliego muy arrugado y sucio cubierto de garrapatas y patas de mosca poco menos que indescifrables. Después de mucho trabajo, pudo leer tres palabras: "ti voglio" y "carina". Como ignoraba su significado, se quedó pensativa y confusa.

V

Hacía tres días que el voluminoso alegato del doctor Zapata había sido presentado al Juzgado a cargo del doctor José Reynoso, sin que desde entonces, se tuvieran noticias de su suerte. A las impacientes reclamaciones de Saldaña, Garvezo invariablemente contestaba:

— Estas cosas de tribunales son largas. Hayque tener paciencia.

— Pero, ¿no dijo el doctor Zapata que el Juez debía hacer comparecer de inmediato a su presencia a la persona detenida?

— Si él lo dijo, no puede caber duda de que es así.

— ¿Y entonces?

— Es que los jueces son lerdos.

— Pero ante alguien podrá uno quejarse.

— No conviene, amigo Saldaña, no conviene. No hay que enemistarse con los que tienen la sartén por el mango. Lo echaríamos todo a rodar. Mañana, si quiere, pasaremos por el Juzgado a ver lo que ocurre. — Así lo acordaron.

Desde la iniciación del recurso, el procurador no salía del almacén. Ya había empezado a llevarse mercaderías al fiado. Jamás abonaba ninguna de sus frecuentes libaciones, no obstante que pedía de lo caro. Saldaña dejaba hacer, pensando que estaba en su mano poner coto, en el momento que lo deseara, a la rapacidad de Garvezo.

Al día siguiente llegaron al Juzgado a la hora precisa en que, según el horario oficial, debía comenzar a funcionar. Encontraron las puertas herméticamente cerradas. Tras mucho inquirir, un portero les informó que el Secretario encargado del despacho, solía llegar, cuando llegaba, a las tres de la tarde, hora en que cedía "la calor" y se terminaba la siesta. Se sentaron a esperar en un banco, en una galería. El patio que tenían delante, se encontraba entoldado por una enorme rosa té plantada junto a una columna. A fuerza de años y de podas su tronco,retorcido y nudoso, parecía el de un algarrobo. El rosal estaba cubierto de flores y, cuando el viento lo agitaba, dejaba caer una lluvia de pétalos perfumados. Pero ni Garvezo ni Saldaña estaban de humor para ocuparse de flores. Este, había dejado cerrado su almacén en desmedro de sus intereses y de su buen nombre; aquel, temía que su mejor cliente del año, ante tanta demora e inconvenientes, se echara atrás y, al desistir de llevar adelante el recurso, convirtiese en humo los jugosos honorarios que se prometía.

— ¡No puedo esperar más! ¡Bonita justicia! — exclamó encolerizado el almacenero.

— Volvamos dentro de una hora — aconsejó el procurador, y aprovechó la ocasión para insinuar:

— Como es usted hombre muy ocupado, don Ramón, lo mejor será que me confiera un poder. Si quiere, yo mismo veré a un escribano para que lo vaya preparando.

— Haga como se le antoje. ¡Ya estoy harto! Si no fuese por la Uchepa... — Suspiró.

Volvieron cerca de las cuatro de la tarde, y la suerte, que suele galardonar a los perseverantes, pareció sonreírles, porque dieron con el Secretario, empleado único del Juzgado. Llamábase Ceferino Tapia y era conocido en el pueblo con el apodo de Pijiri-

ti, vocablo que significa algo así como hombrecillo enclenque y de poca monta. El mote armonizaba a maravilla con la persona del oficinista que, en realidad, era gurrumino, enteco, con evidentes señales de disipación y vicios baratos en el rostro rechupado y exangüe. Cuando Garvezo y su cliente entraron en el despacho, Pijiriti se encontraba enfrascado en la lectura de "Las doce noches de Juanita", y no se dignó dirigirles la mirada.

— Buenas tardes, señor Secretario — musitó tímidamente el procurador.

El secretario levantó los ojos, unos ojos amarillentos, redondos y saltones que recordaban los de un sapo; miró a Garvezo un instante, y luego pareció sumergirse en la contemplación de algo lejano, por encima de las recias espaldas del almacenero; después, hizo un ruido con la garganta, que comenzó por una especie de gárgara y terminó en algo semejante a un gruñido, y volvió, sin decir palabra, a su lectura.

— ¡Señor! — dijo en voz alta Saldaña.

— ¡Un momento, caray! ¿Qué no ven que estoy muy ocupao? — respondió Pijiriti —. Estaba, efectivamente, en las primeras horas de la décima noche, en momentos en que Juanita, la heroína, ya en cueros, iba a...

— ¡Se trata de un habeas corpus! — añadió Garvezo con voz solemne.

El chupatintas guardó el libro en un bolsillo; extendió los brazos como para descoyuntarse; bostezó a todo pulmón, y exclamó:

— ¡Si serán apurones y amolaos, caray! ¿Cómo dice?

— Un recurso de habeas corpus iniciado por don Ramón Saldaña, aquí presente, en favor de la menor Josefa Taritolay. — Y, para dar mayor importancia al asunto, agregó:

— ¡Lo patrocina el doctor Rómulo Zapata!

— ¿Cuándo lo presentaron?

— Hace tres o cuatro días. ¿No lo recuerda?

— ¿No era un mamotreto como de cincuenta fojas?

— Tenía cincuenta y dos sellos y, disculpe joven, no era un mamotreto, sino una eruditísima exposición del doctor Zapata, que es un sabio. ¡Un Aristóteles!

— ¡Uhú! — El secretario bostezó de nuevo, abriendo las fauces como si quisiese tragar el escritorio; estiró uno de sus largos y descarnados brazos; abrió un cajón y comenzó a escarbar entre papelotes y roídos expedientes que apestaban a polilla tribunalicia.

— Creo que lo puse por aquí, pero áura no lo puedo encontrar — dijo — y volvió a repantigarse en su silla. Antes de comenzar su interrumpida lectura, explicó:

— De todas maneras, el juez no se encuentra en la ciudad. Se fue a cazar a la finca de un amigo, y puede ser que vuelva el lunes. Para entonces pondré el expediente a despacho. Y de aquí una o dos semanas, puede que "haiga" resolución.

Saldaña se marchó furioso, sin saludar, seguido de Garvezo que trataba de explicarle, con voz insinuante y dulzona, que la insolencia de secretarios y tinterillos, la ausencia de los jueces y las demoras en el trámite, son males endémicos en estas "nobles y vírgenes tierras de América", como hubiese dicho el doctor Zapata; males tan inevitables como el granizo, el huracán, la langosta o las fiebres palúdicas; y, para calmar la irritación del irascible aragonés, e infundirle una saludable reverencia por los sabios (y por eso lentos) procederes de la justicia criolla, le relató de cómo habían herencias reclamadas por un solo heredero, en virtud de testamento otorgado con todas

las de la ley que llevaban más de medio siglo peloteadas de ceca en meca y de zoca en colodra, esto es, del Juez al Fiscal, del Fiscal al Defensor de Menores, del Defensor de Menores al Juez, del Juez al Fiscal y del Fiscal al Defensor de Menores.

— ¡Pues en bonito paladio, corpus o lío me han metido usted y el doctor Zapata! Si no fuese porque en todos los días que llevo de vida nadie se ha reído de mí, ni se reirá en los que me quedan por vivir, lo echaba todo al demonio! ¡Pero no soy hombre de cejar! ¡Ramón Saldaña me llamo y en Aragón he nacido! ¡Ya veremos! —concluyó amenazador con el puño en alto.

Garvezo sonreía para su coleto. La cólera del almacenero era de buen augurio. El conocía, mejor que un psiquiatra de profesión, los síntomas de esa neurosis que se llama pleitismo, y sabía fomentarla y cultivarla hasta conducir al atacado al delirio y la exasperación. El toque estaba en cuidar del detalle, sobre todo en los comienzos.

— Tiene razón, don Ramón. Es humillante dejarse burlar. El lunes volveremos al Juzgado.

— ¡Veremos! ¡Veremos! — rugía el aragonés.

Mientras tanto Pijiriti, ya en la duodécima noche, comenzaba a sentirse intranquilo. Una vaga inquietud le impedía gustar de las delicias que el libro le describía. Habeas Corpus... ¿Con qué se comería eso?... Josefa Taritolay... ¿en dónde diablos había oído ese nombre?... — De pronto recordó: se trataba de la sirvientita de doña Rosario Quijarreta. El también le había arrastrado el ala en cierta época. Buscó a toda prisa el expediente al que, esta vez, encontró sin tardanza. Leyó el escrito del doctor Zapata sin respirar y, no bien lo hubo terminado, se puso de pie de un salto, cogió el sombrero y salió de escape.

Pijiriti era pariente lejano de los Quijarretas, a

quienes debía su destino en la justicia, y de quienes esperaba que le procurasen un ascenso, cuando la ocasión propicia se presentara. Doña Rosario era, además, su madrina. ¡Y no consentiría él que, así como así, un galleguete cualquiera metiera sus sucias narices en asuntos que no le incumbían! Si la Uchepa había sido recluída en el Buen Pastor, sus razones habría; y allí se estaría, pese a todos los habeas corpus que pudiese fraguar el doctor Zapata, otra buena pieza, amigo del desterrado ex-gobernador don Arístides Agudo, el irreconciliable adversario de Quijarretas y Mansos.

Encontró a doña Rosarito puestos los brazos en jarras, vigilando a Fortunata, que se ocupaba en el arreglo y limpieza de pajareras y jaulas.

— Buenos días, madrina.

— ¿Qué te trae por aquí, Ceferino? — contestó, no muy amable, la solterona.

— Un asunto que puede ser serio. ¿Qué ha ocurrido con la Uchepa?

— ¿Y qué tienes tú que ver con la Uchepa, podría saberse? — contestó doña Rosarito, midiendo con ojos desconfiados a su ahijado.

— Señora...

— ¡Soy señorita!

— Madrina, supongo que usté...

— No supongas nada. ¡Habla, hombre, habla!

— Un tal Ramón Saldaña ha demandado a las Hermanas del Buen Pastor, y pide la libertad de la Uchepa.

— ¡Qué me dices!

La solterona no podía dar crédito a sus oídos, ¡Así andaría el mundo de corrompido, cuando se permitía que un almacenero, gallego y patán por añadidura, osara inmiscuirse en los asuntos de una Quijarreta! ¡De una nieta del coronel Neponuceno Quijarreta!

¿Era, acaso, el insolente, padre, hermano o tutor de la Uchepa? ¿Quién le daba velas en ese entierro? ¿Era posible que existieran leyes que tolerasen semejante escándalo? — Deben ser cosas de este "avelorio" de Pijiriti — pensó tranquilizada, y exclamó:

— ¡Eso no puede ser!

— Le aseguro que sí, madrina. El tal Saldaña ha presentado un escrito firmado por el doctor Zapata con un título raro... No sé qué de corpus... Lo cierto es que pide la inmediata libertad de la menor Josefa Taritolay. ¿No es ese el nombre de la Uchepa?... Y, además, costas y daños y perjuicios a cargo de las hermanitas. Yo he escondido el expediente debajo de un armario, y como el Juez no viene hasta el lunes... — Sonrió, y añadió complacido:

— ¡Brujos han de ser si lo encuentran!

— ¿Estás seguro de lo que dices?

— ¡Segurísimo!

— Pero, siéntate hombre! Con el sofocón que me has dado, no me acordé de ofrecerte una silla. — Y dirigiéndose a Fortunata, gritó:

— ¿Y tú, qué estás haciendo allí como un estafermo? ¿Escuchando lo que no debes oír? ¿No ves que el señor no tiene en qué sentarse? ¡No sé cómo no me mata esta chinita! ¡Hay que ser una santa para soportarla!

— Son insufribles — apoyó Pijiriti con tartufesca dulzura —. ¡La compadezco, madrina! — Esta suspiró.

Fortunata trajo una mecedora, y doña Rosarito y su ahijado, cuchichearon durante largo rato a la sombra perfumada del magnolio. Cuando concluyó el coloquio, la solterona parecía serena y, casi sonriente, despidió al visitante.

— Deja el asunto por mi cuenta. Eres un buen muchacho, Ceferino.

— Gracias, madrina; no olvide el pedido que le hice.

— Descuida. Ahora mismo veré a tía Petronila para que recuerde lo de tu ascenso al gobernador. Lo mereces por el servicio que acabas de prestar a la gente decente y a la moral, que anda por el suelo desde que se permite leer libros prohibidos. ¡Cuida mucho de tus lecturas, Ceferino! Y saludas en mi nombre a tu madre.

— Muchas gracias... No tenga usté cuidado, madrina. Jamás leo un libro sin preguntar al confesor si puedo hacerlo sin peligro — concluyó Pijiriti — acariciando en el fondo de su faltriquera las resobadas hojas de "Las doce noches de Juanita".

VI

— ¡Pues tal como se lo cuento, tía!

— ¡Es inaudito! ¡Mirá que pretender que el gallego se saque a la chinita, para corromperla, de un lugar tan santo como el Buen Pastor! No creo que existan leyes que consientan semejante barbaridad. Es algo inconcebible; pero, según andan los tiempos, pronto no sabremos cuál es nuestro pie derecho.

— ¿No sería conveniente consultar a un abogado?

— ¡Déjate de abogados! ¡Son una polilla! ¡Me las entenderé con el Juez! ¡Nos vemos las caras! ¡La Uchepa no saldrá del Buen Pastor! ¡Puedes tenerlo tan seguro como que me llamo Petronila! ¡Ya haré yo que Cleto intervenga si llega el caso!

Así dialogaban tía y sobrina, mientras tejían en el salón de la primera. Las efigies del coronel Nepomuceno Quijarreta y la de don Napoleón Manso — sombras augustas — parecían aprobar cuanto la seño-

ra decía, como que todo cuanto planeaba iba caminando al afianzamiento de las buenas costumbres y la moral.

Cuando doña Rosarito se marchó, doña Petronila comenzó a preparar sus redes. — "Habrán toros, sin duda — pensó —, porque en asunto en que intervienen abogados y jueces, lo claro se pone turbio y lo derecho se tuerce". — Habría que empezar, sin embargo, por ver al Juez de la causa, el doctor José Reynoso, Pepillo Reynoso. No confiaba mucho en él doña Petronila. El tal, sospechaba, era, a ocultas, partidario de la oposición. No pertenecía, ni por afinidad, a la tribu de los Mansos, y debía su cargo a don Arístides Agudo, el gobernador depuesto en la famosa "revolución del reloj". Pero la animosa matrona confiaba en que su prestigio, su lengua y el hecho de que tirios y troyanos la reconocían tácitamente guardián de la moralidad pública, determinarían a Pepillo a marchar por la senda del deber, sin hacer muchas alharacas.

— ¡Hum! — murmuraba doña Petronila —. Por las dudas, veré mañana a Cleto. ¡El gobierno es gobierno!

Cuando esto decía, se encontraba en la calle, camino de la Matriz, a la que diariamente asistía a oír la primer misa y al anochecer a rezar la novena. No pudo concentrarse en la oración. La Uchepa, como un pesado moscón, rondaba en su cerebro. El gallego Saldaña parecía hacerle carantoñas escondido detrás de San Roque, que apoyado en su báculo, contemplaba amorosamente a su perrito. Su sobrina le tendía los brazos, como si clamase por su auxilio. Horrorizada ante tamaño pecado de distracción, se propuso quedar al día siguiente monda y limpia, mediante una confesión general y una fervorosa comunión.

A la mañana siguiente, oída la misa y descargada su conciencia, doña Petronila se encaminó a casa

del Gobernador. Don Cleto Manso la tenía en gran estima y era su cuñado. Cuando llegó, aunque aún no habían sonado las siete, Su Excelencia, en mangas de camisa, tomaba mate bajo el emparrado del patio.

— ¿Qué vientos te traen por acá tan temprano, Petronila? — preguntó el gran hombre, poniéndose de pie y ofreciéndole una silla.

Dejóse caer en ella su cuñada y comenzó a abanicarse con furia.

— ¡No me preguntes nada! Vengo sofocada. — Y después de unos momentos, agregó:

— ¡Y también indignada!

— Vamos, ¿qué es lo que te pasa?

— No me pasa, Cleto, sino que pasa algo asombroso. Figúrate que Rosarito metió al Buen Pastor a una chinita porque descubrió que andaba en amoríos con un gallego almacenero. Hasta aquí no ocurre nada extraordinario, ¡pero ahora viene lo lindo! El muy sinvergüenza, apañado por ese pelmazo de Zapata, se ha presentado demandando a las monjitas del Asilo, pidiendo la libertad de la china, costas, y la mar en coche... ¡Espera! — Abrió un enorme bolsón de seda negra y empezó a escarbar en su contenido. Sacó primero un ovillo de lana punzó; luego un tejido atravesado por largas agujetas de carey y, finalmente, el estuche de las gafas.

— Sí; aquí está — y extendió un papel a su cuñado.

— Leelo tú — dijo éste —. Ya sabes que siempre he sido medio cegatón y que jamás me ha gustado mucho la lectura.

Doña Petronila, con gesto decidido, cabalgó sobre su nariz unos enormes espejuelos montados en concha, y leyó:

— Habeas Corpus, Saldaña Ramón versus la Superiora del Asilo del Buen Pastor. ¿Qué me dices?

— ¿De dónde sacaste eso?

— Se lo llevó Pijiriti a Rosarito.

El Gobernador permaneció unos momentos silencioso. Luego dijo:

— No sé que pueda ser eso de habeas corpus. Lo que no me explico es cómo un extraño puede pedir la libertad de una chica que, según entiendo, tiene madre. Desde que se dictó esa famosa Constitución, se ven y se oyen las cosas más raras.

— Es lo que yo me digo. ¡Piensa Cleto, que se trata de salvar un alma de la perdición! Tú no puedes consentir que, en la provincia que gobiernas, ocurran estas cosas.

Pero a don Cleto, estadista ante todo, poco o nada se le daba la suerte que pudiese correr el alma de la Uchepa. El contemplaba el asunto desde otro punto de vista. El tal Pepillo Reynoso no era adicto a su gobierno. ¿No se prestaría ese extraño asunto del habeas corpus para tenderle una celada que le permitiese "hacerlo saltar" del cargo? Los jueces no eran inamovibles sino durante un período de cuatro años. Y como Reynoso estaba a punto de cumplirlo, vendría, que ni de encargo, un pretexto para no reelegirlo y reemplazarlo con una persona de su amaño.

— ¿Y tú qué piensas hacer? — dijo al fin.

— Por lo pronto he venido a prevenirte. ¿No eres tú el gobernador? También había pensado hablar con Pepillo que estará aquí el lunes.

— Hazlo — aconsejó Su Excelencia - Ya veremos por donde salta la liebre.

El lunes siguiente no se sorprendió mucho el Juez Reynoso cuando Pijiriti le anunció la visita de doña Petronila Quijarreta de Manso. Supuso que vendría a pedirle una contribución para una de las tantas sociedades de caridad que presidía.

— Hágala pasar — ordenó al amanuense.

Doña Petronila penetró al despacho, tiesa de dignidad. En el brillo agresivo de sus ojos, se transparentaba la decisión inquebrantable de combatir. Pero el distraído Pepillo nada advirtió. Se puso de pie para recibir a la digna matrona, y dio unos pasos a su encuentro tendiéndole la mano.

— ¡Adelante, señora! Encantado de verla. ¿Siempre afanada con sus pobres? Tome asiento. ¿En qué puedo servirla?

El doctor José Reynoso era de corta estatura, delgaducho, cabezudo. Las mandíbulas un tanto abultadas terminaban en un mentón en punta, lo que daba a su rostro la apariencia de un triángulo. Una prematura calvicie le desnudaba hasta muy alto la frente, y unos bigotillos descoloridos y ralos coronaban sus labios. Gruesas gafas montadas en una armadura de oro ocultaban, a medias, sus ojos saltones de miope. En lo moral, ya en aquellos tiempos, personificaba al tipo medio de nuestro universitario actual: ignaro, ramplón, pedante. Nuestros abogados, en su gran mayoría, obtienen su diploma sin más propósito que el de medrar en la profesión ejercida sin excesivo decoro, o en los mal olientes vericuetos de la política. Jamás experimentaron la noble aspiración de saber por el saber mismo, ni menos se impusieron el deber de luchar por el derecho y la justicia. De una mediocridad lastimosa, se sienten cobardes ante la vida, y buscan el arrimo del caudillejo innoble, que pronto los convierte en abyectos instrumentos de sus trapacerías, en gérmenes permanentes de corrupción. Pepillo, para mayor desdicha, tenía sus pujos literarios y se creía orador de fuste. Peroraba en cuantas ocasiones se le presentaban: efemérides patrias, banquetes, sepelios y veladas literarias. Sus discursos siempre comenzaban lo mismo: "Sea mi primer palabra una de... enhorabuena, pesar, enérgica protesta, unción pa-

triótica", según la índole de la coyuntura en que se despachaba; luego venían, como granizada, rimbombantes lugares comunes y parrafadas martilleadas, en salsa de gramática parda. Con todo considerábaselo "el pico de oro" del pueblo, era mantenedor vitalicio en juegos florales, y acababa de cimentar su celebridad literaria componiendo acrósticos y "siluetas" en los diarios locales.

Doña Petronila, rígida, se sentó en la silla que el Juez le ofrecía, y escarbó en su carterón. Dio, a las cansadas, con el papel delator llevado por Pijiriti a su sobrina y, poniéndoselo a Pepillo debajo de las narices, gruñó:

— ¡Entérate!

El doctor Reynoso lo leyó lentamente, circunspecto y grave.

— Y bien, ¿qué tiene esto de particular, misia Petronila? Se trata de uno de los tantos asuntos que se inician en mi Juzgado. Ni siquiera me lo han traído al despacho. ¿Cómo ha podido llegar a su conocimiento la existencia de ese juicio?

— Me lo contó un pajarito.

— ¡Hum!

— ¿De manera que, según dices, este asunto no tiene nada de particular?

— Es decir... según cómo se lo considere. El Juez se restregó las manos, y continuó "ex cathedra":

— El habeas corpus ha sido introducido a la legislación del país por la Constitución sancionada en Santa Fé y, como ésta es tan reciente, y es la primera vez que el caso se plantea ante la justicia local, habrá que estudiarlo a fondo, crearle un procedimiento adecuado...

— Estás, como siempre, en pleno discurso. ¡Eres incorregible, Pepillo! — interrumpió doña Petronila —. Yo te voy a decir en dos palabras, si no lo

sabes, lo que tiene de particular este asunto. ¡Sí, yo! Según parece, encuentras muy natural que un desvergonzado gallego pretenda sacarse a una menor de un asilo para corromperla. ¡Ja, ja, ja!

— El habeas corpus puede entablarse por cualquiera del pueblo.

— ¡No me interrumpas! ¡Ninguna ley puede permitir eso! Y si lo permitiera, ningún juez que conozca el decoro debería aplicarla por contraria a la religión y a la moral.

— El habeas corpus nos viene de Inglaterra...

— ¿Ves? ¡Ya lo decía yo! ¡Del foco mismo de la herejía! Pero semejantes leyes no pueden existir en un país de cristianos. Eso no puede estar en ninguna Constitución. ¡Debe tratarse de operías tuyas, Pepillo!

— Señora...

— Pero dejemos eso por ahora. Se trata de una sirvientita de mi sobrina Rosario Quijarreta. Fue puesta en el Buen Pastor porque no observaba buena conducta y para que le enseñen religión. Y precisamente el gallego que pide su libertad es quien, a lo que parece, trataba de seducirla. ¡Bonitas leyes las que tales cosas permiten! ¡La chinita se quedará donde está, opóngase quien se oponga!

— Yo debo cumplir la ley.

— Se hará como te digo. ¡Ah, si viviera tu madre, que era tan devota, cómo sufriría viéndote entregado a las novedades y herejías que nos vienen de Buenos Aires! — Lanzó un hondo suspiro.

— Señora, yo no puedo...

— Mira bien lo que haces. Los cargos no son eternos.

Doña Petronila se había puesto de pie. En sus ojos centelleaba la sangre belicosa de los Quijarretas. Al retirarse, lanzó, como los partos, la última flecha:

— Te repito que mires bien lo que haces. Los cargos no son eternos. ¡Ja, ja, ja!

La saeta dio en el blanco y penetró dolorosamente en las blandujas carnes de Pepillo. Este comprendió la encubierta amenaza y, como no era un héroe, pensó atribulado en que apenas si le faltaban algunos meses para que se cumpliese el plazo por el que había sido designado juez. ¡En mano de los Mansos estaba ponerlo de patitas en la calle! Y, como todos sus semejantes, sentía verdadero pavor ante la dura brega por el cotidiano vivir. El sólo lo concebía al amoroso calorcito de una función burocrática, que exonera de iniciativas y esfuerzos. Creía haber hecho verdaderos prodigios de equilibrio para no comprometerse en las banderías de los Mansos y Agudos, y ahora — maligna ironía de las cosas— amenazaba ruina el sólido edificio levantado por su prudencia, a causa de los amoríos de una desharrapada chinita y un sucio gallego. ¡Era como para desesperarse!

— ¡Tapia! — gritó furioso.

Pijiriti compareció de inmediato.

— ¿Es usted el que ha ido con cuentos a doña Petronila? ¿No sabe usted que cuanto se tramita o sucede en el Juzgado es secreto? Tendré que dar cuenta de su proceder al Superior Tribunal.

— No sé de lo que me habla. Yo no he dicho una palabra a doña Petronila — repuso Pijiriti con aire de dignidad ofendida.

— ¡Tráigame el expediente!

— ¿A qué expediente se refiere el señor Juez?

— A un recurso de habeas corpus iniciado por un tal Saldaña o Montaña.

— En seguida.

El magistrado, con un humor de perros, comenzó a hojear la voluminosa presentación del doctor Zapata. Acometíalo, por momentos, invencible modorra

y se hubiera dormido en seco, a no ser por las ominosas insinuaciones de doña Petronila que, como un moscón, le zumbaban en la subconciencia. El estilo de la "lumbrera del foro" era, en verdad, como para aplastar al mismo "pico de oro" del pueblo. Reynoso, exasperado, cogió un lapicero y con violencia que desgarró el papel y salpicó la tinta, escribió la fórmula mágica que permite librarse por tiempo indefinido del desagradable esfuerzo que demanda toda resolución:

¡Vista al señor Agente Fiscal!

VII

Los autos, bajo el sobaco de Pijiriti, fueron llevados al despacho del señor Agente Fiscal. Desempeñaba ese cargo don Esperidión Marquiegui, hombre viejísimo, medio ciego, y sordo como una tapia. Carecía de título universitario porque en aquellos tiempos, no existía en provincias suficiente número de abogados para llenar el escalafón judicial. Don Esperidión había sido nombrado fiscal, como pudo ser designado abad, sochantre o profesor de griego. Sabía leer y escribir — esto último con no muy católica ortografía —; era hombre de moral privada irreprochable, pariente cercano del gobernador y su adicto incondicional en política, méritos más que suficientes para desempeñar cualquier función pública por encumbrada que fuese.

— Aquí le traigo esto — gritó Pijiriti arrojando el expediente sobre la empolvada escribanía del Fiscal.

— ¡Zas! — replicó el viejo —. ¡Otra te pego! No acabo de dictaminar unito, cuando, ¡tras!, me zampan otro. ¡Es mucho jorobar, caray!

— Gajes del oficio, don Esperidión.

— ¿Qué dices?

— ¡Gajes del oficio! — rugió el tinterillo.

— No te oigo, muchacho. — Meneó pensativo la cabeza, y añadió:

— Esto de ser sordo, no deja de ser una suerte. ¡Para lo que hay que oír en este mundo! — Luego cogió el expediente y comenzó a deletrear con las narices pegadas a la portada.

— Ha - be - as... cor - pus... ¡Zastrás! ¿Qué diablos será esto? Nunca se me ocurrió estudiar latín. ¡Como que nunca pensé en ser cura, caray! Guardalo por áhi, muchacho. Ya lo veré uno de estos días.

Ceferino se dirigió a una estantería que adornaba una de las paredes del despacho; colocó, adredes, al mamotreto debajo de una gran pila de expedientes que, cubiertos de polvo y telas de araña, esperaban tornar alguna vez al movimiento y a la luz.

Al día siguiente, no bien Pijiriti abrió las puertas de su oficina, se presentaron en ella Saldaña y Garvezo. El aragonés traía cara de pocos amigos y el procurador blandía un enrollado pliego, en el que constaba que el primero le había conferido poder general para representarlo en todos sus asuntos judiciales y, en especial, en el recurso de habeas corpus entablado a favor de la menor Josefa Taritolay. Acompañaba, en consecuencia, un escrito solicitando que se lo tuviese por parte y se le diese la intervención que, por ley, le correspondía, etc., etc.

— No está aquí el expediente — informó el chupatintas, clavando sus ojos de batracio llenos de mofa e insolencia en la pareja.

— ¿Se ha hecho humo? — preguntó Saldaña, conteniéndose a duras penas.

— No se ha hecho humo; ha pasado en vista al Fiscal.

— ¿Cómo puede ser eso? No es eso lo que me

aseguró el doctor Zapata — dijo el almacenero al procurador.

— No me lo explico. Será mejor que informemos al doctor.

Se dirigieron a casa del abogado. El insigne jurisconsulto acababa de levantarse de la siesta y tenía el rostro abotargado, con huellas visibles de una laboriosa digestión. Escuchó, frunciendo el adusto ceño, las informaciones de Garvezo; se puso de pie y levantando el brazo derecho, como si saludara a usanza romana, exclamó:

— ¡Qué ignorancia! ¡Qué estulticia! *¡Incredibilis ese ignorantia curiae!* Voy a ver inmediatamente a Zastrás (era el remoquete con que se conocía en el pueblo al señor Fiscal) para que dé una buena lección a ese atolondrado de Pepillo. ¡Dar intervención al Fiscal en un caso de habeas corpus! ¡Es inaudito!... ¡Rosa!

Asomó una diminuta chinita en el umbral.

— ¡Mi sombrero y mi bastón! ¡Pronto!

La criadita volvió con una chistera en la diestra y un bastón con pomo de plata en la siniestra. Encasquetóse la primera el doctor Zapata en el erudito cráneo; empuñó el segundo, y se lanzó a la calle. Su enorme corpacho, enfundado en un largo levitón sombrío, se balanceaba, con majestad de galeón, al ritmo de sus largas zancadas, mientras el báculo, ya hacía resonar la acera bajo los enérgicos golpes de su regatón, ya remolineaba en el aire, arrogante y desafiador como una tizona.

La entrevista no dio el resultado apetecido. El señor Fiscal estaba más sordo que nunca, pues ya se encontraba al tanto de lo que se trataba, merced a una larga conversación que, la noche anterior, mantuvo con él doña Petronila. A las explicaciones y requerimientos de Zapata contestaba invariablemente:

— No me apures, Rómulo. Yo no tengo tu saber, ni he hecho estudios. De golpe y porrazo nos sacuden una Constitución en Santa Fe y ¡zas! nos salen con esto del habeas corpus y otras novelerías de las que nunca habíamos oído ni hablar, y tú pretendes, ¡tras! que te resuelva el asunto sobre el pucho. No es justo, ¡caray! Dame tiempo.

El doctor Zapata, de muy mal humor, se vio precisado a comunicar estas malas noticias a Saldaña. Este no las recibió, como hubiera podido esperarse, con demasiado disgusto. El virus del pleito empezaba a emponzoñarlo y comenzó a gustar de concurrir al tribunal. Allá iba, sin faltar un día, a enterarse de su asunto. Fue así aprendiendo, poco a poco, la jerga del oficio y hablaba con frecuencia de cargos, vistas y traslados. Hasta llegó a creerse algo abogado, y a aconsejar paternalmente a los que, como él, esperaban la resolución de un litigio.

— Esto de las réplicas y alegatos — decía a una viejecita con quien se había relacionado — es cosa complicada. La ley tiene sus busilis y hay que saber dar con ellos. Pero, una vez que se pone en marcha, algún día se llega... sobre todo si hay aceite. — Y hacía ademán de contar billetes entre el pulgar y el índice.

— Así nomás ha'i ser — respondía, distraída, la vieja. Era una puneña que había abandonado su casa hacía más de diez años, para pleitear con un cuñado, la propiedad de dos mil adobes. El expediente tenía ya varios cuerpos y, en cada uno de ellos, la infeliz litigante dejaba el precio de veinte a treinta burros de su haberío que iba agotándose, socavado por los gastos de papel sellado y el pago de honorarios de sabandijas de tribunal.

Doña Petronila, entretanto, no perdía el tiempo. Pijiriti informaba diariamente a doña Rosarito de la

marcha del recurso. El expediente dormía el sueño de los justos, arrumbado en los polvorientos anaqueles de la fiscalía. Pero, como esa situación no podía prolongarse indefinidamente, porque el doctor Zapata había iniciado un recurso por retardo de justicia ante el Superior Tribunal, se decidió que el Gobernador "tocara" al Fiscal. Zastrás fue citado por Su Excelencia a una conferencia secreta, en la que fue exhortado a ponerse del lado de la moral y la gente decente, en conflicto con la morralla, la irreligiosidad y la corrupción. El resultado fue que, cuatro o cinco días después, se expidió aconsejando el rechazo del recurso, fundado en que Saldaña carecía de la representación legal de la menor.

El doctor Zapata puso el grito en el cielo.

— ¡El habeas corpus — rugía — es una acción que puede ser intentada por cualquiera del pueblo! *¡Actio popularis!* ¡Ahem! ¡Zastrás no sabe dónde tiene las narices! ¡Veremos, ahora, cómo rebuzna Pepillo!

El digno magistrado vacilaba. Había recibido ya insinuaciones más que transparentes del gobierno, en el sentido de secundar la moralizadora acción del Fiscal. Estaba en juego su reelección, lo que no era cosa de broma. Hubiera, según todas las probabilidades, cedido a la presión oficial, si la intervención de terceros no hubiese dado un rumbo inesperado a los acontecimientos.

Fue el doctor Zapata el autor de la intriga. Herido en su amor propio de jurista, ambicioso solapado, pensó, que si lograba producir un conflicto entre la justicia y el poder ejecutivo, el asunto de la libertad de una chinita podría servir, como otro cualquiera, para alborotar el cotarro de la política. Y a río revuelto... ¡Ya se veía él en una banca del Congreso!

Empezó por ponerse al habla con el jefe del clan

opositor, don Arístides Agudo, proscripto en Salta desde la famosa revolución que lo arrojó del gobierno. Convinieron, tras largas epístolas, que lo primero que debía procurarse era el retorno de Agudo a sus lares. Con ese fin éste se dirigió al Ministerio del Interior haciéndole presente que, a pesar de los ingentes perjuicios que le ocasionaba su ostracismo, le era imposible volver a su provincia natal, porque en ella "se habían suprimido todas y cada una de las preciosas garantías que la Constitución, últimamente sancionada en la benemérita ciudad de Santa Fe, había acordado a los habitantes del país, y a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino". Agudo hasta insinuaba que temía por su vida, "dado el notorio estado de subversión por que atravesaba la Provincia". La autoridad nacional se dirigió pidiendo informes al gobierno. El Gobernador contestó que "era un sincero admirador y un estricto cumplidor de la Carta Magna", y que Agudo podía volver a Jujuy cuando lo deseara, sin temor a que nadie lo molestase.

El retorno del ilustre proscripto se produjo algunos días después. Llegó a caballo, ya bien entrada la noche y, a la mañana siguiente muy temprano, envió por Zapata. La conferencia que mantuvieron ambos próceres fue muy cordial y, muy pronto, comenzaron a hacerse sentir sus resultados. Pepillo fue invitado a una entrevista y en ella se concretó el plan a seguirse.

— Cleto no te reelegirá jamás — afirmaba Agudo al pusilánime magistrado —. Lo conozco como a mis manos. Va a aprovecharse en cuanto pueda, y luego te dejará en el barro. No le creas lo que te diga, aunque te ofrezca hipoteca.

— Usted — argumentaba Zapata — si falla este habeas corpus a favor de Saldaña, no hará más que cumplir con su deber de magistrado y sentar la buena

doctrina. ¡Ahem! Ni el interés ni la amistad deben torcer la justicia. "*Amicus Platus, sed magis amica veritas*" ¡Sí, señor! ¡Soy amigo de Platón, pero más de la verdad, que es lo mismo que la justicia! ¡Ahem!

— ¡Déjate de Platón y de doctrinas! — interrumpió Agudo fastidiado —. ¡Estamos hablando de cosas serias!

El desterrado, aleccionado por la desgracia, se había convertido en un realista a ultranza, casi en un cínico. Ya no creía que la conducta de los hombres pudiese determinarse por principios o ideales. Obran por motivos más "serios", como acababa de decirlo: el temor, la codicia, la lujuria. Los grandes juristas suelen ser tontos, y ese bendito de Zapata amenazaba con echarlo todo a perder, sacando a la cuestión de sus aspectos simples y terrenos para confundirla y enredarla en las nebulosas regiones de la teoría. El sabía que Pepillo Reynoso no era una excepción, sino apocado, ambicioso, de una vanidad morbosa. Había que atacarlo, pues, por los puntos vulnerables de la coraza.

— Si tú — continuó Agudo dirigiéndose a Reynoso — te pones decididamente en contra del gobierno, serás uno de los jefes indiscutidos de la oposición. Y ésta triunfará tarde o temprano. Recuerda que la familia Agudo es más numerosa que la de Manso. Además, en Buenos Aires, que es donde todo se resuelve en definitiva, tengo buenos amigos, No haría falta gran cosa para conseguir una intervención que barra con la situación actual. Y si eso sucede, ¿quién sino tú sería uno de los diputados al Congreso?

¡Eso era dar en el clavo! Pepillo se conmovió a ojos vistas, y mostró manifiestas señales de flaquear. ¡Ya se contemplaba él pronunciando una de sus famosas arengas ante los pasmados parlamentarios del resto del país! De ahí a un ministerio nacional...

— Lo que no veo — replicó — es cómo este asunto del habeas corpus puede influir en la política.

— Eso — repuso Agudo — déjalo por mi cuenta. El gobierno, ya lo verás, tratará de entorpecer la acción de la justicia. Cleto vive dominado por las polleras, y si doña Petronila y Rosarito andan en la danza, lo llevarán de las narices hasta donde él mismo no ha soñado llegar. Entonces diremos que uno de los poderes fundamentales del Estado, el judicial, está conculcado por el gobierno. ¡Caso clavado de intervención! ¡Y chillaremos en forma tal que han de oírnos los sordos!

— ¿Y si eso no ocurriese?

— Eres un niño, Pepillo. Fundaremos un periódico opositor. He conocido en Salta un gallego, que estaría pronto a venir, y que tiene en la pluma más veneno que diez víboras de cascabel. Daremos amplia publicidad a tu sentencia y te proclamaremos modelo de Juez incorruptible. Cleto por odio a mí, por simple espíritu de contradicción, se tragará el anzuelo y hará barbaridades. Un opa con mando no tolera la más mínima discrepancia. Soy viejo y conozco a los hombres.

— Muy bien dicho — terció el erudito doctor Zapata —. Ya lo expresó así Aristóteles cuando dijo: "*experientia in senioribus*". ¡Ahem!, la experiencia es dote de la senectud.

— Eres un joven inteligente, preparado, buen orador — concluyó Agudo —. Este escenario es demasiado reducido para un hombre de tus condiciones. Te conviene ir a Buenos Aires, hacerte conocer...

Pepillo no cabía en sí de gozo, y como la rana de la fábula, se hinchaba con grave peligro de reventar. Pero, hipocritón, decía:

— Nada de eso, nada de eso...

Cuando se marcharon sus visitantes, Agudo exclamó:

— ¡Tener que lidiar con semejantes imbéciles! ¡Sobre todo ese cretino de Pepillo me crispa los nervios! ¡Así será él diputado como yo capuchino! ¡Si no fuera porque Cleto me las debe y me las pagará...

VIII

La reclusión de la Uchepa pronto dejó de considerarse como asunto privado, para transformarse en cuestión trascendental de público interés. El partido opositor, capitaneado por Agudo, hizo de ella bandera de combate contra el execrado gobierno de Manso. La Uchepa se convirtió en símbolo del pueblo humilde, vejado y escarnecido por las clases ricas y encumbradas. Estos resultados se consiguieron con método, sutilmente: primero, un "venticello"; luego, viento; después, turbonada.

Comenzó el vientecillo con veladas alusiones hechas por El Paladín, semanario exprofesamente fundado para "luchar por la regeneración moral y política de la Provincia". En una sección titulada "Lo que se dice", se anunció que "nuestra hoja", debido a "sus poderosos medios de información", estaría en breve en condiciones de brindar a sus "numerosos lectores" el conocimiento de un "affaire" sensacional. Ni una palabra más por lo pronto. Transcurrieron algunos días y, en un editorial, se prometió que "en el asunto aludido en un número anterior" harían lucido papel altos empleados de la justicia sobornados por el oficialismo, encopetadas matronas de "nuestra crème" y funcionarios tan ignorantes y corrompidos como obsecuentes. Toda la podredumbre del partido que usufructuaba el poder sería expuesta a la luz del sol sin ambages ni temores, tapujos o disimulos, impropios de un pueblo republicano consciente de sus derechos. ¡Ya se sabrían cosas que harían hablar a las piedras!

"El Escudo", órgano del oficialismo, respondió que esperaba sin temor las sensacionales revelaciones "del pasquín de la calle Belgrano". Los hombres que gobernaban vivían en casa de cristal. Eran ciudadanos de intachable vida pública y privada, honrados padres de familia, celosos cumplidores de sus deberes cívicos y religiosos. Los despechados de la oposición harían bien en recordar que habían sido llevados "a conducir la nave del Estado", mediante una revolución que constituía, por sí sola, una página de gloria inmarcesible en la historia de la Nación.

Despertada la curiosidad de las gentes — y la curiosidad en provincias asume caracteres patológicos — se esperaba con impaciencia febril que "El Paladín" hiciera efectivas sus amenazas, mientras se tejían infinitas conjeturas y se propalaban los rumores más inverosímiles. Por fin estalló la bomba, sin retórica de ninguna clase, pues fue el estruendo ensordecedor de una de gran calibre disparada frente a la redacción del periódico opositor la que dio comienzo a la batalla. De inmediato una edición especial fue voceada por numerosos vendedores. En llamativos letrones rojos se leía:

SECUESTRO DE LA MENOR JOSEFA TARITOLAY
¡EN JUJUY, LA LIBERTAD NO EXISTE!
¡VERGUENZA, CUBRETE EL ROSTRO!

Se narraba, a renglón seguido, la reclusión de la criadita en El Buen Pastor, la interposición de un recurso de habeas corpus por don Ramón Saldaña, "acaudalado y conocido comerciante español", y se comentaba, con venenosa acritud, el dictamen del fiscal Marquiegui, "más conocido en nuestro medio por Zastrás".

"Personas del bello sexo de la familia del Go-

bernador — concluía la filípica — han sido el "Deux ex machina" de esta ignominiosa afrenta a la cultura y civilización del país. ¡Pero ya sonará para los culpables la hora de la Justicia! ¡Basta, por ahora, que haya sonado la de la Verdad!"

"El Escudo" replicó sosteniendo que eran infundios cuanto se decía. La señorita Josefa Taritolay se encontraba en el Cucho, en casa de su madre. Había sido enviada allí para librarla de la lascivia de cierto gallego, cuyo nombre no había para qué recordar, ya que el propio "Paladín" se había encargado de entregarlo al desprecio público. Los hombres de la oposición lo único que conseguían con calumnias tan viles, era mostrar la "hilacha", poniéndose del lado de la corrupción y el libertinaje, que un extranjero trataba de introducir en la honesta sociedad jujeña. ¡Semejante conducta sólo podía merecer el desprecio de las gentes sensatas y honradas!

Afirmaciones tan rotundas, sobre todo la referente al paradero de la Uchepa, desconcertaron por un momento a los denunciantes. Se hicieron numerosas averiguaciones. El doctor Zapata, alarmado, se entrevistó con Saldaña a fin de preguntarle acerca del origen de sus informaciones.

— ¿Quién le dijo a usted que la menor había sido llevada al Buen Pastor?

— Fortunata.

— ¿Y quién es Fortunata?

— Una sirvientita de doña Rosario.

— ¿Qué edad tiene?

— Unos nueve o diez años.

— ¡Hum! No merece mucha fe una criatura. El que con niños se acuesta...

— Descuide usted, doctor. Pondría las manos al fuego por la chica. Es más lista que una ardilla y era uña y carne con la Uchepa. Ella misma fue quien

le encomendó que me advirtiese.

Agudo, por su parte, no permanecía ocioso. Su tribu, lo mismo que la de Manso, contaba con solteronas y beatas finas como agujas, capaces de sonsacar sus secretos al mismísimo Satanás. Varias de entre ellas tenían criaditas internadas en El Buen Pastor, de manera que la pesquisa resultó tan fácil como rápida. Por distintos conductos pudo saberse con certeza que la Uchepa se encontraba en el Asilo. Don Arístides, regocijado, se frotaba las manos y juzgó llegada la oportunidad de utilizar los servicios de Reynoso. Le ratificó su promesa de enviarlo como diputado al Congreso de la Nación, y le encareció la conveniencia de que resolviera sin tardanza el famoso habeas corpus.

Pepillo preparó su resolución con minucioso esmero. Como el asunto traería cola, presentábasele la coyuntura de lucir sus dotes de escritor y no le pareció mal dar a su sentencia el tono grandilocuente que gastaba en sus arengas. Empezó el "considerando" con que encabezaba el fallo: "Sea mi primer palabra una de enérgica condenación y de franco repudio a la reprochable conducta de ciertas personas que, abusando de su posición social y de su autoridad, se creen con derecho a hollar el don más preciado que la Divina Providencia otorgó a los mortales: la Sacrosanta Libertad que nuestra Carta Magna... "

"El Paladín" difundió la sentencia a bombazos, precedida de una laudatoria en que parangonaba a Pepillo con los jueces más famosos de la Historia, especialmente con los de Berlín que, según se cuenta, en tiempos de Federico el Grande, solían cumplir con su deber. "El Escudo" lo puso cual no digan dueñas. Su primera palabra — decía — debió ser la de presentar su renuncia. Un juez que se permite llevar la contraria al gobierno es un desvergonzado (esto no lo decía *pe ad literae*, pero surgía del contexto); por lo menos un

ingrato y un audaz. Ya sabría el Poder Ejecutivo, compuesto por hombres enérgicos y patriotas, una vez cumplido el término por el que había sido nombrado, ponerlo de patitas en la calle, "medida que reclamaba la opinión pública y exigía el decoro de la justicia".

Unas horas después, la Reverenda Madre Superiora del Buen Pastor, recibió un oficio firmado por Pepillo, en el cual se la conminaba a que presentara de inmediato al señor Juez oficiante a la menor Josefa Taritolay. La Reverenda respondió, por escrito, que la menor no se encontraba en el Asilo. Era verdad: doña Petronila se había adelantado a la justicia. Advertida por Pijiriti del libramiento de la orden, hizo salir a la chinita entre gallos y medianoche y la condujo a su casa. Pasado el peligro, la Uchepa volvió al encierro. "El Paladín" incitó a Pepillo a cumplir con su deber, sin miramientos de ninguna especie. Un pueblo, en donde se hacía oídos de mercader a las decisiones de los jueces, estaba al borde de la ruina, de la descomposición, del caos. Esa era la obra nefasta de un oficialismo que degradaba a una heroica provincia argentina. El doctor Zapata escribió setenta folios para solicitar que el Jefe de Policía en persona, allanara el Asilo y pusiera a la víctima, su defendida, bajo la égida de Themis. El alegato se publicó en un folleto editado a costa de Saldaña, que, enardecido en el combate, ya no reparaba en gastos.

— ¡Al freír, será el reír! — vaticinó cierto socarrón del foro —. Veremos cómo se las arreglan Zapata y el gallego cuando llegue el momento del pago de los honorarios. Rómulo no hace estos mamotretos por amor al arte y, al fin y al cabo, no le falta razón. En este país, los jueces regulan los honorarios a un tanto por vara cuadrada. Es lo más cómodo para ellos y, acaso, en un mundo en que todo es ilusorio e incierto, sea lo más justo y equitativo.

El Jefe de Policía se presentó en el Buen Pastor. De acuerdo con la Madre Superiora y doña Petronila, lo hizo en horas en que la menor no se encontraba allí. Doña Rosarito la había ocultado en el Hospital San Roque. La policía informó que, no obstante haber escudriñado hasta el último recoveco del Asilo, no se habían encontrado en él ni rastros de la menor. "El Escudo" dijo que el descaro de la oposición para calumniar y mentir rayaba en lo increíble. Volvió a tronar el doctor Zapata en un engendro de ciento cincuenta fojas pidiendo el enjuiciamiento del Jefe de Policía. El Juez, abrumado por el alud de papel sellado que amenazaba aplastarlo, e incitado por Agudo, decidió "constituirse" personalmente en el Buen Pastor, a fin de establecer la verdad. Allá se fue una mañana, seguido de Pijiriti que renqueaba bajo el peso de los autos.

La Reverenda lo recibió rezumando amabilidad y cortesía. Era una viejecita sonrosada, movediza, sutil. Tenía — dijo — gran placer y se hacía un gran honor en recibir al señor Juez en su humilde establecimiento. Podía recorrerlo íntegro, de arriba abajo, en la seguridad de que la menor Taritolay no se encontraba allí. No dijo que allí había estado y que, cada vez que la autoridad la buscaba, doña Petronila o doña Rosarito la escamoteaban, porque nadie se lo preguntó, con lo que acalló, tal vez, algún indiscreto murmullo de su quisquillosa conciencia.

— Por acá, doctor — decía la Superiora, indicando el camino a Pepillo. Este se sentía vencido, envuelto, como enviscado en la voz y los gestos melosos de la monja, y le parecía que sentía cernerse en el aire algo indefinible que olía a rechifla. Por supuesto que no dio con la Uchepa. Cuando iba a retirarse, la Madre lo invitó a pasar al refectorio. Sobre la mesa, primorosamente tendida con un mantel más blanco que

la nieve, humeaban grandes tazas de chocolate y, en labrados bandejones de plata, se amontonaban tentadoras bizcotelas y golosinas. ¡Como que acababan de salir de las manos prodigiosas de las monjitas!

— ¿Me haría el señor Juez el honor de aceptar una tacita de chocolate?

Pepillo dudaba. Si aceptaba, sus amigos, y con mayor razón sus enemigos, eran capaces de pensar, los primeros, y de propalar, los segundos, que se había dejado sobornar por las monjas. Pero el olorcillo del chocolate y la apariencia de las golosinas le hacía subir el agua a la boca, y Pijiriti, a la primera insinuación de la Reverenda, repantigado en un mullido sillón frailero, engullía, ¡infame!, con apetito de abad. El señor Juez acabó por sucumbir a la tentación.

La Superiora se sentó a su lado. Le hablaba constantemente en voz baja, untuosa, monótona, que arrullaba como el lejano zumbido de una letanía. Explicábale el sistema del Asilo: mucha enseñanza religiosa, mucha disciplina y trabajo adecuado a la capacidad de cada una de las educandas. El Buen Pastor realizaba una obra santa de Piedad. Todos los buenos cristianos debían cooperar a su engrandecimiento. Pepillo hacía gestos de asentimiento con los mofletes hinchados de confituras.

— ¿No podría — continuó la Reverenda con voz que, de tan dulce, apenas se oía — el señor Juez donar un óbolo para fines tan nobles?

Pepillo hurgó en sus faltriqueras y sacó un billete. Era de diez pesos. Cuando cayó en la cuenta, ya había pasado a manos de la Superiora, que se lo agradecía con un "Dios se lo pague" y una profunda reverencia.

— ¡Es el chocolate más caro que he tomado en mi vida! — se decía, furioso, una vez en la calle —. ¡Y esa maldita Uchepa que parece habérsela tragado

la tierra! ¡Ya estoy por creer que todo es majadería de Zapata! ¡Maldito lío en que me he metido!... ¿Qué es lo que mira? — dijo dirigiéndose a Pijiriti que lo observaba con disimulo.

— No miro nada, señor Juez.

— ¡Tenga usted cuidado que el horno no está para bollos!

— Así lo haré, señor Juez.

Con la molesta sensación de haber sido burlado por la monja, y hasta por ese mentecato de Pijiriti, Pepillo se dirigió a casa de Agudo.

— La Uchepa no está en el Buen Pastor. Acabo de comprobarlo — anunció al prócer.

— Me lo figuraba — respondió éste sin inmutarse.

— Esto se está convirtiendo en un fracaso.

— Por el contrario, esto marcha. Las brevas están pintando y pronto estarán maduras. No entiendes, a lo que veo, ni pizca de política. Si la chinita aparece, se termina la fiesta. Mientras la sigan ocultando, continuará la danza.

— ¿Pero en dónde diablos la esconden?

— Muy sencillo. Cada vez que se la busca, las monjas, advertidas por doña Petronila, la hacen salir y ésta la oculta en su casa o en el Hospital.

— ¡Conjeturas!

— ¿Conjeturas? ¿Por quién me tomas, Pepillo? Tengo apostados espías en todas las salidas del Buen Pastor. He mandado a seguir a doña Petronila. El cochero que ha llevado de un lado para otro a la chinita, está pronto a declarar no bien sea necesario. El Juez Federal, que como sabes es íntimo amigo mío, oportunamente informará al gobierno nacional lo que convenga informar. ¡Unos días más, y estallará la bomba! ¡El poder judicial desacatado, las libertades individuales suprimidas! ¡Intervención clavada! ¡Tu dipu-

tación está próxima, Pepillo!

Llovieron órdenes de allanamiento. Se buscó a la Uchepa en casa de doña Petronila, en la de doña Rosarito, en el Hospital, en el Cucho, en todos los sitios imaginables. "El Paladín" y "El Escudo" libraron batallas de un encarnizamiento pampa. Un diluvio de comunicaciones, quejas y protestas fueron al Ministerio del Interior. La Uchepa continuaba inhallable.

— Las brevas están maduras — dijo sentenciosamente Agudo —. Celebraremos un mitin.

IX

Los partidarios de don Arístides Agudo, comenzaron a reunirse en la plaza central a eso de las ocho de la noche. Las bombas atronaban. Una murga compuesta de bombo, platillos, clarinete, bombardina y trombón, lanzaba al espacio el eco belicoso de la Marcha de San Lorenzo. Un indio viejo enarbolaba una bandera ante un grupo de boquiabiertos chiquillos, y hasta unos sesenta hombres del pueblo esperaban la llegada de los dirigentes. Algunos curiosos fisgoneaban en las aceras o espiaban desde los balcones. Cuando, ya cerca de las nueve hicieron su aparición Agudo, Pepillo, el doctor Zapata y Saldaña, convertido en personaje político, sonaron unos pocos aplausos y uno o dos vítores desganados.

Sobre una mesa colocada en el centro de la plaza para que sirviera de tribuna, se encaramó Agudo, apoyado en los hercúleos brazos del aragonés. Su arenga fue violenta. Achacó todos los crímenes al oficialismo, y hasta insinuó la posibilidad de que la menor Josefa Taritolay hubiese sido asesinada. Esa bella y modesta joven era símbolo del noble pueblo jujeño, escarnecido por sus inicuos mandones. Pero ya vendría

— podía él asegurarlo ante la magna y entusiasta asamblea ciudadana que lo escuchaba — la autoridad federal a restablecer el buen gobierno, la libertad y el normal funcionamiento de las instituciones.

Terminada la arenga de Agudo, los manifestantes se formaron en columna con el propósito de recorrer las calles del pueblo, y retornar luego a la plaza en donde hablarían Pepillo, que acababa de renunciar a su cargo, y el doctor Zapata, de quien se esperaba un discurso de corte clásico y sabor filosófico.

— ¡Que toquen una marcha! — ordenó Agudo.

La murga, sea por error, sea por malicia, rompió con la fúnebre de Jones.

— ¡Háganlos callar! ¡Qué imbéciles! — gritaba Agudo.

Fue preciso que Saldaña zamarrease al del trombón para que la orquesta callara. Por indicación de Pepillo, se eligió la Marsellesa y, al compás de sus ritmos marciales, la pequeña columna tomó por la calle central del pueblo. De vez en cuando se gritaba:

— ¡Viva Agudo!

— ¡Viva el doctor Reynoso!

— ¡Abajo los malos gobiernos!

Caranchito, un ebrio consuetudinario, muy conocido en el pueblo, se había colado a los manifestantes y, cuando se producía un silencio, aprovechaba para gritar con voz aguardentosa:

— ¡Viva yo!

Fue expulsado a empellones, pero siguió desde lejos a la columna farfullando amenazas.

De vuelta a la plaza, se tocó una diana y se dispararon seis bombas para anunciar que iban a comenzar los discursos, con los cuales se cerraría el acto. Pepillo ocupó la tribuna. Se afirmó las gafas, compuso la voz, se llevó la siniestra al corazón, y levantó la diestra como pidiendo atención y silencio. Iba a ha-

blar, cuando una voz atiplada se levantó de entre el público:

— Sea mi primer palabra una de...

Como era conocida la manía de Pepillo de empezar todos sus discursos en esa forma, estallaron carcajadas. Hasta el solemne doctor Zapata sonrió. El insolente era Pijiriti, que se había metido de rondón entre los manifestantes, con el propósito de ridiculizar a Pepillo. Para su desgracia, Saldaña lo sorprendió *in fraganti*, y le aplicó un bofetón que lo obligó a medir el suelo con las espaldas. Cuando pudo incorporarse lo hizo cubierto de polvo y llevándose una mano a un ojo, el cual, en pocos segundos, se le convirtió en un horrible chichón de color berenjena. Intervino la policía y el aragonés se resistió, derribando a puñetazos a dos o tres vigilantes. A las angustiosas pitadas que dieron los aporreados guardianes del orden público acudieron refuerzos, y el almacenero, molido a palos, fue alojado en un calabozo. Durante el flujo y reflujo ocasionado por el tumulto, fue tumbada la mesa que servía de pedestal a Pepillo, y éste dio algunas vueltas de carnero sobre el blando césped de un arriate.

Caranchito aprovechó la coyuntura, levantó la mesa, y trepándose en ella comenzó:

— No he podido permanecer indiferente, señores... a tan entusiasta reunión democrática...

— ¡Que se calle! — gritaban unos.

— ¡Que hable! ¡Muy bien! — chillaban otros aplaudiendo.

Los chicuelos que merodeaban por ahí entonaron un coro de maullidos. El doctor Zapata se desgañitaba pidiendo calma y silencio. Agudo y los suyos optaron por retirarse discretamente y el mitin, poco a poco, se desbandó entre risotadas, comentarios en alta voz y uno que otro vítor lanzado por algún entusiasta.

"El Paladín" dijo al día siguiente que seiscientos pacíficos ciudadanos, entre los que se encontraban los hombres más eminentes de la Provincia, habían sido cobardemente agredidos por los sayones del gobierno armados de bayoneta, los que, además, habían apaleado bárbaramente a un súbdito extranjero. Agudo se dirigió en el mismo sentido al Ministerio del Interior, no sin recargar las tonalidades sombrías. El aragonés recurrió al Ministro de España, el cual entabló de inmediato una reclamación diplomática. El Canciller pidió informes al gobierno de Jujuy. Este contestó que se trataba de una cuestión entre particulares, cuya resolución estaba ya en manos de los jueces y que, según las pruebas recogidas, Saldaña era un sujeto temible que había lesionado de algún cuidado a un distinguido ciudadano, don Ceferino Tapia, que desempeñaba, con el aplauso público, el cargo de Secretario de un Juzgado; además había agredido a la autoridad policial cuando ésta trató de amparar a la víctima. En resumen: un vulgar incidente policial, al que la oposición trataba de dar proyecciones internacionales.

Pijiriti, lo mismo que la Uchepa, fue cuidadosamente ocultado a fin de que los médicos nombrados por los jueces no pudiesen establecer la importancia del golpe. "El Escudo" aseguraba que corría inminente peligro de quedarse ciego. De ese modo se podía prolongar indefinidamente la detención de Saldaña. "El Paladín" arrojaba centellas. El doctor Zapata garrapateaba resmas enteras de papel sellado. Hubieron desafíos, polémicas, hasta un duelo. El pueblo ardía.

Garvezo, entretanto, se había instalado, como en casa propia, en el almacén del prisionero, so pretexto de velar por sus intereses, y descorchaba allí los tintillos más añejos y caros, mientras pontificaba ante un corrillo de desocupados que brindaban por el triunfo de Agudo, la pronta libertad de Saldaña y la

llegada de la intervención federal.

— ¡Las brevas están que se caen de maduras! — decía Agudo restregándose las manos.

El Gobernador era el único que no advertía el peligro; por el contrario, bañábase en agua de rosas pensando en las rabietas y sofocones que estaría pasando su execrado rival. Pero el engaño duró muy poco. Los diputados al Congreso (un hermano y un cuñado de Su Excelencia) le comunicaron que la "situación de Jujuy" se desacreditaba, día a día, ante el gobierno central. El Juez Federal y el Jefe del Regimiento habían informado confidencialmente al Ministro del Interior acerca del jueguito al escondite que había permitido, en el caso de la Uchepa, burlar las órdenes de los jueces y la verdad sobre la agresión a Pijiriti. Aconsejaban dar máquina atrás, buscar una salida elegante para zafar del atolladero en que Manso se había metido. Este, al principio, se encogió de hombros. ¡Exageraciones! ¡No iba a intervenirse una provincia porque una atolondrada chinita, por sus cabales, se hubiese ganado una temporada de encierro, ni porque un bruto gallego diese un mojicón a un tinterillo y purgase su culpa con unos días de calabozo! ¡Vaya!

Pero las angustiadas comunicaciones de los diputados se sucedían casi sin intervalo, unas a otras. La intervención, fantasma aterrorizador que turba el sueño, por lo general apacible de los gobiernos de provincia, comenzaba a levantarse en el horizonte como una bruma ligera, sutil. Era necesario evitar que se expandiese, cuajara en nublado y descargase tormenta. Los diputados insistían en que era indispensable y urgente hacer comparecer a la Uchepa ante los jueces y sobreseer en el proceso a Saldaña. Para eso se contaba con funcionarios complacientes y amigos del gobierno.

Manso se resignó a duras penas. Escocía a su

amor propio cejar ante Agudo. Pero la vida política tiene amargas exigencias, y había llegado la hora de amainar ante el vendaval. Su Excelencia envió por doña Petronila, y le anunció, alicaído, que era preciso dar fin a las jugarretas con la Uchepa y ponerla a disposición de la justicia, aunque sin comunicar a su cuñada las verdaderas razones de su cambio de frente, para no presentarse ante ella como amedrentado ante la oposición.

La orgullosa matrona no cedió así como así. Había obrado con absoluta buena fe y no dudaba de que procedía, como sincera católica, en defensa de la moral y las buenas costumbres. La Uchepa podía ser considerada como huérfana, pues era hija de una campesina ignorante que vivía, entre cabras, en las serranías de El Cucho. No era admisible que, confiada al cuidado de una persona de su familia, rodara en el fango por el capricho de un ganapán. Y además, quienquiera que fuese, había que salvar un alma de la perdición eterna, empresa de mayor importancia, para su propia salvación, que los colerones que pudiesen coger Agudo y sus secuaces.

— ¡Ya te has dejado impresionar por las alharacas de la gaceta! — exclamó despectiva —. ¡Bonito gobernador vas a resultar si te dejas correr por un mequetrefe como Pepillo y un sabio de tiro pesado como ese plasma de Zapata! ¡De Agudo nada te digo, pues lo conoces mejor que yo!

— Vamos, Petronila; todo tiene un límite.

— Eso no decías ayer.

— Pero lo digo hoy. Las mujeres no entienden jota de política.

— ¿Política? ¿Por qué, hasta este momento, no te acordaste para nada de ella? — Y la perspicaz señora, adivinando gato encerrado, insistía —: ¡Cuentos! Algo ha ocurrido que me ocultas. Te conozco me-

jor que a mis manos.

— Te aseguro que nada nuevo ocurre; pero ya basta.

— Eres un tímido. ¡Ah, si yo fuera hombre!

— Serías más razonable y entenderías mejor las cosas.

— ¡Si yo tuviera pantalones pondría a esos trompetas en su sitio!

— Entiende, Petronila, que no se puede continuar.

— ¿Y vas a dejar que esa pobre chica se corrompa? ¡Tendrás que dar cuenta a Dios por ello!

— No veo por qué ha de corromperse: que esa tonta de Rosarito la cuide mejor, y sanseacabó.

— ¡Muy fácil decirlo! ¿Y su alma en peligro de perderse? ¡Darás cuenta a Dios por ello!

— ¡Basta! — exclamó brutalmente Su Excelencia—. ¡Deja en paz a Dios que nada tiene que ver con estas cosas! ¿Crees que yo puedo andar ocupado en que una zaparrastrosa chinita se vaya o no con el gallego de la esquina? ¿Y qué demonios tengo yo que ver con el alma de nadie, si apenas puedo con la mía? ¡Por tu culpa me veo metido en un pantano del que no sé cómo voy a salir! — Y, exasperado, soltó el secreto —: ¿No ves que, con tanta historia, se nos viene la intervención? ¿Y no adviertes que, si eso sucede, los Mansos nos quedaremos en la calle? ¿Y qué suerte va a correr tu pensión? ¿Te imaginas que Agudo va a seguir pagándotela por tu linda cara?

— ¡Deja en paz a mi cara que es como Dios la ha hecho! — replicó, furibunda, la señora —. ¡Toda esa música la tocas para ocultar que temes a Agudo! ¡A Agudo! ¡Ji, ji, ji! — Su risita seca, metálica, terminó en un suspiro —: ¡Si yo tuviera pantalones!

— ¡Te quedarían que ni pintados!

— ¡Eres un Juan Lanas y un malcriado, Cleto!

— concluyó Petronila y salió, dando un portazo.

El aire fresco de la calle fue templándole la cólera. Aquello de quedarse sin la pensión no era moco de pavo. ¡Cien pesos fuertes mensuales! Ese gaznápiro de Cleto algunas verdades decía, como la de que Rosarito era una tonta. ¡Vaya, que no poder meter en cintura a una chinita! ¡Ya se las vería ella con la tal Uchepilla! ¡Y, a fe, que le quitaría los humos y las ganas de andar de jarana! ¡Cómo que hay Dios! Insensiblemente se había acercado al Buen Pastor. Cuando entró en él, la Reverenda la recibió desolada:

— ¡Ay, doña Petronila, una terrible desgracia!

— ¿Qué ocurre, Madre, por favor?

— La Uchepa...

— ¿Está enferma?

— Algo peor.

— ¿Ha muerto?

— ¡No, por Dios!

— ¡Acabe usted, Madre, que me tiene sobre ascuas!

— Parece que se ha fugado.

— ¡Jesús! ¡Tan luego ahora!

En ese momento se les acercó la Hermana Nieves. Traía noticias terribles.

— Una de las ventanas del dormitorio — dijo — se encuentra abierta, y la chica no aparece por ninguna parte.

— ¡Ave María Purísima! ¡Tan luego ahora! — exclamó doña Petronila.

— Nadie la ha visto, ni sabe nada de ella desde anoche. Sin embargo, puedo asegurar que se acostó al mismo tiempo que las otras. Y falta lo peor.

— ¿Hay más todavía?

— Don Pietro también ha desaparecido y, según dicen las muchachas, cortejaba a la Uchepa.

— ¡Es lo único que faltaba!

Hablaban en el jardín. La Superiora con la cabeza baja y las manos sobre el pecho, como si sostuviera sobre sus hombros el peso ingente de las maldades humanas. Doña Petronila se erguía, se entiesaba, echaba chispas por los ojos; parecía pronta a saltar como un jaguar. La Hermana Nieves elevaba sus hermosos ojos húmedos al cielo y seguía, abstraída, el vuelo de una nube. Suspiró dulcemente.

— ¡Hermana Nieves, retírese a su celda! — canturreó la Superiora.

— ¡Hay que avisar a la Policía! ¡Ahora mismo! — gritó doña Petronila, y salió de carrera en dirección a casa del Gobernador.

— ¡Estamos frescos! — exclamó éste cuando se enteró de las malas noticias que su cuñada le traía —. ¡No sé en qué hora maldita se me ocurrió meterme en asuntos de mujeres! ¡Tú tienes la culpa de todo!

— ¿Yo? — replicó doña Petronila, poniéndose encarnada y dando saltitos alrededor de don Cleto. Parecía un gorrión que intentara asaltar a un pavo —. ¿Yo? — continuó —. ¡Mientras este asunto te sirvió para molestar a Agudo, te pareció muy bonito y te metiste en él hasta los codos! ¡Ahora que el agua se pone turbia, te quieres lavar las manos!... ¡Pilatos! ¡Ah, si yo tuviera pantalones, otro gallo nos cantara!

X

El secreto no pudo ser guardado. Horas después se hizo pública la fuga de la Uchepa. "El Paladín" sostuvo que era obra del oficialismo. Jujuy vivió horas en que el bombardeo era casi continuo. En varias ocasiones se anunció que la intervención federal había sido decretada. La policía trabajaba día y noche, pero sus sabuesos no dieron con el menor indicio del rumbo tomado por los fugitivos. Parecía que la tierra se los

hubiese tragado. La situación del gobierno se tornaba insostenible.

Y un buen día llegó la famosa intervención, tan temida por unos como deseada por otros. Presidíala un encopetado señor metropolitano, el doctor Uladislao Fresco, personaje de larga y turbia actuación política en el país. Pulularon esbeltos militarcillos en las calles y las oficinas se colmaron, hasta rebalsar, de lechuguinos importados del litoral. La modesta vida provinciana se entonaba: el señor Interventor daba bailes, saraos y piscolabis con gasto y boato inusitados. Algunos de entre los jóvenes recién llegados se prendaron de mozas del pueblo, y florecieron dulces idilios, a la hora del crepúsculo, bajo los naranjos de la plaza, mientras la banda de Los Cazadores de los Andes ejecutaba trozos de La Verbena de la Paloma o de Fra Diávolo.

— Ya ven lo que he conseguido — decía Agudo —: platita para el comercio y novio para las chicas. ¡Eso se llama hacer país!

La intervención "barrió", como lo había pronosticado este sagaz político, con los Mansos. Presidió elecciones tan "libres e irreprochables", como se dice siempre que algo apesta en las urnas, que el abominado Agudo volvió al poder. Después el señor Interventor y su séquito de militares y civiles se fueron por donde habían venido. Quedaron algunos corazones destrozados, pero más de un incauto se dejó coger en las redes, contrajo matrimonio y se radicó en la provincia.

— ¡El saldo es favorable! — decía el nuevo gobernador.

Pronto la vida retomó por sus antiguos cauces. Doña Petronila volvió a ocuparse de sus sociedades caritativas y de sus novenas; Rosarito, del cuidado de sus gatos, pájaros y plantas. En los momentos de

ocio, desollaban a cuanto, de lejos, oliese a Agudo, con lo que se procuraban sabrosa materia de charla y tema perenne de confesión. Así vivieron tan felices como se puede serlo en este valle de lágrimas.

Pepillo no fue tan venturoso. Cuando recordó a Agudo su promesa de enviarlo como diputado al Congreso de la Nación, el Gobernador, ingrato como todos los poderosos, olvidó sus grandes servicios y confirió esa prebenda a un hermano suyo. Pepillo hubo de conformarse con retornar a su Juzgado, en cuyo cargo, con el tiempo, es posible que se jubile. Se ha casado con una mujer tan fea como fecunda que lo obsequia con un hijo cada año. Ha echado una barriga respetable, y su rostro ha tomado ese gesto acre y resentido que dejan las ambiciones fracasadas. Continúa pronunciando discursos, pero ya no hace acrósticos ni siluetas por considerar que, tan frívolas ocupaciones, son incompatibles con su edad y su estado.

Unos meses después del advenimiento de Agudo al gobierno, dio mucho que hablar y que reír al pueblo la ruidosa enemistad que estalló entre Zapata y Garvezo, por una parte, y Saldaña, por otra. La chispa saltó cuando abogado y procurador pretendieron cobrar sus honorarios.

— No queremos pedir regulación — dijo cierto día Garvezo a su cliente —. Mejor será que arreglemos entre nosotros.

— ¿Que arreglemos? ¿A qué se refiere usted?

— A nuestros honorarios, naturalmente.

— Está usted aviado. Al doctor Zapata no le adeudo nada. Recordará usted, pues estuvo presente, que me dijo que no me cobraría ni un centavo si la Uchepa no recobraba su libertad con su famoso habeas corpus. ¡Y, vamos, que si la muy zorra no toma las de Villadiego por su cuenta, todavía estaría secándose en el Buen Pastor!

— De eso no tiene la culpa el doctor Zapata. El doctor Zapata es un...

— ¡Sí, ya lo sé, un Séneca! ¡Y un grandísimo sinvergüenza que se cisca en su palabra!

— Pero yo...

— Usted es otra buena pieza. Se ha llevado del almacén más de quinientos pesos en mercaderías. Agradezca que no lo meto en la cárcel, pues bien sabe usted que, mientras yo estuve en ella, se alzó con...

— ¡Usted no me va a tratar de ladrón!

— Es usted quien lo dice. ¡Y, a fe, que le sobran razones para decirlo!

— Gallego de... — Garvezo no pudo decir más. Saldaña saltó por sobre el mostrador; cogió por las solapas al desventurado rábula; le dio unos zamarrones que hicieron reventar las costuras de su vetusta levita y, de un empellón, lo lanzó a la calle. El leguleyo, trastabillando, fue a dar de posas en un barrizal, de donde se levantó hecho un asco.

— ¡Ahí tiene parte de lo que merece, puerco! ¡Vaya a contárselo a Séneca! — le gritó, furibundo, el almacenero.

El doctor Zapata y Garvezo demandaron judicialmente a Saldaña. Cuando, después de varios años, fue éste condenado, y abogado y procurador trataron de embargarle bienes, se encontraron con que el aragonés los había enajenado ocultamente a un paisano. Iniciaron acciones de simulación, paulianas, de nulidad. Los expedientes crecían como esas lianas que llegan a cubrir y ahogar zonas enteras de bosques. Muertos los protagonistas hace muchísimos años, continúan litigando sus nietos. Tal vez sus choznos consigan sentencia, si es que los dioses se apiadan de ellos. Saldaña se hizo procurador, y es fama que dejó muy atrás a Garvezo en el arte sutil de la trapacería curialesca.

Don Cleto Manso vivió más de noventa años. En sus últimos tiempos había perdido casi por completo la memoria. Se pasaba largas horas tomando el sol, con la mirada sin expresión perdida en la lejanía. A veces, una luz de inteligencia asomaba a sus pupilas y parecía recordar los buenos tiempos pretéritos, cuando fue hombre importante, gobernó, fue amado, temido y odiado. Meneaba entonces la cabeza y, con la voz temblona y aniñada de los ancianos, decía:

— Todo por esa Uchepa...

De ésta se tuvieron noticias después de muchísimos años, cuando ya muy pocas personas la recordaban. Se había casado con don Pietro, vivía en una colonia de Santa Fe y tenía una docena de hijos. Eran hermosos tipos de labradores, fuertes y sanos.

SANGRE BAJO LOS ALGARROBOS

¡Santo Dios! — exclamó doña Jacoba de Urdaneta —. ¡Empieza a anochecer y Anselmo no vuelve! — Y el mentón de la viejecita temblaba de angustia, y parecían nublarse sus ojos claros y miopes a fuerza de escudriñar el camino, sobre el que comenzaba a espezarse la sombra.

Isabel, su sobrina, suspiró por toda respuesta. Sentada a pocos pasos de su tía, acababa de abandonar la costura sobre las faldas con un gesto desolado. Era feúcha, endeble, anémica. Aunque sólo tenía treinta años, le brillaban las canas sobre las sienes y un ligero estrabismo encendía una chispa de alucinación en sus ojos. De pronto se puso de pie, como si le hubieran clavado una aguja, y exclamó casi a gritos:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Algo va a ocurrir esta noche, algo espantoso! ¡Me lo dice el corazón! ¡Yo siento que el peligro se acerca a pasos callados en la sombra! ¡Dios mío! — Y los sollozos la ahogaron.

— ¡No digas esas cosas, hija! ¡Me has dado un susto! Este terrible viento del norte y esta espera tan larga te han puesto nerviosa. ¡Calma, calma! — Luego llamó:

— ¡Sabina!

Una criadita se presentó casi de inmediato.

— Trae un vaso de agua fresca para la niña.

Pero Isabel siguió a la sirvienta, y desapareció en el vano oscuro de una puerta.

El caserón de la Lagunilla estaba casi en tinieblas. Afuera, el valle comenzaba a entenebrecerse. Por encima de los cerros fronteros ardían fulgores color de sangre, que comenzaban a apagarse en el fondo terroso del cielo. El zonda había soplado desde el amanecer y continuaba soplando a la caída de la tarde. Era un viento continuo, implacable, que, por momentos, arreciaba en ráfagas huracanadas; zamarreaba los algarrobos del bosque que rodeaba a la casa; ululaba en el cañón de las quebradas; soliviaba altas columnas de polvo rojizo y hojas muertas. Un aire denso, seco y caluroso, producía escozor en la piel e irritaba los nervios.

Sola en la galería, doña Jacoba permaneció con los ojos fijos en el camino. Todavía se alcanzaba a percibir su cinta blanquecina, en una buena extensión, hacia el lado de Salta. Hacía dos días que esperaba con el corazón sobresaltado; hacía dos días, con sus noches, que Anselmo Urdaneta, su nieto, se había marchado; hacía dos días que nada se sabía de él...

Isabel salió silenciosamente de una habitación y tomó asiento al lado de la anciana. Parecía tranquila. De inmediato se absorbió en el camino: clavaba en él sus ojos con ansiedad trágica, como si quisiera arrancarle su secreto; a ratos, escuchaba inclinando la cabeza. Pero sólo se oían los silbos del viento y el rumor de una acequia que corría a unos pasos de la casa. La noche, indiferente, se negaba a hablar, e Isabel apretaba sus dedos entrelazados hasta hacerse daño.

Un enorme perro negro cruzó lentamente la galería, y después de dar varias vueltas sobre sí mis-

mo, se tendió a los pies de las dos mujeres.

— ¡Pobre Sultán! — dijo la anciana —. Tú también esperas a Anselmo, ¿verdad? ¡Ya vendrá! ¡Ya vendrá! — Sentía un vago consuelo repitiendo esas palabras, que expresaban el íntimo anhelo de su corazón. Tal vez, en el fondo de su alma, les atribuía poderes mágicos, y esperaba que le trajesen a su nieto.

— ¡Ya vendrá!... ¡Ya vendrá! — repitió, e inclinándose, acarició al mastín. Sultán agradecía meneando la cola y arrugando la frente.

Sabina anunció que la cena estaba servida. Tía y sobrina se dirigieron al comedor, no sin echar antes un último vistazo al camino. Durante la comida ambas guardaron silencio. Isabel apenas si probaba bocado. En la contracción angustiosa del rostro, se adivinaba que tenía el alma lejos y el oído atento a los rumores que llegaban del campo. Doña Jacoba, ensimismada, recordaba que había pasado muchas veces largas noches dolorosas esperando a los suyos. Y día llegó en que no regresaron; primero, su esposo; luego, su hijo; después, su hermano. A todos se los había arrebatado el turbión de la guerra. Y ahora su nieto... ¡Qué vida, Señor!

Hacía unos días, había llegado a altas horas de la noche a suplicarle que le diese asilo el coronel Mariano Boedo, su deudo lejano. Este jefe había acaudillado una sublevación del partido federal contra el gobernador unitario de Salta, don Dionisio de Puch a la sazón. Fracasado el movimiento, Boedo huía para salvar la vida. Llegó a la Lagunilla hambriento y levemente herido. En la batalla de Ituzaingó, una bala le había destrozado la mandíbula, la que había sido reemplazada por la cirugía rudimentaria de la época con una especie de ancho barboquejo de suela, que daba a su rostro una expresión pavorosa. Doña Jacoba no le negó hospitalidad, aunque no ignoraba el peligro

que podía acarrearle esa actitud. Escondió al fugitivo en un zarzo, debajo del cañizo de una habitación que servía de despensa. Ella en persona, a fin de que no se enterase de nada la servidumbre, le llevaba allí los alimentos. Pasadas cuarenta y ocho horas, Boedo insistió en cambiar de refugio porque no deseaba continuar comprometiendo a su protectora. Entonces fue cuando Anselmo decidió hacerlo escapar y conducirlo, por sendas extraviadas, a un puesto de la finca llamado de Las Chachapollas, situado en el corazón de las serranías, y en manos de servidores de la familia en cuya lealtad se podía confiar. Y desde aquella noche nada se supo de ellos.

Sultán,de repente, se abalanzó ladrando hacia el interior de la casa. Las dos mujeres levantaron la cabeza y escucharon con los ojos brillantes. Era muy posible que fuese Anselmo el que llegaba por ese rumbo. El edificio estaba situado al pie de una cadena de colinas, y a su espalda, prolongándose algunas cuadras hacia el norte, se extendía una laguna difícil de sortear por el que no conociese los intrincados y pantanosos senderos que la bordeaban. Un extraño no se hubiese aventurado jamás por ese camino, y los peones de la estancia tenían sus viviendas en dirección opuesta, sobre la carretera que conducía a Salta.

— ¡Vé a ver quien llega! — ordenó doña Jacoba a Sabina —. La criada descolgó un farol que alumbraba la galería interior, y se dirigió hacia el fondo del canchón tapiado que cuadraba la casa por la parte trasera, y se comunicaba con el campo por una puertecilla asegurada con un candado. A Isabel,que escuchaba anhelosa, le pareció oír el grito de alerta de los teros por el lado de la laguna; pero el bramar del viento confundía todos los ruidos.

Momentos después, Sabina entró al comedor muy excitada.

— ¡Parece que viene el niño Anselmo! — exclamó.

— ¿Lo has visto?

— No, señora; pero hi sentío silbar tal como él sabe hacer cuando lo llama al Sultán, y el perro se ha salío por el albañal moviendo la cola.

Doña Jacoba se puso de pie y fue a buscar la llave del candado. Isabel la siguió. Temblaba con tal violencia que dejó caer el candelabro que había levantado de la mesa para alumbrarse. Ya no cabía duda de que era Anselmo quien llegaba. Oíaselo hablar al perro para aquietarlo, pues el mastín, para demostrarle su alegría, trataba de ponerle las patas sobre el pecho y lamerle la cara. Sabina abrió la puertecilla, y el recién llegado penetró en el patio.

— ¡Pero, hijo! — exclamó gozosa doña Jacoba—. ¿Qué ocurrió que has tardado tanto en volver? No pudo continuar porque ya su nieto, un gigantesco mocetón de veinticinco años, la estrechaba entre sus brazos.

— ¡Nada de preguntas y a comer! Vengo muerto de hambre.

Isabel, sin decir palabra, se dirigió al comedor a poner otro cubierto. Anselmo la saludó dándole un golpecito cariñoso en el hombro. Ella lo miraba con ojos apasionados, extáticos, que parecían llenarse de luz apenas se posaban en él.

— ¡Magnífico! — exclamó el joven, y empezó a devorar un trozo de carne asada que Sabina acababa de servirle.

Era un guapo mozo Anselmo Urdaneta. Alto, fornido, respiraba alegría y salud. La frente altanera bajo el pelo rubio que llevaba bastante largo; los ojos claros, entre soñadores y audaces; el mentón corto y recio, irradiaban virilidad y gracia al mismo tiempo. Sus movimientos algo bruscos y como contenidos, ha-

cían pensar en una gran energía oculta que oscuramente buscaba el medio de manifestarse. Vestía a la usanza gaucha, holgada bombacha sobre la bota de potro; pero en la "rastra" que abrochaba un hebillón de oro en forma de águila, se alineaban los soles peruanos, los fernandinos españoles y viejas monedas extranjeras como visibles ejecutorias de su posición social y su fortuna.

— ¡Ah, qué días nos has hecho pasar! — refunfuñaba la abuela —. ¡Parecía que el tiempo se había empacado! ¿Por qué no mandaste un mensaje con Avilés, el puestero? Bien podías imaginarte que estábamos desesperadas. Y meneaba la cabeza fingiendo amenazarle.

— Bueno, bueno: ya me tiene aquí sano y salvo.

— ¡Gracias a Dios! Pero, ¿por qué no lo hiciste? ¿Quedó Boedo en lugar seguro?

— ¡Déjelo comer, tía! — suplicó tímidamente Isabel.

— Ahora contestaré a todo, señora curiosa — dijo Anselmo, retirando el plato —. No regresé inmediatamente, porque las partidas del gobierno vigilaban todas las sendas y caminos, y temí que algo sospecharan si me encontraban en las cercanías del puesto. ¡En los tiempos que corren hay que desconfiar hasta de la propia sombra! No mandé a Avilés, porque lo envié a la ciudad a ver qué se decía de Boedo por ahí.

— ¿Y qué noticias trajo?

— ¡Oh, muchas! El pueblo está hecho un avispero. Algunos, creen que Puch no tiene muchas ganas de echar el guante a Boedo ni a los coroneles Chaves y Pereda, también complicados en el motín; otros, afirman que se los busca para enviarlos a Jujuy a disposición del general Roque Alvarado; los más, que el general Lavalle urge para que sean apresados y fusi-

lados en el acto. Avilés vio entrar ayer a Salta un escuadrón de caballería del ejército unitario enviado desde Tucumán y, según se murmuraba, venía por Boedo. ¡Vaya uno a saber! Lo cierto es que, si Oribe no llega pronto y triunfa, no quisiera estar en el pellejo de Boedo.

— ¡Qué tiempos, Dios mío!

— Y por aquí, ¿no ha ocurrido nada?

Como la abuela no respondiese, Anselmo fijó sus ojos en ella. La anciana parecía inquieta: un leve temblor agitaba su mentón, y un surco le cruzaba la frente. Hizo un gesto casi imperceptible como indicando a Isabel, que con los ojos bajos, estaba abstraída. El nieto comprendió y guardó silencio. Instantes después se dirigió a su aposento.

— Voy a ver si necesita algo — dijo doña Jacoba, y, fingiendo indiferencia, salió tras él.

— ¿Qué ha sucedido? — preguntó Anselmo no bien la vio entrar en su habitación.

— Parece que Viviano se ha fugado — repuso preocupada la abuela —. Lo mandé ayer de mañana al pueblo y hasta ahora no ha vuelto. Lo peor es que sospecho que se ha enterado de la presencia de Boedo en esta casa. Varias veces lo he sorprendido huroneando cerca de la despensa.

Viviano era un peoncito indio que trabajaba en la finca. Anselmo recordó con inquietud que, unos días antes de la llegada de Boedo, después de comprobar un hurto perpetrado por el muchacho en perjuicio de un vecino, se había dejado arrastrar por el genio, y le había dado unos pescozones. Era muy posible que tratara de vengarse. En todos los tiempos existen tenebrosos abismos de maldad en el alma del hombre y, en el año 1841, relajada la moral y enardecidos los odios por una cruenta guerra civil, eran frecuentes las delaciones... ¿Y quién ha podido saber nunca lo que

oculta el corazón hermético de un indio?

— ¿Lo crees capáz de traicionarnos? — preguntó ansiosa doña Jacoba —. No te lo dije antes por no alarmar a Isabel que, felizmente, no se ha dado cuenta de nada. ¡Es tan poquita y nerviosa, y estaba tan afligida la pobre! — Calló unos instantes y luego prosiguió:

— No, no lo creo capaz. Ha comido nuestro pan y se le ha dado el mismo trato que a una persona de la familia. ¡No, no es capaz! — insistía, tratando de tranquilizarse a sí misma.

— He dejado el caballo en casa de Anastasio Guzmán — contestó Anselmo — y he rodeado a pie la laguna para que nadie me viese llegar por el camino o me oyese cruzar los pantanos. Es una lástima. ¡Hombre a pie, es medio hombre!

— ¿Crees que algo pueda ocurrirte?

— Hasta ahora nada indica que se me sospeche, pero según andan los tiempos...

Volvieron al comedor.

Sultán daba señales de inquietud: gruñía con el pelo erizado sobre el lomo y entiesaba las orejas. De repente ladró con furia, y arremetió en dirección a la puerta que daba a la galería. Anselmo apaciguó al perro; con un gesto indicó a las mujeres que callaran; se acercó en puntillas a una ventana, y atisbó por entre las rendijas de un postigo. Como hombre nacido y criado en el campo, tenía muy fino el oído, y pronto tuvo la certeza de que un grupo de soldados se aproximaba por el camino de Salta. A pesar del rumor que levantaba el viento, le llegaban, claros y distintos, el chacoloteo de los sables y el tropel de las cabalgaduras. — "Vienen por mí" — pensó —. Se volvió hacia su abuela y le dijo en voz baja:

— Es una patrulla. A estas horas, y en este sitio, es más que probable que ande en mi busca. Vivia-

no me ha delatado. No hay que alarmarse, porque no he cometido ningún delito. Pero no quiero caer en manos de una partida irresponsable. Dentro de unos días, yo mismo me presentaré a Puch, que es un caballero. Mucha calma, abuela. y trate de ganar tiempo. Usted es valiente. ¡Y, por Dios, ni una palabra sobre Boedo!

Abrazó a la anciana, estrechó las manos a Isabel, y se lanzó a la carrera por la puerta del fondo.

— Es mejor que te vayas a tu pieza — dijo doña Jacoba a su sobrina. Esta obedeció. Ya la partida se detenía frente a la casa. Oíase claramente la charla de los hombres y el piafar de los caballos. Unos pasos lentos y pesados resonaron en la galería, y alguien golpeó, al parecer con la culata de un arma, la puerta del comedor. Doña Jacoba permaneció inmóvil conteniendo la respiración. El que llamaba, no demostraba gran prisa: daba uno o dos porrazos, y luego hablaba en voz baja. Pero acabó por impacientarse, hizo temblar la hoja de un golpazo, y gritó:

— ¡Abran!

La voz no tenía nada de brutal. Era más bien gangosa y aflautada. La anciana sonrió para sus adentros. Se sentía muy tranquila y esperó. Un nuevo golpe, cuyos ecos rodaron lúgubremente por el caserón casi desierto, la decidió a contestar. Se dirigió, sin apresurarse, a la puerta y preguntó:

— ¿Quién llama?

— ¡El capitán Candelario Santoya, del Ejército Libertador al mando del general Juan Lavalle!

Doña Jacoba notó que su interlocutor había puesto mucho énfasis en la palabra capitán. — Un vanidoso — pensó — y volvió a sonreír.

— ¿Qué se le ofrece?

— Abra y se lo diré.

— ¡Un momento! — removió la tranca de la puerta, y añadió:

— Pase.

Entró un hombre obeso,de corta estatura. Vestía de chiripá y arrastraba con ostentación las rodajas de unas enormes espuelas. Usaba el pañuelo celeste y el poncho azul divisa de los unitarios. Un sable de caballería le llegaba hasta muy abajo de las pantorrillas. Se llevó una mano al ala del chambergo esbozando un saludo militar, se inclinó, y se dirigió a una silla, en la que se dejó caer pesadamente.

— ¿La señora de Urdaneta? — preguntó con la misma voz aflautada y nasal con que, momentos antes, había llamado.

— Con ella habla. ¿En qué puedo servirlo?

— Busco a su nieto. Un penoso deber, señora, pero las órdenes son órdenes. Parece que ese joven anda en malas compañías. — Suspiró: ¡Son tan imprudentes los muchachos!

La luz le daba en pleno rostro. Era cariancho, blandujo. barbilampiño. Tenía la piel lustrosa y la papada temblona le desbordaba por encima del pañuelo. Bajo los párpados entreccerrados, chispeaban unos ojuelos huidizos, astutos, que acechaban de continuo con disimulo. El color moreno cetrino de la cara, la cabellera ensortijada y lanosa, y el abultado belfo violáceo, delataban, una generación atrás, al ascendiente negro. Sus gestos irradiaban untuosidad hipócrita, dulzonería viscosa y artera.

Doña Jacoba, que había permanecido de pie, contestó:

— Mi nieto no se encuentra aquí, capitán.

— Así parece, señora, así parece. ¿No me equivoco si afirmo que, en esta mesa, han cenado tres personas? — respondió mirando de reojo al mantel, sobre el que se encontraban tres cubiertos y, alargando un brazo, se llenó una copa de vino que bebió sin respirar. Se enjugó los labios con el dorso de una mano y

chasquó, goloso, la lengua.

— ¡Ah, muy bueno, muy bueno! — prosiguió —. ¿Es de Cinti, señora?

A pesar de su voz melosa y sus ademanes afeminados, sentíase en presencia de aquel hombre, esa repulsión y temor que inspiran los animales de sangre fría. Algo peligroso y siniestro emanaba de sus actitudes. Obraba con cierto desenfado, entre insolente y servil, que alarmó a doña Jacoba. La anciana decidió cuidar mucho de sus palabras y estar continuamente alerta. Sin responder a su última pregunta, contestó:

— No se equivoca, capitán. En esta mesa acaban de cenar tres personas. Vivo con una sobrina huérfana, hija de mi hermano, y esta noche se quedó a hacer penitencia con nosotros Anastasio Guzmán, mi administrador.

La sangre le afluyó al rostro. Jamás había mentido, y se sintió humillada. Temerosa de que el hombre advirtiese su turbación, le dio las espaldas y fingió arreglar algo en el cajón de un aparador. ¡Ah, si pudiera distraerlo unos minutos más, Anselmo se encontraría a salvo! Ganaría los senderos de la montaña, que conocía como nadie, y al amanecer estaría fuera del alcance de sus perseguidores. Tal vez ya estuviese llegando a casa de Guzmán. Una vez a caballo y en el bosque...

El ruido que hizo el capitán al retirar la silla para ponerse de pie, interrumpió sus pensamientos. Cuando se volvió, Santoya examinaba, aproximándola a los velones, una pistola que Anselmo, en su precipitación, había dejado olvidada.

— ¡Preciosa arma! ¡Admirablemente construída! ¿Es inglesa?

— Creo que sí; mi hijo la trajo hace muchos años de Lima.

— Con su permiso — dijo el capitán, y salió al

corredor. Cuando volvió, doña Jacoba advirtió que no traía la pistola.

— Lo lamento mucho, señora — se excusó — pero tengo que hacer registrar esta casa... Un penoso deber... usté disculpará...

— No tengo ningún inconveniente: puede usted hacerlo.

El mestizo se aproximó a la puerta que daba a la galería y cuchicheó con sus hombres. Dos de ellos cruzaron el comedor; dos indiecitos astrosos, descalzos, con melenas sujetas por una vincha que les llegaban a los hombros, cubiertos de ponchos deshilachados y mugrientos; el uno, armado de un fusil; el otro, de una lanza hecha con una tacuara, en la que se había amarrado un cuchillo. Dejaron tras sí una apestosa estela de aguardiente. Doña Jacoba precedió a los soldados a fin de prevenir a Isabel.

El registro duró unos diez minutos. De regreso al comedor, uno de los hombres informó:

— Aquí no hay nadie, mi capitán.

La anciana respiró. Creyó haber despistado a la partida, y que ésta se retiraría de inmediato. Pero no fue así. Santoya no se movió de su silla. Parecía esperar que algo ocurriese. Una sonrisa maligna vagaba en sus labios y le brillaban los ojos. Por momentos inclinaba la cabeza como si escuchara, y una mueca cruel le contraía el rostro.

El viento calló bruscamente. Se produjo un silencio tan hondo, que se oyó el gorgoteo de la acequia entre las piedras del cauce y los chillidos de una bandada de "huaschillas", perdida en la noche. Los gritos de las aves parecían impregnarse en la soledad de un extraño acento de desolación y descender, como un clamor angustioso, de lo alto del cielo. Doña Jacoba recordó las palabras de Isabel y se estremeció. A ella también le pareció sentir que algo pavoroso se forma-

ba en la sombra y avanzaba, ineluctable, en las tinieblas. Santoya, evidentemente, la espiaba. Irguió la cabeza y trató de parecer indiferente.

El estampido de una arma de fuego desgarró, de pronto, el silencio. El capitán se puso rápidamente de pie y se dirigió a la galería. Alguien gritó en la obscuridad y resonó el pedregullo del jardín bajo el taconeo de un hombre que partía a la carrera. Después, pareció tornarse más densa y pesada la calma de la noche.

— ¡Qué será de la pobre Isabel! — exclamó doña Jacoba, y se dirigió presurosa a su habitación. La encontró presa de un ataque de nervios. Retorcía los brazos y la sacudían los sollozos. La anciana le hizo aspirar un frasco de sales y le colocó una compresa fría en las sienes, mientras la acariciaba y le hablaba dulcemente. Afuera, volvía a embravecerse el viento y se oían los roncos ladridos de Sultán. Sabina se asomó en puntillas a la puerta del aposento. Iba a decir algo, pero doña Jacoba le hizo señas de que callara, cruzándose un dedo sobre los labios. Isabel cerró los ojos y su respiración se tornó rítmica y tranquila. La anciana salió en silencio y se dirigió al interior de la casa, en busca de la sirvienta.

— ¿Qué hay? — le preguntó.

— Han hecho un tiro pa'l lao i la laguna.

— ¡Ya lo oí, mujer! ¿Es eso todo lo que tenías que decirme?

— Viviano anda con los soldaos.

— Me lo figuraba.

— Yo lo hi hablao.

— ¿Y qué dice?

— Dice que, antes de llegar aquí, lo tomaron a don Guzmán y lo azotaron, y que el niño no podrá escaparse, porque le han agarrao el caballo, y han puesto guardias en todas las salidas.

¡Ah, por eso el capitán Santoya sonreía y esperaba sin prisa! Doña Jacoba comprendía ahora la actitud del mestizo, que antes había despertado su curiosidad. Por primera vez en la noche, se sintió dominada por el miedo. Hizo un esfuerzo desesperado por serenarse y volvió al comedor. No encontró a nadie en él. Del lado de la laguna, llegaba el eco de un vocerío, como el rumor de una disputa; luego se oyó el tropel de un caballo que se alejaba al galope. Por la puerta que daba afuera, veíase pasar y repasar la silueta de Santoya, meditabunda.

Las voces iban aproximándose y, momentos después, Anselmo, rodeado de soldados, entraba a la galería. El capitán ordenó que lo condujeran al comedor; lo siguió pegado a sus talones, e hizo señas a sus hombres de que se retiraran. Como advirtiese la presencia de doña Jacoba, preguntó:

— ¿Podría hablar a solas con su nieto?

— Preferiría estar presente.

Santoya se encogió ligeramente de hombros. Se repantigó en un sillón, arrojó el chambergo sobre la mesa y cruzó las manos sobre el abdomen con los dedos entrelazados; unas manos adiposas, casi cuadradas, con dedos cortos y regordetes y las palmas de un color mucho más claro que el del dorso. Durante unos minutos, hizo girar los pulgares como un molinillo, con la vista clavada en el suelo.

Anselmo lo miraba sin despegar de él los ojos, como fascinado. Estaba muy pálido y apretaba los labios. En uno de los pómulos, tenía un rasguño del que manaba un hilillo de sangre que había salpicado de lunares rojos la blancura de la chaqueta. El largo cabello rubio le caía sobre la frente. Llevaba las manos atadas sobre la espalda. El capitán eludía las miradas del prisionero, pero lo espiaba por debajo de los párpados entrecerrados. El silencio se henchía de espec-

tación angustiosa.

— Tengo orden de prenderlo — dijo por fin Santoya.

Anselmo no contestó.

— Está acusado de complicidad — prosiguió el capitán — en el motín que estalló en la plaza de Salta, acaudillado por los mazorqueros Boedo, Chaves y Pereda.

— Mi nieto — interrumpió doña Jacoba — jamás se ha mezclado en política. El día del motín no se movió de esta casa, como pueden atestiguarlo todos los vecinos.

Santoya se inclinó. En su actitud había algo de burla, pero el antepasado esclavo parecía obligarlo a exagerar la reverencia, que resultaba sinuosa y servil.

— Si la señora me permite... No sólo es culpable el que toma parte personal en un motín: lo es también el que presta ayuda o esconde a los forajidos que lo encabezaron. Así lo dicen las proclamas del general Lavalle y el bando del gobierno de Salta. Y aquí, en esta casa, ha estado oculto el llamado coronel Boedo.

Calló, pero como nadie le respondiese, continuó:

— Tengo pruebas de ello. Entre mis hombres anda un tal Viviano. ¿Desea que lo haga venir? — concluyó dirigiéndose a Anselmo.

— ¡Mi nieto no acostumbra discutir con sus sirvientes! — respondió doña Jacoba con dignidad.

— ¡Cállese, abuela! ¡Se lo pido por favor! — exclamó Anselmo. Y luego dirigiéndose al capitán, añadió:

— Cumpla su orden: no tiene más que conducirme a la ciudad y entregarme al gobierno.

Era en lo que menos pensaba Santoya. Los unitarios del ejército desconfiaban de Puch, hombre dis-

tinguido al que repugnaban los procederes sangrientos. El capitán deseaba apoderarse de Boedo, la presa gorda, para bienquistarse con los jefes, procurarse un ascenso, escalar un grado en la jerarquía social. No lo consideraba difícil. "Todos los hombres son cobardes — pensaba — y todos tienen su precio". Cuando habló, su voz era más insinuante y meliflua que nunca.

— No sé si usté, joven, se da cuenta exacta de su situación. Usté piensa que Puch puede salvarlo. Está completamente equivocado; el General está decidido a hacer un escarmiento. Yo mismo puedo mandarlo fusilar, puesto que se ha resistido, y ha hecho fuego sobre mi tropa.

— Eso no es verdad. Yo estaba desarmado.

— ¿Desarmado? — Santoya se puso de pie y gritó:

— ¡Sargento!

Se presentó un hombre de rostro patibulario, rayado de cicatrices.

— ¿No ha quitado usté una pistola al señor después que éste le disparó un balazo con ella?

— ¡Cierto, mi capitán! — contestó el hombre — . ¡Vela' aquí'stá! y, metiendo las manos debajo del poncho, sacó el arma de Anselmo.

— ¡Eso es una infamia! — exclamó doña Jacoba — . Usted mismo encontró esa pistola en esta habitación.

Santoya hizo como que no la oía y continuó dirigiéndose al prisionero:

— Ya lo ve. Todos declararán lo mismo. ¡El capitán Santoya sabe hacerse respetar de su tropa!

— Si usted se propone asesinarme, hágalo.

— Usté me juzga mal, joven, muy mal. Yo tengo intenciones pacíficas. ¿Qué ganaría yo con su muerte? Si mis soldados no lo mataron ya, es porque

yo lo ordené así.

Calló como si esperase una palabra de agradecimiento, pero el prisionero permaneció silencioso, con una sonrisa en los labios y una chispa de malicia en los ojos.

En ese momento Isabel entró al comedor. Caminaba como una sonámbula, rígida, con los ojos muy abiertos. Se deslizó, sin hacer el menor ruido, y se sentó en un rincón. Nadie advirtió su presencia.

Santoya carraspeó levemente. Después continuó:

— Yo no quiero hacerle ningún daño; por el contrario, su juventud y su valor me han cautivado. ¡Los valientes se han hecho para entenderse con los valientes!

— ¿Y qué se propone usted entonces?

— Su suerte y su vida están en sus manos, joven. No tiene más que decirme en dónde se encuentra Boedo y hemos concluído.

— ¡Jamás! ¡Eso sería una infamia!

— Lo lamento muchísimo, pero en ese caso me veré obligado a proceder.

Todos comprendieron el eufemismo. Se podía escuchar el tumultuoso latir de los corazones. La muerte parecía revolotear en la habitación como un gran pájaro negro. Doña Jacoba, muy pálida, inclinaba el rostro sobre el pecho y apretaba los dedos para dominar la incontenible violencia de su temblor. Esperaba con ansiedad la respuesta de su nieto. ¿Deseaba que se salvase a costa de una vileza, o prefería que afrontase su suerte sin mancharse con la ignominia de una traición? Nada se traslucía de su actitud y, acaso, ella misma no hubiese podido decirlo en esos momentos.

— Con asesinarme — dijo Anselmo lentamente — no ganará usted nada. Mi muerte no le hará saber dónde se encuentra Boedo. No hablaré.

La abuela levantó la cabeza. Su rostro delicado, ascético, tenía la palidez de la cera, pero una luz orgullosa resplandecía en sus ojos. Suspiró dulcemente, como si acabara de librarse de algo que le oprimiese el corazón, y desde el fondo de su alma rogó a Dios por su nieto.

— Vamos, vamos — contestó Santoya —, no es necesario pronunciar palabras irreparables. Sería estúpido morir por un capricho. Hay un premio en dinero ofrecido por el gobierno para el que entregue a Boedo. ¿Por qué no aprovechar la oportunidad? ¿Acaso no lo hacen todos? Yo le prometo guardar el secreto y nos repartiremos el premio.

Anselmo se indignó. ¡Había quien osaba ofrecerle el dinero de Judas! ¡A él! Irguióse airado y, haciendo ademán de lanzarse sobre Santoya, gritó:

— ¡Canalla!... ¡Mulato!

Y como si le arrojara un salivazo, repitió:

— ¡Mulato!

El capitán se puso lívido. La cara cetrina se le jaspeaba de vetas verdosas. Le temblaban las manos, y en la comisura de los labios le asomaron pequeñas burbujas de saliva. Una mueca de furor retorcía sus facciones, y a los ojos entrecerrados y bizcos, pareció subir, en un fulgor siniestro, todo el odio ancestral acumulado en siglos de resentimiento, de humillación, de látigo. Era visible que hacía desesperados esfuerzos por reportarse. Se llenó un vaso de vino que apuró sin respirar. Después habló:

— Por última vez le doy ocasión de salvarse: dígame en donde está Boedo y lo dejaré en paz.

El prisionero guardó silencio.

Santoya se incorporó, y lentamente se dirigió a la galería. Volvió acompañado de dos soldados, que se colocaron a ambos flancos de Anselmo.

— ¡Llevenló! — ordenó.

No habían llegado a la puerta, cuando se oyó un grito pavoroso:

— ¡Capitán!

Todos se volvieron. Era Isabel.

— ¡Ah! ¿Estaba usté aquí, palomita? — exclamó Santoya.

— Capitán — prosiguió Isabel —, usted dijo que si Anselmo le indicaba el lugar en donde se encuentra Boedo, lo dejaría en esta casa. ¡Yo se lo diré!

— ¡Cállate! — gritó el joven.

Pero Isabel no escuchaba ni oía nada. Temblaba como una hoja; el estrabismo parecía pronunciársele y, en el fondo de las pupilas, llamear un fulgor de locura.

— ¡Júreme que lo dejará aquí, con nosotros! — clamó.

— Se lo juro. ¡Aquí se quedará!

— ¡Boedo está en el puesto de Avilés, en las Chachapollas!

— ¡Miserable! — le gritó Anselmo, mientras era empujado hacia afuera por los soldados.

Santoya salió tras ellos.

— ¡Es claro que lo dejaré! — mascullό —. ¡El Capitán Candelario Santoya, el mulato Santoya nunca falta a su palabra! ¡Aquí se quedará... para siempre!

Sonreía.

Segundos después, sonó una descarga que hizo temblar las puertas, como si un pelotón hubiese hecho una salva; luego el estampido de un arma aislada, y el tropel de la partida que se alejaba al galope. Se hizo el silencio, y volvió a oírse el gorgoteo musical de la acequia.

— ¡Era mío! — dijo Isabel —. ¡Yo lo adoraba! ¡Y ahora está solo, ensangrentado, en las tinieblas! ¡Debemos recogerlo! — Y rompió a llorar con des-

consuelo infinito.

— ¡Llora, hija mía! — murmuró doña Jacoba—. ¡Dichosa tú que puedes llorar! ¡Mis ojos están secos! ¡Ya no tengo lágrimas!

Sultán husmeó el cadáver, lamió la sangre que le corría por el rostro, y desasosegado sabe Dios por qué rumores o espectros, ladró, enfurecido, a la noche.

LA SEQUIA

A Cuti Pereira

De la esterilidad es oprimido
el monte, el campo, el soto y el ganado;
la malicia del aire corrompido
hace morir la hierba mal su grado;
las aves ven su descubierto nido,
que ya de verdes hojas fue cercado...

GARCILASO, Egloga tercera

Lloverá? preguntó don Magín Torrijos, paseando su inquieta mirada por el cielo.

Don Melchor Jurado, su compadre, se colocó la diestra a guisa de visera sobre las cejas, y hundió sus ojos blancuzcos en el oro brumoso del nublado que cubría las lejanas laderas de El Sapla. Después escrutó, ceñudo, el cenit y exploró la roja lumbrarada del crepúsculo, que incendiaba el poniente. Meditó un buen rato, meneó la cabeza, y dijo:

— ¡De llover, ha'i llover! — Y, tras un largo silencio, añadió:

— ¡Sólo que no llueva!

Con estos pocos claros pronósticos del augur debió contentarse don Magín. Finalizaba noviembre y habían pasado veinte días sin que cayera una gota. Los maizales comenzaban a amortecer. El pasto no acababa de brotar, y los árboles tomaban un aspecto polvoriento y triste con sus hojas abatidas, que un sol implacable iba encarrujando y tiñendo de amarillo pálido. El caudal de las acequias amenguaba día a día.

La tierra sedienta, requemada, parecía clamar por las caricias del agua.

— De no llover pronto, fiero se va a poner — contestó don Magín.

— Y con tan poco como se ha podío sembrar este año, no sé qué va a ser de la gente.

— Yo, a gatas, hi alcanzao a semillar dos pañuelitos de máiz en el potrero de arriba.

— Yo ni eso. Una rayita i capia pa choclos es todo lo qu'hi puesto.

— ¡Ahá!

Los compadres charlaban en casa de don Magín. Componíase ésta de dos cuartujos de adobe sin revoque y una pequeña galería sin embaldosar, cubiertos por una techumbre de cañizo, barro y paja. De una de las habitaciones salía por un ventanuco que daba al corredor, un humo espeso, saturado de olor a carne asada. Al frente, levantábase un algarrobo, en cuyas ramas inferiores se apoyaban algunas escalerillas, formadas de palos atados con tientos para facilitar la ascención de las gallinas. La boca negra de un horno se abría al cobijo de un bosquecillo de churquis. Unos metros más allá, un cerco de tunales y espinillos, separaba al fundo de la carretera que une al Bordo de la Isla con Santo Domingo y El Chamical. Por detrás de la casa, extendíanse unas diez hectáreas de tierras labrantías y, en el fondo, cerraban el horizonte los altos tipales de la Isla.

— Menos mal que usté es rico, pero yo tengo que pagar arriendo — dijo don Melchor.

— ¿Rico? ¡De ande! ¡A gatas pa ir tirando! — replicó don Magín —. A pesar de sus negativas, se adivinaba que se sentía halagado.

Don Magín era considerado en El Bordo como hombre de buen pasar. Poseía, amén de algunas tierras, tres o cuatro carros tirados por mulas, con los

que transportaba mercaderías de la Estación Perico al pueblo de El Carmen; alrededor de cincuenta vacunos y buenos caballos de silla, en los que gustaba gallardear en carnavales y carreras. De ordinario no calzaba ojotas, como la mayoría de los labriegos del lugar, sino que gastaba botas y, lujo desusado, cubría el enorme bocio con que lo había dotado la suerte, con llamativos pañuelos de espumilla de seda.

— Si la seca no afloja, va a tener que sacar a la Santa — insinuó don Melchor.

— ¡Hum! — gruñó, evasivo, don Magín.

— Ya nomás se puede ir preparando.

— Mejor es esperar. Denó la gente dice que uno lo hace por interés.

Torrijos poseía una pequeña imagen de Santa Bárbara que, en El Bordo de la Isla y lugares cercanos, gozaba fama de milagrosa. Cuando el cielo se ponía duro y escaseaba la lluvia, se organizaba un "misachico" en su honor y, horas o días después, se descolgaba un aguacero o, en el peor de los casos, una garúa o un chaparrón. En tales solemnidades, se fabricaban chicha y empanadas en casa del dueño de la Santa, las que se vendían, para sufragar los gastos que ocasionaba la misa, a los concurrentes a la rogativa. Y nunca, según acababa de insinuarlo don Magín, faltaba una mala lengua que propalase que, sin mayor necesidad, se hacían procesiones porque resultaban productivas al feliz propietario de la bienhechora.

— ¡Lo qu' es este año, si no me vienen a ver todos los interesaos, no' hi sacar la Santa, aunque me muera'i sé!

Como atraída por estas palabras, salió en ese momento de la pieza que servía de cocina, una mujer bajita, muy morena, de abultadas caderas y pechuga imponente. Venía desgreñada y, por sobre las viejas alpargatas que calzaba, se alzaban sus flacas pantorri-

llas negruzcas. En uno de sus pómulos traía adherido un trocito de papel de los que usan para liar cigarrillos, y sobre la frente, sujetas con un pañuelo, algunas hojas de naranjo untadas en sebo.

— ¡Tenís razón, Magín! — exclamó —. ¡Son unos desagradecíos! ¡Y ya'stoy vieja y cansada de andar en boca'i la gente! ¡Cómo si juera tan fácil sacar buena la chicha y jugosas las empanadas! ¡Una se desvive por servirlos y ni por eso dejan de hablar! ¡Pero cuantito se les comienzan a secar las sementeras, ya andan jumetriando pa que saquemos la Santa! ¡Cómo si uno tuviera obligación y ellos jueran los dueños! — Se restregó las manos en su sucio delantal y tendió la diestra al visitante.

— ¡Disculpe, compagre Melcho, si por renegar no lo'hi saludao! ¿Cómo va la comagre?

— Bien nomás.

— ¡Si ya no hay aguante! — continuó la mujer —. Y todo, ¿pa qué? ¡Cómo si se ganara algo!

— Ya los curas de áura — explicó don Magín — no son como los de antes, que se conformaban con un pavo, una gallina y tres o cuatro pesos. ¡Aura quieren plata! La otra ocasión que mós llevao a la Santa, quince pesos nos ha cobrao el Pagre Melquiades. Y tuavía nos ha dicho que, otra vez, no ha'i recibir menos de veinticinco.

— La verdá es que no hace cuenta — confirmó la mujer.

El viejo Melchor sonreía. Sabía a qué atenerse. Las reuniones que precedían y seguían al misachico, no podían producir menos de cincuenta o sesenta pesos líquidos a los felices dueños de la milagrosa, suma que no era de despreciar en aquellos pagos. El había echado sus cuentas y la envidia lo devoraba. Tratando de parecer indiferente, propuso:

— Ya que'stán tan disconformes, ¿por qué no

me la venden a la Santa? Yo se las hi pagar bien.

Marido y mujer, sorprendidos, cambiaron una mirada.

— No me animo — contestó al fin don Magín —. Tá bendecida en Jujuy, y si la vendo, a lo mejor s'enoja y nos trái la desgracia.

— ¡Cuenteros! — se dijo para sí don Melchor.

De un rastrojo cercano, llegaron gritos despavoridos:

— ¡Mama!... ¡Mama!... ¡Mamaaa!

— ¡Andá, Candelaria, a ver qué le pasa a la Trini! — ordenó don Magín.

— Han de ser aspavientos de la chinita — contestó la mujer, y lentamente se dirigió en dirección de los gritos.

Momentos después, volvió acompañada de una muchacha que traía un gran atado de ropa sobre la cabeza, y cuchicheaba en tono nervioso. Era esbelta y bonita, blanca y de ojos claros. Algunos maliciosos afirmaban que en nada se parecía a don Magín y que, en cambio, tenía una extraordinaria semejanza a cierto ingeniero gringo que, años atrás, había andado por El Bordo haciendo una mensura.

— Se han robao las camisas que había tendío en el cerco — decía la muchacha, muy encarnada.

— Eso pasa porque no sabís ver nada y andáis siempre abriendo la boca — contestó la madre.

Don Melchor contó que en casa de don Telésforo Guantay, había desaparecido una damajuana de vino, y que a don Goyo Pantoja le habían robado una gallina.

— Es que con la seca — concluyó — la gente no tiene qué comer. Por eso han comenzao los robos, y Dios quiera que no ocurran desgracias mayores.

Después se marchó.

La luna, rodeada de un halo rojizo, asomaba por detrás del algarrobo, y en el vaho ardiente que exha-

laban los campos, palpitaba el ansia febril de la tierra atormentada.

Pasaron varios días sin que lloviese. El sol tostaba desde el alba. No se veía una mata verde por ninguna parte. Los campos amarillentos, secos, llenos de polvo, estaban más tristes y desnudos que en invierno. El ganado comenzó a padecer. Las reses, convertidas en pavorosos esqueletos, se arrastraban, tambaleantes, hasta las aguadas y, encontrándolas secas, se detenían en las orillas con las cabezas gachas. En sus ojos enrojecidos, llameaba la oscura y patética desesperación de la bestia. Después de unas horas, caían para no levantarse más. Entonces el cielo se llenaba de cuervos. A veces soplaba viento y un hálito de hoguera calcinaba la tierra. En la falda de los cerros, se producían incendios que duraban varios días. Por los caminos, vagaban perros atacados de rabia. El bochorno asfixiaba.

Don Magín no daba señales de vida. La sequía lo perjudicaba menos que a los otros lugareños, porque contaba con la renta que le proporcionaban sus carros. Las mulas se mantenían con alfalfa seca, que compraba en fardos a poco costo. Con la astucia innata del campesino, dejaba correr el tiempo en la seguridad de que, si el cielo continuaba duro, sería buscado y rogado para que sacase la imagen y, entonces, él impondría condiciones.

La malquerencia y resentimiento de sus vecinos comenzó a arreciar. Al principio su actitud sólo causó extrañeza. ¿Para qué era el dueño de la Santa, si no pensaba utilizar sus buenos oficios? ¿Qué mosca le habría picado? De las murmuraciones, se pasó a las críticas envenenadas y a las quejas amargas.

Los labradores, condenados a la holganza por la sequía, reuníanse a menudo en el almacén de El Bordo a beber al fiado, jugar a la taba y comentar interminablemente sus desgracias. Don Melchor, por lo bajo, excitaba los ánimos y atizaba el rencor.

— ¡Si yo juera el dueño y la Santa — decía — cuánto ha que hubiesemós tenío agua! Pero el Magín es muy agarrao. ¡Cómo si se la jueran a comer a la Santa o juera'i cera pa derretirse!

— Desde hace treinta años — observó doña Manuela — no se ha visto una seca igual. — Era la dueña del almacén: una vieja obesa, casi negra, con narices chatas y gruesos labios de toba. Una horrible cicatriz, que partía de la ceja izquierda y le llegaba hasta cerca de la garganta, le cruzaba el rostro, que parecía estar constantemente convulsionado por una mueca siniestra.

— Por lo mesmo — insistía don Melchor, obsesionado por su idea fija — habría que llevar ya no más a la Santa pa Perico y hacerle decir una misa.

— Dios da chancaca al que no tiene muelas — dijo sentenciosamente don Telésforo Guantay — un indio viejo, reseco y encorvado.

— Y usté que es andero, ¿porqué no lo ve a Magín pa que se deje i fregar y convoque de una vez pa'l misachico? — preguntó doña Manuela.

El cargo de "andero" — portador de las andas — era tradicional y hereditario. Andero había sido el padre de don Telésforo y andero su abuelo. Sólo ellos — los de su linaje — y los varones de la familia Pantoja, tenían derecho a izar las andas cuando Santa Bárbara era sacada de casa de don Magín para el misachico, y sólo ellos, el de conducirlas hasta frente del altar donde se celebraba la misa.

— ¿Y que acaso cree que no l'hi dicho ya en varias ocasiones?

— Como él es rico — dijo don Melchor — y no tiene apuro, se anda haciendo el lindo y haciendosé'i rogar. Si yo juera propietario y tuviera carros y ganao, claro que no se me habfa'i dar mucho del padecimiento ajeno.

— Asf es el cristiano — observó filosóficamente don Telésforo — siempre se rasca pa dentro y nunca pa ajuera.

Muchos hablaron a la vez. Era necesario hacer algo. No era posible quedarse indefinidamente cruzados de brazos, ni tolerar que el capricho de uno solo trajese la desgracia de todos. Habrfa que obligar a Torrijos a cumplir con su deber. Alguien habló de darle una paliza.

— Yo l'hi ofertao comprarle la Santa y áura le vo'a volver a hacer la propuesta — informó don Melchor.

— Mejor que no lo haga usté directamente — aconsejó don Telésforo —. Ya sabe que Magín no lo quiere mucho y que es hombre emperrao.

En aquel momento entraron al almacén dos campesinos. Eran don Policarpo Núñez, de Monte Rico, y don Mariano Alarcón, de San Vicente. Después de saludar, hablaron del tema que a todos preocupaba. En Monte Rico, los viñedos estaban a punto de secarse. Si no llovía pronto, no habría, durante algunos años, posibilidades de vendimia. Había sido imposible sembrar un grano de maíz. El ganado se estaba muriendo. Hasta las gallinas se habían apestado y, si las cosas no cambiaban, no se encontraría una ni para remedio. En el monte, se hallaban a centenares los pájaros muertos. En San Vicente, el molino había tenido que parar, porque no había agua suficiente para mover la rueda maestra.

— ¡Y pensar — dijo Núñez, que era propietario —, que el gobierno pretende hacernos pagar diez

pesos anuales por hectárea con el cuento del dique!

El labrador se refería al famoso embalse de Las Ciénagas. Hacía cerca de veinte años que se había proyectado construirlo. Se dijo, por entonces, que la obra duraría tres o cuatro años y se calculó su costo en cinco o seis millones de pesos. Resultó dos veces más cara y, después de quince años, aún no estaba concluída. Los "técnicos" oficiales, desoyendo los consejos de la gente práctica del lugar, habían situado las presas a bajo nivel, y no bien disminuía el caudal del río Perico, los canales de alimentación quedaban en seco. Iba a ser necesario levantar un murallón auxiliar para corregir ese error. Ya se había abatido, con ese fin, una nube de burócratas sobre el pueblo de El Carmen. A ese andar, el agua, que no se procuraba en cantidad ni aproximada a la prometida, valdría más que el oro y los agricultores se arruinarían bajo el peso del canon.

— ¡Si no nos venden los hijos y la mujer, no sé con qué piensan cobrarse! — concluyó Núñez acalorado.

— Yo hi venío — dijo Alarcón — con el encargo de los de San Vicente de verlo a don Magín pa que saque la Santa.

— ¡A güen monte va por leña! — comentó, escéptico, don Melchor.

Los recién llegados fueron informados de la actitud de Torrijos, que se negaba a la celebración del misachico, pese a todas las súplicas.

— De todos modos lo vo'a ver — dijo Alarcón —. Proponer no es ofender.

— Yo lo vo'a acompañar — propuso el de Monte Rico.

— Ofertenlé, como cosa de ustedes — les encargó don Melchor —, compra por la Santa. Yo ando interesao. Y cuantito me la entregue, cito pa la misa.

No podimos seguir sin agua.

Núñez y Alarcón se marcharon a entrevistarse con don Magín. Lo encontraron sentado a la sombra del algarrobo, ocupado de reparar algunas piezas del atalaje de sus carros. Los recibió sonriente como si nada ocurriera, haciéndose el desentendido, aunque bien colegía el objeto de la visita. Había llegado su hora.

— Mós venío a verlo pa que saque la Santa — comenzó Alarcón.

— Hasta áura no hi tenío cómo — repuso don Magín—; con el trabajo 'i los carros no tengo lugar pa nada.

Núñez, que creyó llegada la ocasión propicia para cumplir el encargo de don Melchor, insinuó:

— Y si usté anda tan atareao, ¿por qué no la vende a la Santa?

Don Magín se rascó la cabeza pensativo. Con la suspicacia siempre alerta del campesino, desconfiaba. Si querían comprarle la Santa, no sería por gusto, sino porque era susceptible de producir grandes ganancias. Además, sospechaba que el truchimán de don Melchor andaba atrás de la propuesta, y no quería tener tratos con él. Después de un rato, contestó:

— La Santa no es pa vender. Y se ha'i enojar la Candela. Ya saben como son las mujeres.

— Entós juerza es que la saque. Ya no es chacota la seca y, si no lo hace, se va malquistar, al cuete, con todo el vecindario.

— Si yo no me niego. Pero tienen que ayudarme a pagar los gastos. Yo solo no puedo cargar con todo. Cuando llueve, nadie se acuerda i la Santa. El año pasao, como l'agua ha sío abundante y ha llovío temprano, a gatas han venío pa la misa nueve o diez personas, y yo hi salío perjudicao en más de treinta pesos.

— Eso puede arreglarse.

— Si'stán dispuestos a pagar veinte por las empanadas, y treinta por el litro'i chicha, yo no tengo inconveniente — Don Magín acababa de duplicar los precios habituales.

Los visitantes se despidieron, prometiendo volver con la respuesta.

Como es dura ley la de la necesidad, los campesinos se vieron obligados a someterse a las imposiciones del codicioso don Magín. Prometiéronle formalmente concurrir al misachico y pagar los precios exigidos. La rogativa ya no podía demorarse. El cielo continuaba mostrándose implacable. No se veía una nube. El sol se rodeaba, al salir, de un nimbo rojo y, al ponerse, de celajes de un oro intenso, señales inequívocas, según los entendidos, de que la sequía no llevaba miras de cejar. A veces, muy lejos, temblaba en el horizonte un fulgor de relámpagos, y los labriegos suspiraban, pensando en lo dichosos que debían ser los desconocidos que, en algún lugar de la tierra, recibían en forma de lluvia las bendiciones de Dios.

La preparación de la chicha era historia que duraba una semana. Primero, era menester amasar las grandes tortas de maíz; luego, remojarlas y mezclarles levadura para que fermentasen; después, colar y hervir durante tres días con sus noches y por fin, esperar a que el cocimiento decantase. La primera de esas operaciones se hacía en un bateón de pacará; la segunda, en grandes ollas de hierro, y, la tercera, en ventrudos tinajones de barro. Tras esa larga faena, el rubio licor agridulce estaba listo para la venta. Doña Candelaria, ama de casa entendida y hacendosa, no paraba un segundo, y para asegurar una buena ganancia satisfaciendo a todos los gustos, mandó traer una

bordalesa de tinto y dos damajuanas de aguardiente para los aficionados a la "pata de cabra". Decidió también hacer buena cantidad de empanadas, fritas y al horno, y carnear un lechón. Después quitó el fanal a la imagen, arregló las vestiduras y oropeles de la Santa, y adornó las andas con descoloridas guirnaldas de campánulas de trapo.

— Ya podís ir haciendo las citaciones pa'l domingo — dijo un jueves doña Candelaria a su marido.

Don Magín, al día siguiente a la madrugada, ensilló y partió. Era necesario prevenir a los anderos y al bombero. El cargo de escopetero le correspondía por derecho propio, en su calidad de dueño de la imagen. Como barruntase que, por la sequía extraordinaria del año, aumentaría la concurrencia al misachico, llegó en su gira hasta sitios bastante alejados de El Bordo y a los que, hasta entonces, nunca había comprendido en la citación. Don Magín se apeaba en todos los ranchos a anunciar la buena nueva: la Santa sería sacada en andas; se la conduciría en solemne procesión a Perico de El Carmen, donde se le haría decir una misa, y concluirían las penurias. Así llegó hasta Los Lapachos. Al día siguiente recorrió Severino, Avalos y El Ceibal.

Desde el sábado por la tarde comenzaron a agolparse los peregrinos en los alrededores de la casa de Torrijos. Los que iban llegando descabalgaban y se dirigían, descubiertos, a la habitación donde la Santa, entronizada en una especie de altarcillo formado por un cajón colocado sobre una mesa, tendía sus bracitos sonrosados y acogedores, estremecida por el temblor de algunas velas de sebo. Los fieles se arrodillaban ante la imagen, se persignaban y mascullaban una oración. Algunos, para alcanzar favores especiales de la milagrosa, le traían la oferta de un candil y, después de rozar con él sus vestimentas, insistían en que que-

dara allí iluminando a la bienhechora.

El sitio sombreado por el algarrobo y el rastrojo vecino, poco a poco se convirtieron en un campamento. Los que venían de lejos, improvisaban un lecho con las prendas del ensillado y pedían forraje para sus cabalgaduras. El dueño de casa les proporcionaba un manojo de alfalfa seca o un morral con maíz, a precios nunca oídos. Los más se dirigían a la galería a brindar con chicha, vino y aguardiente o con menjunjes formados por la mezcla, en proporciones diversas, de los tres ingredientes. A medianoche, doña Candelaria, con la ayuda de su marido y de su hija, consiguió que los más calaveras se fueran a dormir, a fin de que estuviesen frescos al amanecer, hora en que partiría la procesión. Era necesario recorrer a pie cerca de siete kilómetros hasta la iglesia.

No bien comenzó a clarear, don Goyo Pantoja y don Telésforo Guantay colocaron a la imagen sobre las andas. Cargaron con ellas y las posaron suavemente en la galería. La concurrencia, congregada al frente, se ahinojó devotamente. Una voz de hombre, conmovida y ronca, se elevó por sobre el confuso rumor de las plegarias:

¡Danos agua, por favor:
te lo pide el pecador,
la tierra te lo demanda,
danos agua, por favor!

— ¡Danos agua, por favor! — coreaban los peregrinos.

¡Santa Bárbara bendita,
danos agua, por favor!

— ¡Danos agua, por favor!

Volvieron a levantarse las andas, para detenerse de nuevo a pocos pasos de la tranquera que se abría sobre el carril. Entonces don Magín, con un escopetón formidable, hizo un disparo al cielo. El eco se alejó rebotando, y fue a perderse, en un chasquido, por el lado de los tipales. Chisporrotearon varias gruesas de cohetes. Algunos caballos se encabritaron y se produjo un remolineo. Rehecha la columna, se puso al frente don Melitón Guaimás, el bombero. Traía colgado de los hombros, con una correa de suela, un tambor de regular tamaño que llevaba de canto sobre el vientre y, con una especie de mano de mortero envuelta en trapos, batió una marcha, a cuyo compás avanzó la procesión. En el camino, ya no se veían carrileras; el tráfico y la sequía lo habían convertido en una gruesa capa de polvo que, por lo fino, parecía cernido y que se levantaba, en una densa nube, bajo la planta de los peregrinos. Algunos, seguían a la imagen cabalgados; otros, a pie, con el sombrero en una mano y las riendas de sus rocines en la otra. Cuando la comitiva se aproximaba a un almacén, un rancho o un caserío, don Magín disparaba y el bombero redoblaba sus tamborileos para llamar la atención de las gentes. A media jornada, salieron de una choza miserable dos indios provistos de largos "herques" y sus notas lastimeras, semejante a un mugido, se mezclaron al sordo y monótono golpetear del tamboril.

Llegaron a El Carmen sudorosos, cubiertos de tierra, sedientos, y se diseminaron por los figones del pueblo en busca de refrescos, mientras don Magín se dirigía a la casa parroquial para hablar con el cura, don Melquiades Zulueta, un español de malas pulgas y no mejor fama. Era un hombrón gigantesco, de mandíbulas formidables y expresión brutal, tan barbado que, aunque acabara de rasurarse, tenía el rostro como sombreado por un tinte azul oscuro. Bajo la

frente estrecha, lucían dos ojillos grises, movedizos y desconfiados. Vestía una sotana raída, salpicada de lamparones verdosos. Sus manos, grandes y peludas, se apoyaban cruzadas sobre el vientre abultado y fofo. En una extremidad de la boca, sostenía eternamente una colilla apagada.

Recibió a don Magín de mal talante.

— ¡Bonitas horas de llegar!

Don Magín, haciendo girar el sombrero entre las manos, trataba de disculparse:

— Tába muy juerte el sol y el tierral por muy demás pesao, Pagre. ¡Cuándo mós podío apurar, pó!

— ¡Siempre tenéis un pretexto a mano! ¡Ya os conozco! ¿Habéis traído el dinero?

— A gatas veinte pesitos hi podío juntar — contestó don Magín.

Pero el cura tenía buen olfato, y no era persona de dejarse engañar, así como así, tratándose de intereses. No había venido a América para volverse a España con una mano atrás y otra adelante.

— Ya le dije que por menos de veinticinco pesos no podía encargarme de la misa. ¡Conque, llévese a su Santa adonde le plazca! ¡Hale!

— Vo'a ver si puedo completar — dijo don Magín y se dirigió a la calle.

Una vez lejos de las miradas del cura, sacó del cinturón un grueso rollo de billetes, y contó y recontó los veinticinco pesos que le pedía. Después volvió a la casa parroquial.

— Hi tenío que empeñarme pa darle en el gusto, Pagre — dijo.

— A ese precio, y habiendo llegado tan tarde, la misa no puede decirse colocando a su imagen frente al altar mayor. Eso le costaría cinco pesos más. Si no está dispuesto a pagarlos, la diré en uno de los altarcillos laterales pero, en esta forma, claro está que yo

no puedo garantizar su eficacia, de modo que, si se quedan sin lluvia, usted será único culpable.

El cura también procedía de casta de labriegos y conocía, a la perfección, sus tretas y tacañerías. Más que seguro estaba de que don Magín contaba con dinero. Se sentía defraudado, y la codicia atávica del campesino le asomaba al rostro, que empezaba a congestionársele.

— ¡Vamos, acabe usted!

— No tengo más que los veinticinco, Pagre. ¡Palabrita i Dios!

— ¡Allá usted!

En ese momento don Magín creyó ver la cara de don Melchor, aplastada contra el cristal de una ventana que daba a la calle. Cuando se volvió para sorprender al curioso, el rostro había desaparecido.

La misa se celebró, como el cura lo había dispuesto, en un altar lateral. Los concurrentes se admiraron un tanto ante lo inusitado de la ocurrencia, pero no dieron mayor importancia al hecho. Sólo don Melchor, mientras el misachico desandaba el camino de rumbo a El Bordo, de rato en rato, murmuraba en voz baja:

— ¡Ya mos de ver, maula!

La rogativa resultó un verdadero éxito pecuniario para don Magín. Se vendieron cinco o seis bateas de empanadas al horno, numerosos fuentones de fritas y no quedó una gota de chicha, de vino ni de aguardiente. El forraje que proporcionó a los peregrinos, le produjo pingües ganancias. Hasta el lunes, ya bien entrada la noche, no cesó en la casa del feliz poseedor de la Santa, el eco de las guitarras y el bullicio de los cantos.

Pero el tiempo se mantuvo seco. Transcurrió una quincena sin llover. El cielo parecía complacerse en dar chascos perversos, en jugar pesadas bromas a los desesperados labriegos. Durante varias tardes seguidas se preparó tormenta. Densos nubarrones de un color plomizo se amontonaban en la falda de las montañas y comenzaban a trepar, lentamente, hacia el cenit. El horizonte se iluminaba con el resplandor de los relámpagos y se oía rodar el fragor del trueno por las quiebras de las serranías.

— ¡La Santa'stá haciendo juerza! — decía uno.

— ¡Le'stán sonando las tripas al tata Dios! — exclamaba otro.

Y los rostros angustiados se volvían al cielo y se observaba, con el alma en un hilo, los signos que, según la creencia popular, son precursores infalibles de tormenta. Las chuñas, que suelen anunciar aguacero, chillaban jubilosas en los campos, las golondrinas volaban a ras del suelo, y hasta en los árboles secos parecía advertirse una misteriosa espectación, como un oscuro anhelo de retoñar, despertado por la brisa húmeda que llegaba de las montañas. Pero el viento cambiaba súbitamente de rumbo, barría el nublado y el sol volvía a brillar, irradiando olas de fuego sobre la tierra encandecida.

Fue necesario establecer un riguroso turno para el uso del agua que empezaba a secarse en las acequias. Cada uno de los vecinos, sólo podía contar con un "hilito" durante algunas horas. Con él trataban de salvar a los animales y a algún retazo de sembradío. Pronto comenzaron los conflictos y las pendencias. Los más pudientes hicieron custodiar las tomas con peones armados de winchester, a fin de evitar que, en las horas de la noche, les sustrajeran el agua desviando los cauces o forzando el candado de las compuertas. Cierta mañana se encontró un hombre acri-

billado a balazos junto a una represa y, por más averiguaciones que se practicaron, nada pudo saberse.

Don Melchor juzgó entonces que había llegado el momento de obligar a su compadre a venderle la Santa. El capricho se le había convertido en obsesión. Ensillaba al amanecer y emprendía expediciones misteriosas. Cuando regresaba, a veces pasada la medianoche, se sentaba frente al rancho, con los codos en las rodillas y el mentón en las manos, y en muchas ocasiones, ahí lo sorprendía el alba, meditando.

— ¡Ya te has de amansar, chúcaro! — exclamaba.

Un domingo en que se jugaba a la taba en el almacén de doña Manuela, decidió dar el golpe decisivo.

— Aquí tengo — dijo ante un corro de desocupados — una carta del Pagre Melquíades, en la que dice que Magín no ha querío pagarle lo que costaba la misa, y que sólo se ha conformao en darle pa que le diga una, así a las apuradas no más, juera del altar mayor. ¡Por eso no ha llovío!

— ¡Claro, la Santa tiene que haberse sentío! — apoyó doña Manuela.

— ¡Como que Magín la ha hecho pasar una vergüenza! — exclamó, indignado, don Telésforo Guantay.

Don Melchor, en sus excursiones anteriores, había difundido, en varias leguas a la redonda, lo ocurrido entre el cura y su compadre. Aseguraba haberlo escuchado todo por una rendija de la ventana. Pero, como los campesinos son de suyo desconfiados, y saben, por instinto, que los hombres mienten o exageran cuando se trata de sus intereses o de sus simpatías, y estaban al tanto de los manejos del murmurador, no le dieron mayor crédito. Pero ante el papel todos se convencieron. Nadie conocía, ni había visto jamás, la letra ni la firma del cura, lo que no fue inconveniente para que se lo considerara prueba irrefu-

table. La escritura, para el hombre de campo, es cosa sagrada e indiscutible. "¡Tengo mi papel!", suele exclamar, cuando alguien discute o duda de sus palabras o de su derecho.

La noticia se difundió con la rapidez del rayo por los contornos. La cicatería y desfachatez de don Magín quedaba al descubierto. Había ofendido a la Santa milagrosa de El Bordo, y así se explicaba que el cielo hubiese permanecido sordo a las súplicas de los atribulados labriegos. Torrijos era el culpable de los sufrimientos y miseria de todos. De la malquerencia y las murmuraciones, se pasó a los agravios y a los hechos. Una noche ardió misteriosamente un cobertizo próximo a la casa de don Magín; otra, amaneció muerta una yunta de mulas, según todas las apariencias, envenenada. Cuando concurría a alguna reunión, las gentes no le devolvían el saludo y se apartaban de él, como de un apestado. El hombre comenzó a sentir miedo, a temer que en una de las tantas veces que transitaba por el camino al frente de sus carros, algún oculto enemigo, emboscado tras de un árbol o un cerco, lo dejase tendido de un balazo.

Un buen día se presentó en el rancho de don Melchor y le dijo:

— Diga, compagre, ¿no fue chanza?

— ¿Chanza?

— Su oferta de comprarmelá a la Santa.

— Pa decirle la verdá, ya no soy interesao. — Y agregó con picardía —: Después de lo que ha pasao...

Don Magín disimuló el pullazo, e insistió:

— Barata se la hi dar, por ser usté...

— No tengo un cobre. ¡Con la seca!

— Se la hi dar al fiao... Siempre que me adelante alguito.

Discutieron durante varias horas, y nadie supo nunca, a ciencia cierta, cuánto pagó don Melchor o si

algo pagó por la Santa. Tanto él como don Magín, evitaban hablar del asunto. Lo cierto es que la imagen fue llevada al rancho de don Melchor y éste, sin tardanza, citó para un solemne misachico. Esta vez las cosas se hicieron en grande y la misa se celebró ante el altar mayor. La esperanza volvió a alegrar los corazones. El cielo no se dejó ablandar, sin embargo, y la sequía continuó haciendo estragos. Una sorpresa indecible se apoderó del ánimo de los campesinos. Si el sol hubiese salido por occidente, su asombro hubiera sido menor. ¡Fracasar la Santa Bárbara de El Bordo! ¡Era inconcebible! Doña Manuela encontró una explicación, que si no es la verdadera, a todos satisfizo.

— ¡La Santa — dijo — a causa que Magín no le ha hecho decir la misa como era debido, se ha desjuerzao! ¡Aura al vicio va a ser volverla a sacar!

Al año siguiente nadie concurrió al misachico que don Melchor quiso organizar a comienzos del verano. Un San Roque, de propiedad de un puestero de Severino, había conseguido una copiosa lluvia en los primeros días de noviembre y todos, como es natural, trataron de arrimarse al sol que asomaba y volvieron las espaldas al que llegaba a su ocaso.

Y así fue como pasó la gloria de la Santa Bárbara milagrosa de El Bordo.

EL DIARIO DE JUAN GABRIEL

A Bonifacio Bidau

— Por ventura, señor caballero — preguntó el del Bosque a don Quijote —, ¿sois enamorado?
— Por desventura lo soy — respondió don Quijote —; aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se deben tener por gracias que por desdichas.
CERVANTES, Don Quijote

La triste o tonta historia (de una u otra manera ha de ser inevitablemente juzgada) que va a leerse, llegó a mi conocimiento por una feliz casualidad. Me encontraba, hace algunos años, de vacaciones en mi provincia, y un ex compañero de colegio, Eugenio Iñartu, me invitó, y puso en ello mucha insistencia, a que pasara una temporada en su estancia de Los Sauces. Aunque el campo me fascina, la invitación no me seducía. Eugenio nunca me había sido simpático. Suelen gustarme, tal vez por contraste, los hombres de acción que orientan su vida hacia finalidades simples y concretas, sin amargársela con sueños irrealizables, ni complicársela con problemas espirituales insolubles. Pero guardaba muy malos recuerdos de Eugenio. De joven, había sido díscolo, intolerante, demasiado apegado al dinero; después, me habían llegado rumores que lo pintaban como hombre poco escrupuloso en sus tratos. Acabé por ceder sin embargo. "Al fin y al cabo — me dije — todo ser humano, si se sabe escudriñarlo, tiene algo interesante. Echemos una sonda en el alma de este prototipo de la vulgari-

dad circundante, y veamos lo que se pesca. "Lejos estaba de sospechar que me proporcionaría la ocasión de conocer un episodio íntimo de la vida de un amigo a quien quise mucho, y de quien, hacía largo tiempo, me había privado la muerte.

Cierta noche que estábamos de sobremesa, hablando de cosas indiferentes, Eugenio, de improviso, me preguntó:

— ¿Te acuerdas de Juan Gabriel, el hermano de mi padre?

— ¡Cómo no he de acordarme, si fue mi mejor amigo! Era un hombre interesante, talentoso, cultísimo; algo muy raro en nuestro país.

— Lo malo es que se fue en humo. Nunca hizo nada ni fue nada.

— Todo es relativo...

— Murió casi en la miseria — me interrumpió mi ex condiscípulo —. Heredó una fortuna que, para su época, era respetable, y ganó mucho dinero en el ejercicio de su profesión. Pero todo lo tiró por la ventana. Vivió rodeado de parásitos, de mujerzuelas, de francachela perpetua.

En la voz de Eugenio, vibraba algo de la indignación (¿envidia?) de la hormiga, cuando se entera de que la cigarra se ha pasado el verano cantando. Yo sonreía, divertido.

— No dejó un cobre. ¡Un fracasado!

La figura de Juan Gabriel Iñartu se presentó con rara nitidez a mis recuerdos. Era un hombre de baja estatura, físicamente vulgar. Sólo la amplitud orgullosa de la frente y la energía vivaz de la mirada, revelaban el talento y el alma superior de un artista. Fue, como se traslucía en las palabras de Eugenio, un hombre que desilusionó a todos. Su padre lo quería político: lo imaginaba un futuro gran presidente; pero Juan Gabriel opinó, como Flaubert, que "la política se

ha hecho para la canalla", y se negó rotundamente a mezclarse, para nada, con chalanes de comité y tahures electorales. Las mamás, cuando joven, lo juzgaron un buen partido; pero él se empeñó en morir soltero. Sus amigos esperaban vagamente de él algo grande: una obra científica o literaria, y él se fue de este mundo, encogiéndose de hombros, sin que nadie supiera que hubiese escrito una línea.

¿Qué clase de hombre, pues, había sido Juan Gabriel? ¿Un abúlico? ¿Un pesimista? ¿Lo condujeron a la inercia y la indiferencia esperanzas o ambiciones desmesuradas o enfrió su fe un desengaño prematuro? Muy difícil decirlo, porque nadie ha penetrado, ni penetrará jamás, en el íntimo secreto de una existencia. En lo que personalmente me atañe, Juan Gabriel fue un excelente, un noble amigo. Aunque me doblaba la edad, me dispensó ilimitada confianza. Gustos y tendencias afines habían creado entre nosotros un afecto sincero. Hombre de inmensas aunque desordenadas lecturas, fue mi guía espiritual. El me reveló el mundo maravilloso del Arte. Por él conocí a Homero, a Dante, a Shakespeare. Por él descubrí que, por encima del mundo miserable de los ruines afanes cotidianos, existe otro: el mundo inefable del espíritu y de los sueños.

Juan Gabriel se hacía antipático a todos aquellos que no lo conocían en la intimidad. No era tolerante con la necedad humana. La ironía y el sarcasmo eran sus formas habituales de trato. Sobre todo cuando alguien, en su presencia, expresaba alguno de esos sentimientos que, no sé por qué, suelen llamarse "románticos", solía burlarse de manera despiadada, grosera y hasta soez. Esa conducta me lastimaba. Yo era entonces muy joven, e ignoraba que esa actitud es frecuente en los hombres de espíritu delicado. Es una manera de evitar que miradas impuras penetren al

santuario del corazón, una autodefensa contra la propia tendencia a idealizar, tan peligrosa y perjudicial en el sucio mundo en que vivimos.

La voz de Eugenio interrumpió mis pensamientos.

— Juan Gabriel — dijo — dejó entre sus papeles una especie de diario, en el que cuenta una historia amorosa que no tiene pies ni cabeza.

— ¿Lo tienes a mano? — pregunté.

— Si. ¿Te interesa?

— ¡Ya lo creo!

— Voy a traerlo.

Eugenio entró en la habitación contigua que servía de escritorio. Lo oí abrir cajones y revolver papeles, rezongando. Volvió con un cuaderno de finas tapas de marroquí verde oscuro, que arrojó, con un gesto de desdén, sobre la mesa, exclamando:

— ¡Ahí lo tienes! ¡Léelo!

El diario estaba escrito en una hermosa letra de rasgos finos y redondeados. Los trazos originales y elegantes de las mayúsculas, revelaban un temperamento de artista; el uso frecuente de los caracteres de imprenta al hombre de cultura. Pero se notaba cierta vacilación en las líneas que me hicieron pensar, no sin cierto asombro, que, tal vez, el secreto de la extraña vida de Juan Gabriel se encontrase en la circunstancia de que hubiese sido un tímido. Fue sólo una impresión, pues no soy un grafólogo, ni tengo mucha fe en la grafología.

El manuscrito decía así:

"Buenos Aires, octubre 31 de 1918.

"Algo inesperado, y que presiento terrible, ha entrado en mi vida. El Amor ha llamado a mi corazón. Por primera vez, y he pasado ya de los cincuenta

años, ha latido loca, arrebatadamente en presencia de una mujer.

"¿Quién es ella? ¿De dónde viene? Apenas si lo sé. La he conocido de una manera casual, en casa de una familia de mi amistad. Como a través de un velo, vi un rostro muy pálido, unos ojos muy negros demasiado grandes para el rostro, y alguien murmuró en mi oído un dulce nombre latino: Silvia. Creo que me dijeron que venía de Lima. Tal vez llega de lo más hondo de mis sueños, o no es más que mis insaciados anhelos de ternura, hechos carne maravillosa.

"Alejado de ella por la llegada de otros visitantes, no dejaba, disimuladamente, de observarla. Me cautivó. Era uno de esos tipos delicados, que sólo producen las razas superiores y viejas, de una gracia frágil y etérea, en la que parece encarnarse un ideal secular de belleza femenina, oscuramente buscado por el alma siempre insatisfecha de los hombres. Lo que más llamaba la atención en su cara, era su movilidad: parecía cambiar constantemente. De pronto una sonrisa, que la transfiguraba, hacía aparecer, en sus mejillas encendidas, deliciosos hoyuelos; de pronto su rostro se contraía en un gesto de angustia, palidecía, y sus ojos parecían abismarse quien sabe en qué tristes visiones. Un ser luminoso — me dije apenas la vi —. Un ser dolorido — pensé cuando estreché, entre las mías, sus manitas extrañamente frías y desoladas.

"El dueño de la casa nos invitó a ambos a comer. Charlamos como si nos hubiésemos conocido toda la vida y, cuando se retiró, la acompañé hasta su hotel. Le ofrecí ser su "cicerone" mientras permaneciese en Buenos Aires. Ha aceptado.

"No hace ni dos horas que me he separado de ella y tengo la sensación de que ha transcurrido muchísi-

mo tiempo, años, desde que la vi por última vez. Un vago temor me asalta. ¿Qué va a ser, ahora, de mí? El Amor ha llegado demasiado tarde a mi vida y, al borde de la vejez, no suele ser un mensajero de dicha. Más que probable es que llegue acompañado del dolor. "Eros, dios abrumador", dijo el poeta antiguo. Pero todo es preferible a esta existencia incolora, inerte, de charca que ha sido la mía. Cuando se lleva una espina clavada en el corazón, se lo siente, por lo menos, latir".

"Noviembre 1º.

"Son las dos de la madrugada. A las doce la he dejado en su hotel, después de haber pasado casi todo el día en su compañía. Parece que le despierto confianza, pues me trata como a un viejo camarada. Tal vez supone, ¡oh ironía!, que me inspira sentimientos paternales.

"Ha sido un día feliz. Hemos vagado por las calles, hablando de esas mil naderías que son deliciosas, cuando salen de labios amados. Todo le interesa, todo la entusiasma, todo quiere verlo: nuestros pobrísimos museos, nuestras bibliotecas, nuestra ciudad, tan inmensa como desprovista de alma y de poesía. Por la tarde, asistimos a un "ballet" de Tchaikovsky en el Colón. La música es una de mis pasiones. Es reproducción de la naturaleza, expresión de las fuerzas cósmicas elementales que crearon el universo, de esa omnipotente "Voluntad" que se objetiva en océanos y vías lácteas, según el filósofo admirable. Por eso es inteligible e inexplicable, transparente y misteriosa. Pero jamás había imaginado lo que puede sentirse y significar cuando se la escucha junto a una mujer adorada. La emoción compartida centuplica sus efectos inefables. Sentía a Silvia respirar, anhelante, a mi

lado. A ratos, el gesto doloroso, infantil y patético de su rostro se acentuaba. Yo instintivamente le cogí las manos. Estaban yertas. Y así, sintiéndolas tomar calor entre las mías, cerré los ojos. La armonía, como una ola, parecía arrebatarnos, arrojarnos a playas desconocidas, allende este mundo, más allá de la vida.

Cuando salimos quiso ir a pie hasta el hotel. Al llegar a la avenida de Mayo, la encontramos en tinieblas. No sé por qué accidente se habían apagado las luces. Cogidos del brazo, hombro contra hombro, recorrimos varias cuadras en silencio. De pronto Silvia comenzó a hablar. Su voz, levemente enronquecida, evocaba escenas de espanto, la visión trágica de ciudades europeas entenebrecidas para ocultarse, en los pliegues de la sombra, de los zepelines y los "taube". Un temblor de indignación vibraba en su acento. Después habló de su vida de escritora, de sus sueños de artista, de sus libros. No tenía más que treinta y tres años (parecía de veinticinco) y había escrito cerca de una decena. Yo la escuchaba enajenado, sin otro pensamiento, sin otro anhelo que el de que nuestro vagabundeo no terminara nunca, en la noche maravillosa. Pero ya estábamos en la puerta del hotel y tuvimos que separarnos.

"Estoy de nuevo en mi departamento. Nunca me he sentido más solo ni más triste. Comienzo a aborrecer esta habitación en donde escribo, siempre en desorden, polvorienta, sórdida. Es extraño que, aunque me haya pasado más de la mitad de mi vida en ella, hasta ahora no lo haya notado. Pero, ¿es que, acaso, he vivido? ¿Se llama vivir a comer, dormir y bostezar? ¿Qué soy? ¿Qué he hecho? ¿Qué valgo?

"— ¡Nada!

"He pronunciado maquinalmente esta palabra en

voz alta. Una sensación helada de vacío me sobrecoge, me espanta. Se me ocurre que empiezo a internarme en una región en donde todo está rígido y muerto. — ¡Nada! — Enciendo un cigarrillo y me dirijo al *living*. Doy vuelta un conmutador y un espejo refleja mi imagen. Me acerco lentamente y me examino con curiosidad, como si se tratara de un extraño. En realidad, conozco muy poco a mi rostro: sólo lo miro cuando me afeito y nunca se me ha ocurrido prestarle la más mínima atención. "Pero ahora — pienso — es necesario que me mire, que me escudriñe, que me vea tal como soy, sin complacencias, con saña más bien."

"Tengo blancas las sienes, surcada por arrugas profundas la frente, sin brillo la mirada. Todo en mí irradia marchitez, ajamiento, decadencia prematura, pues, en realidad, más que un viejo, soy un envejecido. Ayer nomás era fuerte, joven, lleno de frescura y de vida. ¡Ah, cosa terrible es el tiempo, asesino que no duerme jamás, que nos acecha incansablemente, que en cada minuto, en cada segundo, nos infiere una herida invisible hasta que nos convierte en un guiñapo, en podredumbre, en polvo!

"¡Y tú, viejo insensato, pretendes el amor de esa criatura deliciosa, llena de juventud, famosa! ¡Conserva por lo menos la dignidad, y no se lo digas jamás! ¡Evita el ridículo, aunque sangre tu corazón!

"He decidido no volver a verla."

"Noviembre 3.

"Un día, veinticuatro horas de ausencia. La lucha ha sido cruel, pero he logrado vencerme, y me encuentro relativamente sereno. Lo que más me ha hecho padecer, es una irremediable sensación de soledad. Es algo que me extraña, porque no la he sentido nunca. Desde muy joven he tenido la convicción de

que, por más que hagamos y nos esforcemos, estamos y estaremos siempre solos. Entre un ser y otro ser, hay un espacio denso, impenetrable a la mirada más aguda, irreductible a la intuición y aun a la conjetura. Solos nacemos, solos soñamos y solos sufrimos. Nadie conocerá nunca, ni nosotros mismos, nuestra esencia íntima, sutil. Esa idea no me ha entristecido jamás y hoy he deseado, en vano, que llegase un conocido, uno de esos charlatanes que parecen existir sin más fin que el de caer, como llovidos, cuando menos se desea verlos, para que me distrajese con su charla. Lo pavoroso es que este desamparo que me oprime puede durar años y años."

"Noviembre 4.

"He sucumbido a la tentación. Después de una noche en blanco que ha destrozado mis nervios, la he llamado por teléfono. ¿Ilusión? A través del cable, he creído advertir una vibración de alegría en su voz.

"— Creía que me había olvidado — dijo.

"— ¡Eso nunca!

"— Me han dicho que el Tigre es muy hermoso. ¿Podría acompañarme?

"— Encantado.

"Era un día radiante. Llegamos a media tarde y nos embarcamos, solos, en una lancha automóvil. Remontamos el Luján, y luego comenzamos a internarnos en los canales, cada vez más estrechos, del Delta. En algunos, apenas si cabía nuestra pequeña embarcación, y las ramas de los árboles golpeaban suavemente la toldilla. Silvia iba silenciosa, con la mirada absorta en el paisaje. Por momentos lanzaba una exclamación de asombro o de júbilo. El aire áspero del río había encendido el color en sus mejillas y tenía mucha luz en los ojos. Yo, viéndola tan dichosa,

no pronunciaba una sílaba. No se movía una hoja. A medida que se acercaba el crepúsculo, la calma se hacía más honda. Las guedejas de los sauces, a plomo, inmóviles parecían vivir una quietud indefinida y encantada. Por entre las caladuras del ramaje, el cielo desplegaba el azul donde yo iba tejiendo mi ensueño:

"— ¡Una palabra, una mirada, amor mío, que me diga que todo este hervor de mi sangre encuentra resonancias en tu alma; que no desdeñas esta pasión que desborda mi vida y me lleva hacia ti con la violencia de una fuerza incontrastable! ¿No la dirás nunca? ¿Es posible que tu instinto de mujer no te advierta que pasa a tu lado, eso tan inmenso y tan raro que es un grande, un verdadero amor? ¿No oyes el alocado latir de mi corazón? ¿No quieres oírlo?

"A una indicación mía, el lanchero había parado el motor, y nos deslizábamos, a la deriva, por un riacho de aguas lentas y claras. El silencio nos seguía como una sombra. Al frente, comenzaba a levantarse una fina niebla luminosa, que convirtió en oro fundido el cauce de los canales. El saucedal dejaba ver, sobre nuestras cabezas, una estrecha franja de cielo color violeta. Un pájaro cantó a lo lejos: era un grito extraño, desolado, que, a cortos intervalos, se repetía. Parecía que estábamos solos en la inmensidad del mundo.

"— Volvamos — dijo Silvia.

"Momentos después estábamos de nuevo en el Luján. Grandes yates blancos, ágiles veleros y pesadas barcazas cargadas de madera, removían las aguas verdosas y hacían bailar nuestra lancha. En la ribera, comenzaban a encenderse largas hileras de luces. No hablábamos. La gran serenidad del crepúsculo se cernía sobre nosotros. Yo sentía una gran laxitud, un vago deseo de cerrar los ojos y desvanecerme en la in-

finita paz de las cosas.

"Ha sido un día dichoso."

"Noviembre 7.

"A medida que transcurren los días, y se hace más estrecha la intimidad de nuestro trato, mi pasión se agranda y me avasalla. No quiero ni pensar que pronto tendremos que separarnos por tiempo indefinido, tal vez para siempre. La siento tan confundida a mi vida, que ya no puedo concebirla sin ella. Me llena el corazón, se diluye en la esencia misma de mi ser, como si formara parte de mi sangre. Y tengo la extraña sensación de que siempre ha sido así, de que la conozco y la he amado desde que he comenzado a vivir.

"Su trato no me ha desilusionado, como me ha ocurrido siempre con el de otras mujeres; por el contrario, cada vez que paso algunas horas a su lado, le descubro nuevos encantos. Tal vez porque en muchos aspectos es el suyo antítesis de mi carácter, me produce una impresión tan profunda. Todo lo que tengo de indolencia y de desgano para la acción y para la vida, es en ella fervor y decisión. Su capacidad de trabajo me ha asombrado. La he visto escribir seis horas consecutivas, a pesar de estar sufriendo un fuerte dolor físico. Sólo así se explica que, en sus pocos años, haya producido tanto. Su noción del deber es férrea, para mí casi inhumana. No concibe que pueda postergarse una tarea o una diligencia, por triviales que sean. Su tenacidad es prodigiosa. Su frentecita obstinada se nubla, se contrae, con un gesto que llega a ser duro, ante la dificultad; sus nervios se tienden, vibran ante el obstáculo. Y, sin embargo, cuando quiere, sabe ser deliciosamente débil, suave y dulce, de una exquisita feminidad.

"Un rasgo de su carácter que me ha llamado mucho la atención por lo excepcional, es su carencia completa de vanidad. Los artistas, aun los hombres, suelen ser en este sentido de una fatuidad morbosa, sólo tolerable por lo mucho que tiene de ingenua e infantil. Silvia no gusta hablar de sus libros, ni adopta actitudes de escritora, ni hace gala de sabihonda. Se ha librado así de ser uno de esos engendros de pedantería y afectación que suelen llamarse "la mujer intelectual", "la bachillera", que Santa Teresa de Jesús, con excelente acuerdo, no quería ni para monja, lo menos que puede ser una mujer.

"Si hubiera llegado antes a mi vida, tal vez hubiera conseguido que correspondiese a mi amor. Hubo un tiempo en que yo también tenía fe en mí, en mi porvenir, en mi talento. Es espantoso pensar que bastan unos años para crear separaciones insalvables, desencuentros fatales e irremediables. ¿O es que el Destino la trae, cercano ya mi ocaso, para que en mi alma renazca la ilusión? ¿Volveré a creer que existe algo que valga la pena de hacerse o de intentarse? ¿Reverdecerá el viejo tronco a la tibia luz de su amor?

"Tal vez..."

"Noviembre 8.

"Hoy ha sido el día en que he vivido con mayor intensidad, con mayor plenitud. Por lo menos no encuentro en el pasado uno que se le asemeje. Ha sido tal la fuerza de mis sentimientos y lo vívido de mis imaginaciones en algunos instantes, que tengo la sensación de haber estado al borde de la alucinación o, tal vez, a punto de penetrar secretos vitales, de asomarme a los misterios más hondos del corazón humano.

Lo triste es que, pasada la lúcida exaltación del momento, recaemos en la opaca incomprensión cotidiana, y el mísero lenguaje de los hombres resulta impotente para reflejar, ni por aproximación, el tenue y vacilante resplandor que creímos vislumbrar en la lejanía.

"Silvia tuvo el deseo de visitar un museo de Historia Natural en una ciudad vecina. Partimos en el primer tren de la tarde. El museo se encuentra en un suburbio de la ciudad, en el centro de un extenso parque. Lo atravesamos lentamente a pie y, cuando llegamos, me encontraba muy fatigado físicamente, y con una penosa sensación de desasosiego en el alma.

"Subimos una larga escalera y entramos en un salón vivamente iluminado por anchos ventanales, a través de los cuales se veía el suave balanceo de las cimas densas y agudas de los cipreses. El recinto estaba ocupado por gigantescos esqueletos, colocados uno detrás de otro, en procesión macabra y monstruosa. Eran fósiles de los grandes saurios, hijos de los fangales calientes donde la Vida, ya dueña de los mares, daba cima a la gran aventura de la conquista de la tierra. Allí estaban las reliquias del enorme brontosaurio, del grotesco tracodonte, del feroz tiranosaurio. Un diplodoco había sido restaurado, y parecía vivo bajo su piel rugosa; sus ojillos de vidrios refulgían en su aplastada cabezota de reptil, con un brillo siniestro. En un muro lateral alineábanse, en elegantes vitrinas, variadas colecciones de mariposas.

"Hablábamos muy poco. Yo pensaba, ensimismado, en eso maravilloso y terrible que llamamos la Vida. Su inventiva sobrepasa toda fantasía; sus combinaciones, todo cálculo. Al lado del monstruo deforme — cientos de toneladas de carne espesa — crea estos seres diáfanos y alados, como la mariposa, que parecen formados con las irizaciones de la luz. Conoce todos los moldes, todos los colores, todas las belle-

zas y todas las fealdades. Pero lo que más asombra y desconcierta es su ferocidad implacable. Construye, al parecer, sin más finalidad que la de destruir. Cuanto crea está destinado a la muerte y al dolor. Todos esos seres se acechan, se atacan, se torturan y se devoran con saña feroz, como arrebatados por un soplo de demencia sádica. Torrentes de sangre, clamores desesperados, angustias atroces, dolores infinitos, forman cada instante de la historia de la Vida. Y un buen día, por un refinamiento increíble de crueldad, ese tenebroso poder que rige los universos, intenta y lleva a término su más terrible aventura: la de crear la conciencia, espejo en que se refleja y revive la horrenda tragedia universal. No le bastaba crear el dolor; era necesario, además, que éste se reconozca, se contemple a sí mismo, no pueda ni dudar acerca de su fatal existencia, de su inenarrable miseria. Esa cruz estaba reservada para el Hombre, "el ser más miserable de cuantos se arrastran por el suelo", según la tremenda frase homérica. El más miserable, no sólo porque conoce su propia miseria, sino porque compara, analiza, critica; es capaz de imaginar mundos menos horribles y crueles que el que el inexplicable odio o indiferencia de los dioses le deparó. Y para que su desgracia fuese completa y su dolor sin consuelo, arden en su alma anhelos de felicidad absoluta; lo acosa una sed inextinguible de perfección y eternidad, acibarada por el pavor de la muerte y el terror escalofriante de las tinieblas infinitas. ¿Por qué tanto dolor? ¿Para qué? ¿No ha de desaparecer todo un día, el sol y la tierra, los astros y los hombres, en la noche helada del cosmos? ¿Todo es horror entonces? ¿No brilla una luz en las tinieblas? ¿El Amor no sería más que una trampa tendida para perpetuar el sufrimiento? Tal vez, pero es, con el Arte — ese juguete maravilloso que inventaron los hombres — lo

único que puede hacernos soportable la desdicha de vivir...

"— ¿En qué piensa? — me preguntó de pronto Silvia.

"— En la vida.

"— Cuénteme...

"— Sería cosa larga; otra vez. Continuemos.

"Pasamos a otro salón. Estaba dedicado, casi por completo, al hombre prehistórico. En anaqueles adosados a las paredes, o en vitrinas que ocupaban el centro de la habitación, veíanse hachas de piedras, piraguas cavadas por el fuego, toscos cántaros de barro, puntas de flecha de pedernal. En el espacio, apenas si habíamos andado unos metros; en el tiempo, habíamos transpuesto millones de años. La fauna parecía enana comparada con la que acabábamos de ver. La Vida abandonaba lo monstruoso y gigantesco y, reduciéndose, buscaba la forma bella y armoniosa. Ya había conquistado el aire y se veían, disecadas, aves de enjoyado plumaje. Imaginé al Hombre, todavía un antropoide, comenzando a enderezarse sobre sus piernas y esforzándose en erguir su frente a las estrellas. Vagaba en la selva, acosado por las fieras, atormentado por la soledad, una soledad poblada de espantos, hasta que un día, la hembra ocasional de una noche, en vez de seguir su camino, se quedó con él. Ese día nació la ternura, y la compañía de la mujer ahuyentó los espíritus siniestros del desamparo y la tiniebla. Juntos, alerta el oído, las manos puestas en las manos, escucharon, temblando, al amparo de una cueva o al socaire de un peñasco, el rugido del tigre, el aullido del lobo, o el tropel del bisonte en la espesura. Por eso, ahora, el hombre, en ausencia de la mujer, se siente irremediable, infinitamente solo y desconsolado. Lo ligan a ella pavores cósmicos compartidos en el alba de la Historia; lo encadena la necesidad de

sentir a su lado el eco de ese corazón, que late junto al suyo a través de los siglos, conmovido por las mismas reminiscencias ancestrales. Unión íntima, indestructible que se traduce en el amor... Las manos temblorosas de Silvia buscaron las mías.

"Cuando regresamos, estaba pálida, desencajada, como abrumada por inmenso cansancio. En el tren, trató de reclinar la cabeza en la ventanilla. Noté que las filosas aristas del marco la incomodaban y, pasándole el brazo por la espalda, la atraje suavemente hacia mí. Ella dejó hacer y, como un niño cansado, se durmió sobre mi corazón."

"Noviembre 11.

"Esta mañana se ha marchado. Mi soledad, mi desesperación son infinitas."

"Viña del Mar, diciembre 25.

"Después de una lucha desesperada conmigo mismo, la he seguido. Contra todos los razonamientos, desoyendo los consejos de la prudencia, he abandonado todo para correr a su lado. Verla y tal vez... ¡Es terca la esperanza cuando ha echado raíces en el corazón!

"El desenlace ha sido el que debía ser. Estábamos solos en la playa. Sentados sobre una roca, escuchábamos la suave quejumbre del mar bajo la noche clara y estrellada. Un manso viento que venía de la cordillera, nos traía, por momentos, el eco de las orquestas que, en los hoteles, solemnizaban las fiestas de Navidad. Hacía mucho tiempo que guardábamos silencio.

"Yo estaba decidido a hablar. No podía seguir soportando el suplicio de la incertidumbre. El tiempo

pasaba, sin embargo, y yo continuaba mudo. Sentía una sorda indignación contra mi estúpida timidez. ¿Pero es, acaso, tan difícil decir "te quiero" a una mujer? Las palabras subían a mis labios, y allí parecían congelarse y volver al pecho, desgarrándolo. Tenía la vaga esperanza de que fuese ella quien hablase. "¿Cómo es posible — me decía — que no se haya enterado de mi adoración y de mi dolor? ¡Habla, amor mío! ¡No dejes que se hunda en la desesperación mi último ensueño de felicidad! ¡Tú, que eres tan buena, tan pura, eres quien puede, quien debe hablar! Mis palabras te mancillarían. Y, sin embargo, nada impuro se mezcla a mi pasión. No te deseo; no te he deseado jamás. He puesto en mi amor cuanto queda de noble y de santo en el fracaso de mi vida, en el derrumbe de mis ilusiones". Y una voz interior, sarcástica, cruel, me respondía: "¿Pretendes que ella se te declare, viejo imbécil? ¡Habla o no hablarás nunca! ¡Y es lo que debes hacer: callar! ¡No te pongas en ridículo!"

"La miré. Estaba abstraída, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si sintiera frío. No sé lo que me ocurrió; me puse bruscamente de pie, la estreché sobre mi corazón y la besé en los labios. Estaban helados y no respondieron a mi beso. Me alejé lentamente. No me llamó.

"Eché a andar en el sendero que conducía desde la playa a mi hotel. La voz desolada del mar parecía salir de mi pecho. Cuando estaba a medio camino, me crucé con una pareja. Eran muy jóvenes y venían cogidos de las manos, mirándose en los ojos, embelesados. Debí haberme fijado con mucha insistencia en la muchacha, porque, no bien se alejaron unos pasos, oí que murmuraba a su compañero:

"— ¡Viejo tonto!

"¡Viejo tonto! He ahí la respuesta que me daba

la vida. Era la ineludible y... la justa. Sí, la justa. ¡Pero hay algo dentro de mí que sangra! ¡Algo que duele tanto, tanto!"

El diario terminaba bruscamente con ese grito de desesperación. Eugenio me miraba con aire triunfante, protector, casi insolente.

— ¿No te dije? — exclamó —. ¡Qué tontería!

— Hombre — le respondí—, no creo que la historia que acabamos de leer merezca un juicio tan duro. Trata de un tema de interés para todos los hombres, de ese momento trágico en que el amor nos vuelve las espaldas. Es, cuando en realidad, empezamos a morir, puesto que el amor nos ofrece la única posibilidad de perpetuarnos. Es verdad que el relato tiene cierto tono sentimental que a mí, personalmente, no me agrada; pero los hombres de la época de Juan Gabriel eran así: todavía lloraban leyendo a Werther.

— ¡Otro loco! ¿Pero no ves que es absolutamente estúpido enamorarse cerca de los sesenta años? ¿Con qué objeto?

El tono agrio de Eugenio y su falta de respeto a los sentimientos de un muerto, me fastidiaron, y resolví burlarme de él.

— También es estúpido — dije — pescarse una pulmonía, un tifus o un cáncer; es absurdo ser bajo y no alto, feo y no hermoso.

— No es lo mismo.

— ¿Y por qué no es lo mismo? ¿Crees tú que Juan Gabriel se enamoró porque quiso?

— ¡Bah! — continuó Eugenio respondiendo más a sus pensamientos que a mis palabras —. Hay mucho de farsa en todo esto. ¡Decir que no la deseaba! ¡A otro perro con ese hueso! ¡Como si no hubiésemos

conocido a Juan Gabriel y supiésemos que se pasó la vida tras las polleras! ¡Y no me dirás que era hombre de contentarse con miradas y apretoncitos de mano!

— Pues a mí lo que dice Juan Gabriel, me parece muy natural en un temperamento como el suyo. Es una reacción común en los hombres mujeriegos cuando, como él, tienen un gran corazón. El deseo — era un varón — estaría oculto, latente. Precisamente lo que tiene de maravilloso el amor humano es que, derivado de un instinto, es causa de las creaciones espirituales más excelsas. Por eso cada hombre ama como puede. — Lancé una mirada perversa a Eugenio, y continué —: La enorme mayoría, ¿me entiendes?, no supera en mucho al garañón. Pero hay quienes son capaces de hacer de su amor una creación artística, de transformarlo en impulso vital de suprema belleza.

En este tono, continué hablando durante mucho tiempo, sin más propósito que el de molestar a Eugenio. Recuerdo que terminé con estas palabras:

— Después de todo, un gran amor, pasados los cincuenta años, compartido o no, es una aventura digna de vivirse. Desde hacía algún tiempo tenía la vista fija en el manuscrito, cuyas hojas pasaba distraído. Cuando levanté los ojos, Eugenio, con la frente apoyada en la mesa, estaba profundamente dormido.

LA ZANJA DE LA BARROSA

Mejor' stá que nos quedemos aquí — dijo el viejo Felipe Anco. La sala ha quedao muy retirada, y se nos viene la noche.

Asentí con un gesto. Estaba tan cansado que no tenía ánimo para tomar la más insignificante decisión por mí mismo, ni para oponerme a la tomada por otro. Me dolían las espaldas, y millares de agujas invisibles me pinchaban las piernas. Mi único anhelo era descolgarme del caballo cuanto antes, y tenderme a reposar sobre el pasto. Así lo hice. Extendí el poncho en el suelo, me tumbé de espaldas, y cerré los ojos. Si me dormí, debió ser por muy poco tiempo, porque cuando los abrí todavía había luz en el cielo, el suave fulgor de un atardecer de fines de invierno. Felipe estaba desensillando las cabalgaduras.

— ¿Se ha cansao mucho, dotor? — me preguntó.

— Bastante.

— ¡Mucho mos andao!

¡Vaya con la noticia! Desde el alba habíamos estado a caballo, sin más descanso que el tiempo justo para almorzar. ¿Y quién me metía a mí, ya casi cincuentón y apoltronado por una larga vida en Buenos Aires, en semejantes andanzas? Sentí un gran descontento de mí mismo y un vago rencor contra el viejo

Felipe: ese hombre me llevaba más de veinte años, y ahí estaba, como si tal cosa, moviéndose de un lado para otro, ocupado en asegurar los caballos, recoger leña para el fuego, y acomodar los ensillados bajo el bosque de chañares, donde habíamos decidido hacer noche. ¡Maldita ciudad y maldita civilización que nos convierte en seres enclenques, incapaces de vivir sin fatigarnos cara a cara con la selva, la intemperie y el cielo! ¡Y mil veces dichoso Felipe que no oyó jamás hablar de libros, de cátedras ni de pleitos! La vida se ha deslizado, para él, como el agua lenta del río Lavayén, en cuyas riberas ha nacido, y en donde un día lo enterrarán sus nietos, sin alharacas ni lamentos, con la tranquila indiferencia del gaucho ante la muerte.

— Le vo'a preparar una cama con el apero — dijo el viejo.

Cortó unas brazadas de pasto que olía a tierra fresca, y sobre ellas extendió los guardamontes; puso a guisa de cabecera el apero cubierto con un pellón, y satisfecho de su obra, exclamó:

— Aura sí: ¡acuéstese aquí! ¡Va'star más cómodo!

Acepté la invitación de muy buena gana, y me tendí en el improvisado lecho, si tal puede llamársele, cubriéndome las piernas con el poncho. La cabecera era dura como piedra y el colchón no muy blando, pero el poder moverme a voluntad y cambiar de postura cuando se me antojase, en vez de estar, como atornillado sobre el caballo, me produjeron una plácida sensación de bienestar. Y en el fondo del alma estaba contento. Mientras mi incansable compañero encendía fuego, yo revivía, cerrando los ojos, la larga excursión: al partir, la visión de los arrozales cercanos a la casa de la estancia, dorado terciopelo del que salían los confusos rumores de esa vida misteriosa que

late en el fondo de los pantanos; luego, el río claro, perezoso, que se arremansa como en pequeñas lagunas, en donde se miran las parimas color violeta, las garzas de un gris pizarra, las pardas y vocingleras charatas, y se reflejan los grandes árboles pensativos de las orillas; después la selva inmensa, que pone en el alma el místico recogimiento que producen las cosas elementales y sagradas del mundo. Cada siete u ocho meses siento la necesidad de huir de Buenos Aires y sumergirme en los bosques de mi tierra; de hablar con los viejos peones que conocí de niño; de saturarme de sol, de aire, de montañas y de campo; de volverme bárbaro por unos días. Momentáneamente rejuvenecido, retorno a la ciudad gris y atormentada, hasta que la fatiga de la diaria rutina, el hastío y los nervios, vuelven a arrojarme hacia el norte, como un pájaro corrido por la tormenta.

Me dormí. Cuando el viejo me despertó, era noche cerrada. El fuego ardía bajo los chañares. A un costado de la hoguera, sobre brasas extendidas en el suelo, se cocía el asado que exhalaba un olor apetitoso. De la carne dorada se desprendían gotas de grasa que, al caer sobre los carbones encendidos, producían como una pequeña explosión de luz azulada. A pocos pasos de nosotros, se oía el piafar de los caballos. Un perro flaco y lleno de cicatrices dormitaba al amor del fogón, en actitud de acecho. Yo sentía una extraña sensación de aislamiento: me parecía estar encerrado con Felipe en un fanal o burbuja, formados por el espacio iluminado por las llamas, que nos separaba y protegía del resto del mundo y de la noche. Afuera, destacaban los árboles sus siluetas silenciosas; muy lejos, arriba, destellaban las magníficas estrellas del Centauro y, por detrás de la masa negra de los cerros de San Juan de Dios, un pálido albor anunciaba la luna.

— Ya' stá poniéndose a punto — dijo el viejo,

refiriéndose al asado. ¿No quiere que empecemos a pellizcar? ¿O quiere tomar antes un traguito de ginebra o de vino?

— Prefiero vino.

Felipe sacó una botella de las alforjas, la descorchó, y me sirvió en un jarro.

— Gracias. ¡Salud!

— ¡Salú! También hay galletas y bollo.

— Esperaré el asado. ¿Usted no toma nada?

— ¡Y no! ¿Qué acaso estoy enfermo? Y aunque lo estuviera. Un buen trago da la vida. — Y empinó el frasco de ginebra.

Acerqué el apero al fuego y me senté en él. El viejo se acomodó en cuclillas frente a mí.

— ¿En dónde estamos? — le pregunté —. Con tanta vuelta estoy completamente desorientado.

El gaucho miró atentamente a su alrededor. No creo que alcanzara a ver gran cosa, pues la luna aún no había salido y el bosque, en tinieblas, nos rodeaba por todos lados. Pero estos hombres nunca pierden el rumbo, y saben localizar el punto preciso en donde se encuentran, merced a no sé qué instinto o intuición maravillosos. Terminada la inspección, dijo:

— Támos en la Banda, cerca'l la Zanja'l la Barrosa o de la Sepoltura, como también le saben llamar un poco más abajo.

— ¿La Zanja de la Barrosa? Nunca la había oído nombrar, aunque muchas veces he andado por La Banda.

— Tal vez la han bautizao así después que usté se jué p'abajo a estudiar.

— Así debe ser.

El viejo se incorporó, sacó el cuchillo y cortó una tira de asado, que me ofreció sosteniéndola entre el pulgar y el índice. Lo asenté en un pedazo de papel sobre una piedra, y desenvainando a mi vez el puñal,

empecé a saborearlo, cortándolo en pequeños trozos.

Cuando saciamos el hambre y bebimos un último vaso, me saqué las botas, y volví a tenderme sobre los pellones. Fumé un cigarrillo; después cerré los ojos, y traté de dormir. Pero, a pesar del cansancio, no podía conciliar el sueño. Me incorporé y miré alrededor. El viejo, tendido de espaldas a unos pasos de mí, masticaba tranquilamente su "acullico", mirando a las estrellas. El perro se había acurrucado a sus pies y dormía. Reinaba un silencio perfecto, como si la tierra reposara conteniendo el aliento. Por un claro de la arboleda que tenía al frente, vi a la luna que empezaba a asomar tras el filo oscuro de las serranías, como una gran bola de hierro enrojecido. En el halo neblinoso que la rodeaba titilaba, disolviéndose, una estrella. Una trémula luz rosada empezaba a inundar los campos.

— ¿De dónde sacaron eso de la Zanja de la Barrosa? — pregunté a Felipe, por decir algo.

— Más pa' lao del cerro, como a tres o cuatro cuagras de aquí, hay una zanja honda. Y por áhi sabía parar siempre una vaca barrosa marca'el finao don Esteban Hueso. Y hasta que se murió de vieja, por áhi nomás andaba siempre. Por eso los camperos le pusieron ese nombre.

— ¿Y no me habló también de una sepultura? ¿Hay alguien enterrado por allí?

El viejo se enderezó, carraspeó, y luego me preguntó:

— ¿No le queda uno de esos cigarrillos que ha tráido?

— Sí.

— ¡Convide, po!

Le pasé uno. Felipe se levantó a encenderlo en los tizones, reavivó el fuego echándole unas ramas, y volvió a tumbarse en sus jergas. Fumó en silencio du-

rante algunos minutos. De pronto dijo:

— ¿Se acuerda de la rubia Antonina?

La rubia Antonina... Algo me sugería ese nombre: una lejana reminiscencia de infancia. Tras meditar unos minutos recordé: era una mujer alta, hombruna, seca, a quien por su flacura solían llamar "palo vestido" cuando yo era muy niño, la primera vez que vine a Lavayén. Muy blanca y muy rubia. Pensé que era muy curioso que hubiese venido a dar a semejantes soledades, y en aquellos tiempos, ese tipo de rubia de ojos claros. ¡Y qué ojos! Alucinados, ardientes, crueles.

— ¿Antonina Padilla?

— Esa.

Felipe calló durante bastante tiempo. Parecía pensar en otra cosa y haber olvidado el asunto de que estábamos hablando. Yo también callaba porque, de impacientarme, me exponía a malograr la narración. El gaucho gusta contar a su manera, dando largos rodeos, sin que se lo apremie. Y cuando no se lo deja hacer, no habla más y es inútil insistir. Y yo sentía gran curiosidad. ¿Qué relación habría entre la rubia Antonina y una tumba perdida en la soledad del monte? ¿Un accidente? ¿Una tragedia? ¿Un crimen? El estudioso de la naturaleza humana que hay en mí, anticipaba, deleitándose de antemano, una historia interesante.

— ¡Tremenda era la rubia! — prosiguió el viejo —. ¡Lo mesmo que un hombre! ¡Sabía ganar pa'l monte enhorquetada en el caballo igual que los otros campiadores! ¡Y no cualquiera le ganaba a correr o a enlazar!

— Una verdadera amazona.

Felipe no me oyó o fingió no oírme.

— ¡Mentada era! ¡Y mala como una avispa! ¡Cualquiera nomás se le animaba! Dicen que al mari-

do lo sabía tener abajo y que, en cuantito se amolestaba por algo, lo sacaba hurgando de la casa, y no lo dejaba volver a dentrar; así que él tenía que ir a dormir en el monte.

— Se lo merecía por flojo.

— El viejo me miró con sorna.

— ¿Flojo? ¿Y quién es el guapo que las puede con su mujer? Me lo ha'i presentar cuando lo encuentre...

Yo, divertido, repuse:

— ¡Bah! Es cuestión de matar al gato de entrada; después, andan como seda.

Como se la espeté muy serio, el gaucho me miró con asombro, y se rascó turbado la cabeza. Parecía habérsele planteado un serio e inesperado problema y, como no le encontrase solución, se consoló diciendo:

— ¡Se ve que no se ha topao con la finadita, mi mujer! ¡Ni diez dotores, mejorando lo presente, hubieran sío traza pa hacerla cejar cuando se le metía algo en la mollera!

Me reí.

— ¿Y quién era el marido de la rubia? — pregunté.

— Usté no lo ha'i haber conocío. Era un tal Remigio Tolaba, que vino del lao i Tucumán. ¡Medio aveloriao y zonzón era el pobre! Un día no volvió más del campo.

Felipe calló. Parecía concentrarse en sus recuerdos. Lo vi empinar de nuevo el frasco de ginebra, sin duda para avivar la memoria. Luego prosiguió:

— Como a los tres días lo halló Rudecindo, el puestero'i Lobatón, tirao en el monte. Ya casi se lo habían acabao los cuervos y los perros. De áhi lo alzamos y lo llevamos pa la casa. ¡Había que ver cómo lloraba la Antonina! ¡Parecía que no iba a acabar nun-

ca, la muy perra! Concurrío y bien servío estuvo el velorio esa noche. ¡Se sabía hacer ver la rubia cuando llegaba la ocasión! Había vino a rodo pa los convidaos, y cuando volvimos de enterrarlo bajo el algarrobo ande lo encontraron, toavía nos convidaron empanadas, vino y aguardiente pa tirar pa arriba. ¡Y la rubia seguía llorando como un cacuy!

La luna estaba ya casi sobre nuestras cabezas. Yo la miraba por entre los claros de las ramas, como a través de las caladuras de un encaje. El viejo se había levantado y alimentaba la hoguera rezongando.

— Cuando se duerme en el monte, hay que tener siempre encendío el fuego. Denó expuesto es que se arrimen las víboras o que el bicho asuste a los caballos.

— ¿Y qué fue de la rubia?

— Pasaron varios años. Ya casi nos habíamos olvidao de Remigio, cuando empezó a sentirse la bulla de la gente.

— ¿La bulla?

— El habladero quiero decir. Unos suponían que Remigio se había suicidao; otros que lo había ramiao el caballo; pero los más daban y temaban con que la Antonina lo había hecho matar con el hermano. ¿Se acuerda de Fulgencio Padilla, niño?

Me gustó que el viejo me apeara el "dotor" y me llamara niño, como solía hacerlo cuando yo era un chicuelo y él un mocetón fuerte, cuchillero, y hasta algo tenorio. Me acordaba perfectamente de Fulgencio Padilla.

— Sí — contesté —. Era un hombre alto, de barba negra, con el párpado de un ojo caído.

— El mesmo. ¡Tiene buena memoria! Años han de hacer que no lo ha visto...

— ¡Qué sé yo! Más de treinta y cinco, con seguridad.

— Así ha'i ser. — Y retomó el hilo de la historia:

— El hecho es que tanto y tanto habló la gente, que un día vino don Salvador Martínez, el comisario i San Pegro, y comenzó a hacer averiguaciones y a llenar papeles y más papeles. Decían que estaba levantando no sé qué cosa. Usté qu'es abogao ha'i saber que es eso que escriben cuando hay una muerte o un robo.

— Sería un sumario.

— ¡Eso mesmo! Como al mes, los tomaron a Fulgencio y a la rubia, y se los llevaron pa Jujuy. A los años hi sabío, por el patrón, que habían confesao y que estaban presos.

— ¿Ellos lo habían asesinado?

— Así jué. La Antonina lo había cuerdiao al hermano pa que lo mate a Remigio. Un día lo convidó Fulgencio pa salir al campo, con el cuento de que se le habían perdío unos animales, y en cuanto se quedaron solos en medio'el monte, sacó el cuchillo y se le jué al humo. Pero Remigio tuvo tiempo de hacerse a un lao, y disparó chicotiando cuesta arriba por una senda que bordea la Zanja i la Barrosa. Fulgencio peló el lazo, y en un claro ande pudo revoliarlo, lo enlazó al finao de los sobacos, y lo sacó como escupida del caballo. Después lo ramió un trecho. ¡Y dice que el pobre iba a los gritos pidiendo misericordia! Como después de la ramiada toavía resollaba, lo colgó del gajo de un algarrobo y l'horcó como si juera un perro. De áhi lo bajó, y lo dejó botao bajo el árbol. Mañana mos de ver el lugar si quiere.

— Pero, ¿por qué se sospechó recién después de varios años?

— Como estos sitios eran tan retiraos... No había polecía ni caminos... A no ser la gente tan maliciosa, nada se hubiera sabío. Pero a alguno le llamó la atención que el caballo en que iba el finao pareciese, al otro día nomás, desensillao y sin freno en el campo. Al tiempo, otro vio una carona que sabía ser

de Remigio en poder de Fulgencio. Y una vez que éste jué a San Pegro, se machó y se puso a voraciar y en la voraciada se le jué la lengua. Y como nunca falta un comedido que vaya con el cuento a la polecía... O será que Dios no duerme, y tarde o temprano se cobra la cuenta... ¡Vaya uno a saber! El hecho es que todo se llega a destapar, por más que se lo entierre.

— ¿Y por qué lo mataron? ¿No decía usted mismo que el marido era inofensivo?

El viejo, después de meditar unos momentos, contestó con una voz extraña:

— Parece que la Antonina y Fulgencio no tenían trato de hermanos, y que el finao algo había maliciao...

Comprendí.

— Hasta mañana, niño. ¡Que duerma bien! — concluyó el viejo. No pasaría un cuarto de hora, cuando lo oí roncar.

No pude conciliar el sueño hasta muy tarde. La luz de la luna me daba en plena cara, y el relato de Felipe me había impresionado. No bien cerraba los ojos, comenzaba a pensar en el drama brutal ocurrido hacía muchos años en la selva, y la imaginación excitada reconstruía los episodios de la tragedia. Veía a los hombres correr frenéticos por la senda: el uno, para salvar su vida; el otro, encendida la sangre en pasión maldita, para matar; escuché los gritos desesperados de la víctima pidiendo inútilmente socorro, mientras era bárbaramente arrastrada por el monte; la vi patalear, polichinela trágico, colgada de una rama. En la noche vagaba su espectro ensangrentado y, desde el fondo de la espesura, espiaban los ojos enigmáticos, claros, ardientes y crueles de la rubia Antonina.

Cuando desperté, comenzaba a aclarar y el aire virginal de la mañana disipó las turbias visiones de la

noche. El viejo ya había calentado agua y me cebó unos mates.

— Si quiere lavarse la cara — dijo — hay un ojo de agua aquí cerca.

— Vamos.

Ensillamos y partimos. Me lavé en el manantial lo mejor que pude.

— Un poco más allá, pa'l lao del cerro, está la sepoltura.

Pronto llegamos al borde de una zanja. Era bastante ancha y profunda. En el fondo, resguardados por las barrancas de las heladas del invierno, crecían los helechos, y se oía el claro canto del agua. Seguimos cuesta abajo por la orilla. De pronto, el viejo se detuvo, y me señaló en la banda opuesta un inmenso algarrobo.

— Ahí es — dijo.

En el tronco del árbol había clavada una humilde cruz de madera. Ya era pleno día. Los bosques se doraban bajo el sol. Cantaban algunos pájaros y se escuchaba, hacia el lado del río, muy lejos, el agrio chillido de las charatas. Como finalizaba el invierno la selva comenzaba a dar señales de resurrección: una que otra yema en un tallo, tal que otro brote en una rama; de las pequeñas cuevas del suelo, empezaban a salir los insectos. La vida latente de la tierra, pronta a estallar en hojas y flores no bien apretara el sol de primavera, vibraba ya en la tibia caricia del aire.

— Más abajo hay paso — dijo Felipe —. ¿Quiere que lleguemos al pie de la cruz?

Sentí algo como un escrúpulo. ¿Por qué turbar con curiosidades indiscretas el reposo de ese pobre muerto olvidado? Respondí:

— No, volvamos.

Y, paso a paso, nos alejamos de la Zanja de la Barrosa.

VOCABULARIO

ACULLICO: Porción de coca que se mastica de una vez.
AIRAMPU: Cacto, parecido al higo chumbo, que da una flor amarilla.
ANCAÑOCA: Tubérculo jugoso que se encuentra enterrado sin que, por fuera, se vea ninguna señal de su existencia.
AVELORIADO: Atolondrado, necio.

BAGUALA: Tonada triste con que los gauchos cantan sus coplas.
BICHO: Tigre.

CAJA: Especie de tamboril hecho con un aro de madera y cuero de oveja.
CASCHI: Gozque.

CUMPA: Camarada, compadre.

CHALONA: Tasajo de oveja.
CHANCAO: Plato que se hace con maíz machacado, ají y grasa de llama u oveja.
CHARATA: Especie de faisán que vive en las selvas del N.O. Argentino.
CHILENA: Pieza de baile, zamba, cueca.
CHUNCA: Hueso, especialmente los de los miembros inferiores.
CHUÑA: Ave zancuda.
CHUSPA: Bolsa pequeña.
CHURQUI: Arbol de poca altura, muy sarmentoso y lleno de espinas.
CHUYA: Chicha a medio fermentar.

FRANGOLLO: Maíz pelado y molido en pequeños fragmentos y sopa que se hace con ese cereal.

GUAGUA: Niño o niña de corta edad.
GUARANGUAY: Arbol cuya semilla de color blanco lleva el viento a grandes distancias.
GUAYATA: Especie de avutarda que se cría en el altiplano jujeño.

HERQUE: Especie de corneta formada por una caña larga.
HIRO: Pasto duro de la Puna.
HUASCHILLA: Especie de becada que suele llegar al Norte en las noches de los meses de agosto y septiembre.

ICHU: Pasto.
IMILLA: Muchacha.

JUMETREAR: Molestar con insistencia.

MAYUATO: Nutria.
MISACHICO: Misa que se hace decir a la imagen de un santo de propiedad particular, que se lleva a la Iglesia en solemne procesión.

ÑAÑO: Hermano.

OBLIGO: Brindis que no puede rechazarse sin ofender a quien lo hace.

PASACANA: Fruta de color rojo que da el cardo del mismo nombre.
PILA: Perro sin pelos.
PUNTEAR (reflexivo): Achisparse, ponerse calamocano.

RASTRA: Cinturón con hebilla de metal, adornado con medallas o monedas.
REFUSILAR: Relampaguear.

SUCEDER (hacer): Dar una paliza, vencer.
SUNCHAL: Lugar cubierto de sunchos.

TULPO: Sopa espesa de harina de maíz amarillo, trozos de carne y grasa.

Indice

Este libro
se terminó de
imprimir el 31
de julio de 1973
en los talleres gráficos
Aráoz Anzoátegui Impresores
en Limache, Salta, República
Argentina - Dirección Postal:
Casilla de Correo 49
Sucursal 2 - Salta.

Opera

Este libro se terminó de imprimir en el año de gracia de

MCMLXXIII